

cuentos de animales,
tramposos, flojos,
compadres y
otros pícaros

Elisa Ramírez Castañeda

cuentos de animales,
tramposos, flojos,
compadres y
otros pícaros

Elisa Ramírez Castañeda

pluralia
2014

Sistema de clasificación Melvil Dewey

398.209

R529

2014

Ramírez Castañeda, Elisa

Cuentos de animales, tramosos, flojos, compadres y otros pícaros / Elisa Ramírez Castañeda; ilus. Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra". — México : Pluralia Ediciones, 2014. 184 p. : il.

ISBN: 978-607-7655-27-5

1. Literatura indígena mexicana. 2. Indios de México — Mitos. I. López Ramírez, Jerónimo "Dr. Lakra", il. III. t.

 CONACULTA



ESTA OBRA SE REALIZÓ CON APOYO DEL ESTÍMULO A LA PRODUCCIÓN DE LIBROS DERIVADO DEL ARTÍCULO TRANSITORIO 42° DEL PRESUPUESTO DE EGRESOS DE LA FEDERACIÓN 2012

Diseño de Álvaro Figueroa

© por el texto: Elisa Ramírez Castañeda, 2014

© por las ilustraciones de portada: Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra", 2014

Primera edición Pluralia Ediciones e Impresiones, 2014

D.R. © Pluralia Ediciones e Impresiones, S.A. de C.V., 2014
San Francisco Figuraco 20-7, Colonia Villa Coyoacán,
04000, México, D.F.
www.pluralia.com.mx

ISBN: 978-607-7655-27-5 Pluralia Ediciones e Impresiones

Prohibida su reproducción por cualquier medio mecánico, digital o electrónico sin la autorización escrita de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

- 7** NOTA INICIAL
- 17** INTRODUCCIÓN
- 21** CONEJO Y COYOTE
- 23** Conejo y el mono pegajoso. *Mixteco, chatino, tojolabal, mixteco de la Costa, zapoteco, chichimeco, cora*
- 46** Conejo quiere ser más grande. *Totonaco, mazateco, maya*
- 51** Conejo y venado. *Cora, triqui, tojolabal, tzotzil*
- 54** Don leoncillo y Juan conejo. *Maya*

- 59** TLACUACHE Y TIGRE
- 59** Tlacuache dice cómo serán los ríos. *Mazataco*
- 61** Dos borracheras diferentes. *Tlapaneco, tarahumara*
- 63** Tlacuachito-flor y coyote. *Náhuatl*
- 65** El tlacuache y el diluvio. *Chinanteco*
- 66** El tigre engañado. *Mixe*
- 67** Dos relatos escatológicos. *Mixe, cora*
- 67** Tlacuache cazador. *Mixteco, chatino*

- 71** MÁS CUENTOS DE CONEJO
- 71** Conejo nombra los días. *Triqui*
- 72** El que rescató a la mujer ajena. *Nahua, zoque*
- 77** Cuarto viernes. *Zapoteco*
- 78** Conejo vende maíz. *Maya, zoque-popoluca*
- 83** Conejo ranchero. *Huave*
- 84** Muerte del conejo. *Huave*

87	OTROS CUENTOS DE ANIMALES
87	Un bien con un mal se paga. <i>Mixe, chontal, huave, chatino</i>
92	El mono y el cocodrilo. <i>Maya</i>
93	Un armadillo y un león. <i>Mixteco</i>
94	El coyote trata de imitar a otros. <i>Cora</i>
95	Tío conejo y el puma. <i>Tojolabal</i>
97	El venado, el sapo y el cuervo. <i>Tarahumara</i>
97	La tortuga. <i>Huave, huichol</i>
102	El mundo desfondado del rata canguro. <i>Kiliwa</i>
103	Dos tontos despeñados. <i>Otomí, kiliwa</i>
105	El venado bravucón. <i>Purépecha</i>
109	CUENTOS DE FLOJOS, PÍCAROS, COMPADRES, MALHORAS Y ADIVINOS
110	El flojo y el zopilote. <i>Tzotzil</i>
112	El hombre que quería conocer el fin del mundo. <i>Mexicanero</i>
115	El compadre rico y el compadre pobre. <i>Olulteco-popoluca, mixe</i>
121	Tres hermanos miedosos. <i>Maya</i>
122	Cuando Dios me quiere dar, a la casa me lo va a llevar. <i>Mixteco, mixe</i>
128	Juan loco o el tonto José. <i>Mixe, otomí, teenek</i>
133	Adivinadores, saurinos, sabios. <i>Chatino, tojolabal, mixe</i>
138	El que se enoja pierde. <i>Maya</i>
143	El que fue en busca de su guajolote. <i>Purépecha</i>
146	El tonto que ganó una apuesta. <i>Zapoteco</i>
146	Las aventuras de Juanito Catorce. <i>Tzotzil</i>
148	El que no creía en Todos Santos. <i>Tepehua, purépecha, otomí</i>
151	Una temporada en el infierno. <i>Cuicateco, triqui, chatino, tzeltal, tojolabal, lacandón, cora</i>
167	NOTAS
173	BIBLIOGRAFÍA
177	GLOSARIO

Boas escribió *Notes on Mexican Folklore* en 1912. Llegó a la conclusión de que en nuestro país no había cuentos autóctonos puros. Las historias de animales, pícaros y compadres recopilados en Oaxaca le convencieron de que había apenas resabios mínimos de temas nativos en los relatos. Los indígenas estaban completamente colonizados —incluso narrativamente. Boas fue profesor y director de la recién fundada Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana de la ciudad de México entre 1910 y 1914.

Otras recopilaciones de ese periodo, como la colección *Folklore de Oaxaca*, de Paul Radin y Aurelio M. Espinosa, de 1917, le dan la razón; Espinosa explica en el prólogo, apologético y abochornado que es lo único que lograron encontrar. Procede a traducir —a regañadientes— del inglés al español.

Poco más de un siglo después, la abundante recopilación, la escritura de los textos y su interpretación han sufrido profundas modificaciones en la tradición oral; sin embargo, a partir de entonces y durante casi medio siglo, el estudio de la narrativa indígena estuvo permeado por la polémica entre quienes declaraban que no existía y quienes consideraron que la hay y riquísima. La discusión ha derivado en hipótesis sobre largos procesos de aculturación y sincretismo; en los polos extremos se ha tratado como nativo lo ajeno o como ajeno lo autóctono. Durante décadas, los investigadores apoyaron o refutaron al “Padre de la Etnología” y, en este contexto se han reinterpretado y rescatado también materiales anteriores al lapidario dictamen, de características completamente diferentes.

La llegada del Instituto Lingüístico de Verano, el arranque de la Dirección de Educación Indígena y el levantamiento zapatista marcan cambios significativos en el devenir de la investigación etnográfica y lingüística, en las metodologías para la recopilación y escritura de los textos y en la tradición oral indígena misma.

Esta antología está conformada a partir de los textos de la tradición oral en lenguas indígenas mexicanas recopilados desde las postrimerías del siglo XIX —Bandelier visitó la frontera mexicana y vivió con los pápago o'odam en 1882-83; Lumholtz viajó por primera vez en 1892 y publicó *El México desconocido* (en español) en 1904; Preuss vino a México hacia 1905. Reúne materiales recopilados por antropólogos, viajeros, lingüistas, folkloristas y demás a partir de entonces. No incluye fuentes coloniales —ni visuales ni escritas— aunque puede constatar su presencia en algunos textos. Tampoco tenemos versiones escritas por historiadores y literatos decimonónicos o coloniales. Los conocedores, sin embargo, no tendrán la menor dificultad en rastrear continuidades históricas; como tampoco lo tendrán en encontrar elementos llegados desde Europa —religiosos o de la cultura popular, presentes también en comunidades rurales hispanohablantes de nuestro país.

La cualidad y el carácter de los relatos depende no solamente de quién narra sino de dónde, cuándo, cómo, por qué, a quién; del traductor, de la finalidad o destino del texto: dónde se publica, quién los lee. ¿Por qué se eligen ciertos materiales y se excluyen otros —sea en la comunidad misma, el ámbito académico o para su difusión más amplia? ¿Cómo se escribieron, para quién? ¿Qué se seleccionó, y dónde fue publicado? Todo esto determina el carácter de cualquier antología —incluida ésta, por supuesto.

Los primeros investigadores usan un método más o menos uniforme: graban, transcriben, traducen en versiones transliteradas, y luego proporcionan una versión libre de la más diversa información. Para nuestros fines, estas versiones son las más útiles; permiten la reescritura partiendo directamente del texto oral. El apego absoluto a una traducción palabra por palabra de la lengua indígena al español o la mera transcripción de oralidad son contrarias al respeto pregonado por tan meticuloso método. Solamente recalca una distancia: ignora el estilo y riqueza de la lengua al parcelarla en palabras, o bien es fiel a un español herido y colonizado; no considera las diferentes estrategias narrativas ni las distancias existentes entre el lenguaje oral y el escrito.

Los estudiosos más recientes, en cambio, prestan su lengua, conocimiento, empatía y conciencia a los indígenas de forma tan enfática que los textos mismos pasan a segundo término —los análisis y de-construcciones posmodernas, las ediciones y la relectura e interpretación nos permiten entender mejor el significado de los textos, pero nos alejan del relato original.

Todo texto es la combinatoria de quien narra y quien escucha —y de la historia particular de ambos y las circunstancias generales interétnicas en las cuales se encuentran. Además de la sensibilidad del investigador, su habilidad para relacionarse y entender una cultura distinta a la suya, tenemos al indígena que tiene una historia de relaciones asimétricas con el exterior, y que marcan su disponibilidad y deseo de contar o el privilegio y mandato de callar. Si bien se trabaja con distintos narradores, cada investigador tiene un informante privilegiado, que narra con don propio o con conocimiento personal una tradición compartida, pero que él personaliza. Aquí procuramos recalcar tanto aquello que es común a una tradición cultural como las especificidades de cada una de las versiones.

La habilidad y complejidad de las maneras de relatar, la memoria o atención sobre aspectos específicos de las culturas convierte a muchas de las etnografías en lo que se ha dado en llamar “libro oral de autoría indígena”, donde el investigador edita, traduce o escribe apenas. De allí a los libros escritos por los propios hablantes de lenguas —sobre los más diversos temas— hay apenas un paso.

Usé un mínimo de antologías, mis fuentes fueron los estudios por etnia o lengua. Resalta la uniformidad de motivos en diferentes lenguas, la existencia de núcleos narrativos comunes y fijos alrededor de los cuales abundan infinidad de versiones, anécdotas, combinaciones o simplificaciones.

Es evidente que es distinto participar como creyente que como pagano, como lector que como escucha, como público que como relator. Un texto es completamente distinto también cuando tenemos el rostro de quien relata, canta o dice ante nosotros: de allí que incluya muchos textos que involucran mi memoria directa.

Independientemente de la particularidad de los individuos —relator, recopilador— cada etnia o cada región tiene peculiaridades: formalidad diminutiva del náhuatl, religiosidad solemne y ceremonial de huicholes y coras, truculencia y violencia del sur de Veracruz, cuentos maravillosos perfectamente nativizados en mixteco, zapoteco y otomí; picardías y humor de Chiapas; epopeyas guerreras en kiliwa; adivinanzas y onomatopeyas en maya.

Influye, además, que las comunidades hayan sido más o menos estudiadas; recopilados sus relatos y mitos; indagados otros temas dejando de lado o como apéndice la narrativa —durante años fue lo más común. Además del tema o interés del investigador, mucho depende de qué es lo más visible y de la apertura o hermetismo de la comunidad misma.

Es indudable que los textos están marcados por la habilidad narrativa de Solano, la exactitud descriptiva de Preuss, el lirismo de Lumholtz, la iconoclasta procacidad de Laughlin, la sencillez directa de Parsons, el pudor de Bruce, la sorpresa de Foster, la

meticulosidad de Bartolomé y Barabas, la poética de Ochoa nos hacen ver de una manera particular cada cultura.

La antropología nunca fue meramente descriptiva; hay autores que llevan el género ensayístico-académico hacia el polo de la literatura. No incluimos los escritos literarios que recrean o adaptan mitos y cuentos, sean de indígenas o de indigenistas, en lengua nativa o en español. En algunos casos —zapoteco, náhuatl, maya, purépecha— existen versiones escritas de la tradición oral desde casi cien años. Eso nos enfrenta a autores, estilos, decisiones literarias previas; no es el caso de los científicos sociales, que se mueven con soltura en el supuesto anonimato de los textos y su autoría comunitaria. Una excepción es el caso kiliwa: he utilizado las versiones del antropólogo Ochoa Zazueta, que son resúmenes y una elaboración poética de veladas muy largas, sin alterar el contenido o tergiversarlo —más allá de lo que resulta siempre al llevarlo de lo oral a lo escrito.

Para hacer esta antología partí de una base de datos que reúne casi mil quinientos textos —más de mil de ellos digitalizados: mitos, cuentos, testimonios. Reuní este acervo inicialmente como actividad asociada al Seminario de Signo y al Seminario de Mitología —derivado del primero y ya suspendido— ambos en la UNAM. Entre muchos materiales semejantes, he elegido los más antiguos, los más completos. Se incluyen muchos textos aparecidos en la colección Tradición Oral Indígena, publicados en ocho lenguas durante el primer lustro de los ochenta por la entonces Dirección de Educación Indígena y la Dirección de Publicaciones de la SEP, que trabajé de manera directa con profesores y lingüistas de dicha Dirección. Otros más—escritos u orales— no eran suficientes para armar un libro y quedaron como relatos sueltos; se incluyen aquí por primera vez.

Para clasificar los relatos en géneros, los académicos atienden a su estructura, forma y lugar de transmisión, función, trama, motivos. Pocas veces atienden a la riqueza literaria, imaginativa o la eficacia narrativa de quienes narran. Cualquier taxonomía es relativa, ya que hay un flujo y desbordamiento entre todos los géneros: resabios míticos en cuentos, secuelas sobrenaturales en descripciones cotidianas, y así sucesivamente. Un acervo de acciones, motivos y personajes permanecen constantes en cada género. No incluyo creencias, ceremonias, fiestas, contextos donde se escenifican, relatan o cuentan los mitos, epopeyas o cuentos.

La confusión acerca de cómo denominar en español el género o cómo clasificar los relatos existe en las comunidades mismas, donde se llama indistintamente mitos, leyendas, cuentos, creencias o relatos verídicos de acontecimientos remotos a los más diversos textos —no obstante la claridad acerca del uso, función, tiempo y contexto donde se da la narración. La primera gran transgresión es considerar que un mito o

leyenda heroica, una epopeya, creencia o cualquier cuento son un mero relato, cuando involucran mucho más que las meras palabras.

La edición de cada volumen de esta colección es diferente. El primer libro se ocupa de los mitos: habla de un mundo en formación, indefinido, previo a la salida del sol o al diluvio. Son apenas unos cuantos y suelen seguir secuencias precisas. Se han separado como ciclos narrativos, donde entrelazo distintas versiones. Por variables y contradictorios que parezcan a primera vista, muestran que existe una consistencia interna.

Los mitos no dictan conductas morales: dan explicaciones. Contienen muchos subtelos etiológicos: los participantes quedan marcados para siempre y se explica cómo fueron creados, nombrados, y por qué se comportan así. A veces estos fragmentos se desprenden y se convierten en cuentos autónomos. Otras veces, se trata de cuentos engarzados al mito con el tiempo. Los mitos se separan en la antología en distintos ciclos, formados por variables de una matriz única, son cortados artificialmente y pueden volverse a unir. Intento mostrar la enorme similitud existente en lugares distantes y lenguas distintas.

El siguiente volumen está dedicado a los héroes, mediadores entre lo humano y lo divino, primeros sembradores, cazadores o guerreros. En estos relatos se explica cómo se legitima, ordena, norma y funda la humanidad y sus pueblos. Con frecuencia son personajes que aparecen también en los mitos. Los héroes luchan, son derrotados, profetizan su retorno. Son hombres/dioses, reyes nativos, héroes, nahuales, rayos, demonios.

Además de hablar de los fundadores, se trata también de lo sobrenatural: monstruos, aparecidos y seres extraordinarios que son resabios de un mundo primigenio. Las historias de los reyes se incluyen completas; todas ellas están llenas de episodios que suelen aparecer en cuentos maravillosos y contienen acciones que repetirán más adelante animales y pícaros.

Los cuentos de los dos últimos volúmenes son reivindicados como propios y contados como si lo fueran en todas las lenguas del país. Los relatos de animales rara vez incluyen todos los episodios completos: se cuentan siempre fragmentos de las aventuras múltiples e iguales del conejo o del tlacuache. Las variantes son mínimas; los ciclos se cuentan con más o menos picardía, peripecias, detalles o mímica según los oyentes, circunstancias, carácter de cada lengua. Los de compadres, engaños, trampas y astucia son también muy semejantes entre sí.

Los cuentos maravillosos del cuarto volumen son importados: evidentemente son externos. Se han adoptado como propios ayudantes mágicos, proezas extraordinarias, pruebas absurdas, metamorfosis peculiares. Queda adherido a la narrativa nativa aquello que tiene más semejanza con lo propio, los cuentos que son más afines a la tradición

ya existente. Fueron traídos de Europa y quedaron íntimamente mezclados a un *corpus* nativo; se desprendieron de su contexto inicial y cambiaron con episodios aumentados, trastocados con hazañas míticas, heroicas, sobrenaturales.

El paso de la oralidad a la escritura es un asunto de literatos, no de científicos sociales. En algunos casos algunos autores tienen habilidad y oído para plasmar por escrito el material etnográfico; pero nunca se consideró indispensable ni pertinente pedir a los antropólogos que fueran escritores. Las notables excepciones se agradecen siempre. Actualmente, los diferentes soportes para testimoniar las culturas pueden, incluso, prescindir de la escritura: la oralidad puede quedar como tal.

La oralidad requiere de eficacia lingüística distinta a la que necesita la lengua escrita; se vale de ayudas mnemotécnicas que resultan engorrosas al pasar, tal cual, a las versiones escritas. Cada quien cuenta en su lengua según su habilidad; lo mismo vale para nosotros. La literalidad en la traducción o en la escritura de la oralidad no implica, en el caso de la difusión fuera del ámbito académico, la reproducción exacta de lo dicho, sino la traducción de la narrativa a otro código —donde debe reproducirse el entorno, el lenguaje corporal, la entonación y énfasis, los códigos y lugares comunes de una cultura ajena. El lenguaje esotérico, repetido, pareado de los rezos donde se cuenta el origen del mundo, del sol, del fuego en voz de un *marakame* y su contestador que duran desde el atardecer del Viernes Santo hasta la madrugada del Sábado de Gloria; el suspenso del cuento de espantos a la luz de una vela; la ironía de las hazañas más sanguinarias, son algo muy difícil de escribir, pues no se incluye en la transcripción, por minuciosa que sea. Es parte de la habilidad del cuentero y depende del contexto de quienes lo escuchan; pero requieren de un esfuerzo adicional del lector. No hemos querido llenar de explicaciones y notas los libros, por lo cual muchos relatos tendrán una peculiar lectura, que nunca tuvieron al ser relatados entre pares.

Suele pasarse por alto al narrador por considerarse los textos anónimos, colectivos, orales: cuando mucho, se menciona el pueblo de procedencia. Intenté apegarme al estilo de quien relata, del recopilador, del español algo arcaizante de los primeros lingüistas —como lo es el del traductor de Lumholtz. Cada relato tiene un léxico propio; cada lengua tiene tintes especiales, cada recopilación trae apareado un estilo, un código propio.

Se han conservado algunos rasgos de la oralidad: el yo intrusivo y algunas “incorrecciones” que se señalan en cursivas. Se igualan, en cambio, los tiempos, números, segundas personas —el *usted* y el *tú* no existen en las lenguas indígenas. También hay que considerar, que hay estrellas, hormigas, águilas, tuzas, lagartijas y serpientes machos, por lo cual se habla de ellos en masculino en el relato en español. Asimismo,

hay tigres, tlacuaches, luceros y volcanes hembras, y se les califica con adjetivos femeninos. Esto ocurre porque el género o el nombre de los animales en las lenguas, no corresponden a los equivalentes en castellano, lo cual crea una contradicción aparente en el uso de los géneros. Se eliminan los infinitos “dije, dijo, dizque” indispensables en el relato oral para entender diálogos a cargo de un solo narrador pero que resultan engorrosos cuando se replican en la escritura y que los lectores terminan por saltarse para dar fluidez al texto.

Volver a la oralidad será la prueba de fuego de estos relatos: deben contarse nuevamente en voz alta —no leerse, sino contarse, para volver a hacer todas las transformaciones. Cada cual volverá a hacer collages, a combinar, recordar o recalcar algunos fragmentos. Esta antología no es para niños y pocos lectores querrán leerla de corrido. Es útil porque reúne en un sólo lugar muchas fuentes dispersas. Es visible la narrativa funcionando como un telar: sobre una urdimbre dada, la trama puede correr y avanzar, incluir episodios, motivos y personajes distintos. Pero en el textil no hay curvas perfectas, volúmenes ni relatos autónomos, pues los cortes abruptos separan en dos el tejido. Fuera de eso, diseño, materiales, trazos y colores son libres y siempre diferentes, creando una riqueza casi infinita. Los relatos no son iguales ni siquiera cuando los cuenta la misma persona. No es casual que la dueña de los cuentos, para diversas etnias del sur de Estados Unidos, sea la araña.

Caben muchas selecciones en un *corpus* tan diverso y tan rico: cada cual elige y es responsable de sus preferencias. Los relatos que aquí presentamos con frecuencia han sido fragmentados y la selección no es inocente. No pretendo objetividad ni representatividad. No están aquí todas las lenguas ni territorios, pero sí todos los mitos. No se incluyen todos los investigadores, pero creo que se agotan todas las aventuras del conejo. Tampoco pretendo demostrar nada ni hurgar lo que es escaso o inusitado: elijo entre lo disponible. Hoy en día hay un acercamiento diferente a las narraciones; han cambiado las comunidades, las lenguas, las relaciones, los indígenas y los no indígenas, las políticas indigenistas. La oralidad misma está absolutamente penetrada por la escritura.

Abundan aquí los textos violentos, poco solemnes. No elegí lo moral, lo bondadoso, lo políticamente correcto, lo que suele leerse en las selecciones existentes. Recalco aquello donde no se debe elegir automáticamente ante el bien y el mal; donde no hay un castigo o premio como consecuencia de las acciones malas o piadosas. Sucede lo mismo —arbitrario, aleatorio, en los cuentos de todos los lugares de nuestro planeta. En la tradición oral indígena hay también mucha moralidad cristiana, escolar, cívica, mediática —igual a la de cualquier otro ámbito ciudadano. Opté por la narrativa recurrente, claro, independientemente de otros criterios. Pero tengo preferencia por aquello que puede romper el arquetipo decimonónico del indio, por lo que mueve a

risa, por la transgresión visible. Ante el neoromanticismo del buen salvaje, que vive en armonía ecológica, es igualitario y justo, contrastan el autoritarismo, la sorna, la malévola ingratitud y el humor negro de algunos textos. Lo cual no juzga ni califica a las comunidades ni norma su conducta.

Se incluyen todos los datos proporcionados por los autores. No siempre se consiguen, pues en las recopilaciones más tempranas no se mencionan sino el lugar o la lengua de los textos. Hay un glosario de localismos al fin de cada volumen.

A principios del siglo **XXI**, la sed recopiladora parece haberse saciado; el prestigio académico derivado de remontarse a los lugares más inhóspitos o indagar en los rincones más lejanos parece mermado, así como el afán redentor de quienes rescataban culturas amenazadas por una agresiva exterioridad —distinta y distante. Estamos ya en condiciones de reflexionar acerca de cómo se recopiló, se interpretó y se recicló la información.

Los literatos que escribieron la narrativa indígena durante los dos siglos anteriores ya tampoco están en boga. Los indígenas escriben sus propios textos en español, hace tiempo y con gran calidad en algunos casos —en el Istmo de Tehuantepec, Yucatán. Sus versiones se han vuelto canónicas y ya no se recopilan, aunque siempre se cuentan: no hay manera de volver a narrar la tortuga rota en zapoteco tras el relato de Andrés Henestrosa, o de acercarse a la Xtabay, tras Mediz Bolio.

Los mitos y relatos orales son conservadores; arreglados y modificados lentamente, su núcleo central permanece. Nuevos elementos son adoptados, desechados, reciclados —los inventos e intervenciones personales se detectan de inmediato. A partir de la penetración del **ILV** la escritura en lenguas y la evangelización avanzaron de la mano. Los textos que recopilaron son abundantes y están marcados por su rechazo o subordinación de lo religioso, lo impío, lo diferente.

La educación en lengua materna permite la escritura más generalizada y el surgimiento de profesionistas: profesores, promotores, recopiladores unidos a talleres, becas, premios y publicaciones que anuncian el vigoroso surgimiento de una literatura indígena, pero también señalan el nuevo carácter que debe asumir la tradición oral, el relato, la reapropiación.

En las últimas décadas la escritura se practica en casi todas las lenguas: son los nativos quienes relatan, escriben, interpretan, resguardan u olvidan su propia tradición y los espacios que permiten la reproducción de dicha tradición —con conocimiento de causa, sin la presencia de terceros y con la potestad que les da su tránsito fluido entre dos lenguas y dos culturas, traducen sus propios textos. En un principio explicaron obviedades que suponen ignoran los hispanohablantes, o dan por sabidos contextos que ni siquiera se adivinan. Más tarde, la cultura nacional y el castellano fueron

incorporados a la identidad y ésta, ya enriquecida, se esgrime con autonomía: son perfectamente biculturales —lo cual no carece de conflictos y bemoles.

A partir de 1994, presenciamos una resignificación en ambos polos de una relación asimétrica, que da lugar a nuevos fenómenos: en tojolabal, por ejemplo, donde había escaso trabajo antropológico, surgen sin transitar por la etapa informadora, los autores/escritores, catequistas/investigadores, poetas/recopiladores. Actualmente hay promotores, profesores y estudiosos en todas las lenguas; paulatinamente crean estrategias propias de escritura, selección, traducción, difusión. Gradualmente, adquieren también mayor eficacia en español; la tendencia generalizada es, antes que nada, escribir y reappropriarse de su cultura a través de los relatos más próximos y visibles. Hay una negativa a que las culturas sean tratadas como mercancías, a ser *informante*: asistimos ya al fin de semejante categoría y denominación, hay un cambio de parámetros y referentes también en el polo académico: los científicos sociales son ahora acompañantes, colegas, coordinadores de equipos, miembros de colectivos. La autonomía completa permitirá a los indígenas prescindir de ellos como referentes para relacionarse entre sí como pares y usando el español como puente para los vínculos que juzguen necesarios.

Las formas de circulación y difusión de la información, así como los acervos, necesariamente serán diferentes. Textos como los que aquí se han reunido tomarán otras modalidades y éstos se convertirán en documentos incorporados a archivos —pero aún tienen una vigencia y vida insospechados, como demuestran los escritos de los niños en las comunidades, utilizados como material de enseñanza en la educación comunitaria en lenguas indígenas.

Los escritores indígenas producen textos propios que no solamente hablan de sus culturas. Muchos autores se niegan a ser constreñidos por este nativismo obligado, a ser voceros o portadores de una voz colectiva. Con ambigüedad, con dificultad, son *representantes* que aspiran a ser más que eso —dado que lo representado es absolutamente indefinible. Como escritores, piden ser tratados como cualquier colega. Pero si pierden la especificidad de su cultura y lengua en el panorama de la globalización imperante, sufren su desventaja histórica; y si reivindican tal carácter y lo usan como ventaja, su creatividad se ve constreñida por una cárcel étnica.

Tendrán escritura propia hasta tener un público lector en sus lenguas o en las comunidades de cualquier lengua; o cuando los mexicanos que no hablan las lenguas indígenas tengan una sensibilidad y conciencia más abiertas hacia las raíces indígenas de su propia identidad. Pero corresponde ya solamente a los autores indios preservar, dar nueva vida a lo existente o producir algo distinto. Nosotros, ya somos fuente.

INTRODUCCIÓN

Los cuentos, a diferencia de los mitos, se relatan en contextos profanos y por el puro deleite de la narración. Si bien a veces tienen propósitos moralizantes o pedagógicos, su objetivo primero es entretener —hacer reír, asustar, burlarse. Nunca se usa al contarlos el lenguaje esotérico de mitos y rituales, ni el tono épico o declamatorio de las leyendas o parlamentos que narraba las hazañas de los héroes. Tampoco son testimoniales —como en el caso de sustos, historias de monstruos y aparecidos— y, en nuestro país, casi nunca tienen restricciones de lugar o tiempo —cuándo y cómo se cuentan— como sucede en otros lugares o es el caso de las historias míticas y sagradas. No son palabra *delicada*, basta que quienes escuchan y quien narra tengan disposición y tiempo.

Este género brinda mayor posibilidad de composición y es flexible: los cuentos se ajustan a las habilidades del narrador, se alargan o acortan a voluntad. Son directos y visibles: no requieren de más habilidades que la memoria y un cúmulo de conocimientos y entendidos culturales. La forma está dictada por el vínculo entre una persona con habilidades narrativas —oral y mímica— y la complicidad de sus oyentes: no pretende comunicarse con lo divino como se hace al rezar o al cantar en ceremonias, tampoco es su intención alcanzar la trascendencia a la cual aspiran los escritores cuando plasman palabras elegidas para enriquecer su prosa.

La decadencia de los cuentos indígenas poco tiene que ver con la moral, la ideología, el rechazo, el racismo —que influyen, ciertamente— sino, esencialmente, con la pérdida de los espacios donde antes se narraba. Comparten esta merma con todas las

demás sociedades donde la oralidad fue preponderante: alrededor del fuego o la vela se congregaban el narrador y sus escuchas antes de que la luz eléctrica permitiera dedicar aquellas horas a trabajar más; cuando se escuchaba al cuentero en vez de sentarse pasivamente a oír la radio o ver televisión. También se contaba cuando era necesario hacer largas velaciones o trabajos en común. Sabido es que la risa distrae y aleja el sueño. La tradición oral, en todas las civilizaciones, ve mermados sus espacios por la oralidad chata de los medios, o usurpadas sus historias por especialistas —la existencia del oficio *cuentacuentos* mueve a risa o extrañeza en las comunidades, donde tal habilidad era de lo más común hasta mediados del siglo pasado.

Los cuentos fueron lo primero que se escribió en todas las lenguas indígenas del país para alfabetizar a los hablantes, puesto que los textos son familiares y su lenguaje puede ser muy simple; son también lo que primero reproducen y recrean los autores nativos, en español y en su lengua. La escritura temprana de cuentos en zapoteco, náhuatl, maya y purépecha ha fijado versiones canónicas de gran riqueza literaria, muchas veces.¹ Los textos orales de estas lenguas —abundantes y vigentes— son escasos en las disertaciones de antropólogos, etnólogos y lingüistas tras la segunda mitad del siglo pasado; los estudiosos suelen remitirse a aquellas versiones. Los relatos de la tradición oral pasaron a conformar el primer acervo escrito de las comunidades indígenas desde finales del siglo pasado.

En los cuentos, los animales antropomorfizados hablan, se engañan, se conmueven, luchan entre sí —pero son evidentemente personajes ficticios; no se pretende que se crea en ellos ni se les emule, no son ni ancestrales ni ejemplares.

También lo son los pícaros o protagonistas humanos; su carácter y comportamiento son antisociales e improbables. Sin embargo, hay tal similitud con algunas anécdotas de mitos o hazañas de ancestros, que queda en ellos el tinte indígena —los sobreentendidos de cada comunidad, que les brindan un sabor nativo que hace creer a los hablantes y forasteros que todos ellos fueron originalmente narrados en lengua indígena. Los orígenes interesan al folclorista o al antropólogo; en las comunidades o entre los oyentes lo que importa es que sean o no bien narrados, que gusten o no a los oyentes, independientemente de su *pureza*.

No encontramos en este género correspondencia alguna con la realidad, ni entre una acción y sus consecuencia. Los éxitos no se ganan por mérito o por voluntad, sino por simple azar o mediante trampas. Los protagonistas rara vez son movidos por buenos sentimientos o acciones piadosas: son mentirosos, flojos y tontos, recompensados sin ser merecedores de los premios; aunque también castigados sin haber cometido falta alguna. La arbitrariedad es absoluta: tampoco aquí hay justicia, aunque sí revancha —así sea narrativa.

Los cuentos de pícaros existen en la literatura —oral y escrita— de todas culturas. El pícaro, bufón, embaucador, tramposo o malhora comparte rasgos con los dioses creadores del mundo, y con los héroes guerreros—en muchas cosmogonías americanas los héroes son tanto humanos como animales. A partir de sus acciones se explican algunas características del mundo y en ellos encarna también el aspecto burlón, sexuado y voraz de los dioses primordiales. Son ellos quienes introducen la comedia en los mitos de creación y representan el caos carnavalesco y la digresión ante el orden y la norma.

CONEJO Y COYOTE

Conejo y coyote son los actores más frecuentes de los cuentos indígenas; unidos o separados, son personajes esenciales de la tradición oral. Y no solamente aparecen en nuestro territorio: entre los indios del sureste de Estados Unidos se cuentan también sus trampas; en Centro y Sudamérica conejo engaña a coyote con las mismas tretas.

Si bien en el norte de México coyote tiene un carácter divino —entre kiliwas y pimas, al menos—, conforme descendemos hacia el sur, coyote se degrada para ser engañado, apaleado, quemado —víctima de la astucia, la maldad y la sorna del conejo y otros tunantes.

Las fechorías y engaños no se limitan a las lenguas indígenas, también se narran en español. Su amplia difusión en los ámbitos literarios y escolares ha reforzado y revitalizado su existencia. El que varias generaciones hayan leído las adaptaciones publicadas en los libros de texto gratuito permite que se siga contando como *el* cuento inmediatamente asociado a los indígenas mexicanos.

Los cuentos de conejo y coyote se estructuran en modelos narrativos donde la constante son el engaño y lucha entre pares asimétricos de enemigos: fingir, convencer, escapar —hasta que triunfan la astucia y la inteligencia ladina del pequeño.

Conejo y coyote, como pareja de malvado y víctima, corren las mismas aventuras que tlacuache y tigre, tan populares como ellos —acaso un poco menos fuera ámbito indígena. En la narrativa, los contrincantes pueden ser sustituidos por tlacuache y hombre, conejo y león, tlacuache y león, coyote y pinacate, león y borrego, borrego y

coyote. Muchas más combinaciones —de acuerdo al entorno y personajes locales— dan origen a un largo etcétera. Aparecen incluso en la televisión: en las caricaturas estadounidenses el correccaminos sustituye al conejo en esta obsesiva tarea de hacerle la vida imposible al coyote.

Como en otros cuentos de animales de todo el mundo, el conejo y el coyote disputan constantemente en aventuras con persecuciones y engaños recurrentes —acopladas según el gusto, la edad, los referentes culturales del narrador y los oyentes. Abundan la exageración y la teatralidad; en nuestro país, en pocos casos tienen una lección moral —a diferencia de las fábulas europeas— pues su función es divertir, no emular ni enjuiciar.

El triunfo del depredado sobre el depredador, de la astucia sobre la fuerza, la inteligencia sobre el tamaño son siempre la revancha narrativa del más débil. Ante la ausencia de justificaciones o causalidad, el cuento permite gran plasticidad —el número de maldades que puede acumular el cuentero es tan variable y tan acotado como los versos de una topada de sones.

Los cuentos de conejo y coyote siempre son una transgresión: lo fortuito y arbitrario, al narrarse, siempre conllevan una postura de resistencia y burla del poderoso y de las jerarquías —son, en la narrativa lo que los bufones, *sicuaques* o payasos son en los carnavales.²

Y a pesar de ser el cuento por excelencia, hay fundadas sospechas de que de los ciclos de conejos —o tlacuaches— en general, y el del muñeco pegajoso, en particular, no son mexicanos. Desde las primeras recolecciones de cuentos hechas en nuestro país se discutió si esta narrativa era nativa o importada. Franz Boas y sus seguidores —fue él quien reconoció la influencia africana en los cuentos del conejo—, en la primera década del siglo pasado, afirmaron que no había temas prehispánicos ni indígenas en la narrativa oral mexicana. Décadas de trabajo de recopilación posteriores se ocuparon solamente de demostrar lo contrario, por lo cual los relatos recurrentes en las comunidades indígenas, evidentemente influenciados o heredados de la narrativa europea, fueron eliminados de las antologías más puristas —o peor aún, cuentos evidentemente ultramarinos fueron interpretados a la luz de teogonías y cosmogonías autóctonas, ajenas a su origen.

En el caso de los cuentos de conejo y coyote, siempre hubo ambigüedad: los indígenas los reclaman como propios, los analistas que atienden a las coincidencias temáticas o estructurales con relatos de otras partes del mundo los declaran ajenos. En todo caso, la abundante recurrencia y el grado de apropiación, resignificación y adaptación de los contenidos los convierten en indígenas —sobre todo en los casos donde el conejo escapa a la luna, que es la imagen que se ve en el círculo plenilunar en nuestro país, África, Japón y otros países —nunca en Europa.

Los cuentos de conejo y coyote incorporan varias fuentes: el episodio del mono pegajoso, si bien es universal, parece haber llegado de África, donde se caza con igual treta al ladrón de los sembradíos y reaparece en la narrativa negra de Norteamérica —recopilados en los *Cuentos del tío Remus*—,³ el Caribe y entre los indios de las praderas estadounidenses. La versión donde conejo se queda pegado a un muñeco se cuenta en todo el continente, aunque en nuestro país éste es de cera negra, no cubierto de brea o chapopote.

En México, el cuento comienza cuando el conejo roba comida de campos cultivados —chilar, frijolar, huerto— y el dueño desea atrapar al ladrón. Después de ponerle varias trampas, por fin coloca a la entrada o en el camino del ladrón un mono hecho de cera de Campeche. El conejo le habla al muñeco; como no responde ni se quita, le pega. La enunciación de cómo lo golpea con una mano, con otra, una pata, la otra, permite un recurso mímico que divierte mucho a los oyentes más pequeños. Una vez atrapado, el conejo espera su muerte, pero un coyote se acerca a donde está preso y el cautivo lo convence para que tome su lugar: promete una comilona o bien pide al coyote que lo sustituya como novio de la muchacha que vive en la casa de quienes lo atraparon, pues él es muy pequeño; aduce que una mujer tan grande querrá un marido más acorde a su talla. Las versiones eróticas o escatológicas son comunes y dependen del público: los oyentes son quienes permiten que los personajes se vuelvan tontos, obscenos o procaces. El cuento, sin embargo, siempre es chusco y despiadado.

El conejo se llama Juan, Pedro o Lorenzo y es tratado con el respetuoso apelativo de *hermano*, *tío* o *compadre*.

Conejo le asegura a coyote que el agua que hierva, para pellarlo o cocinarlo, es parte de los preparativos del festejo —para hacer chocolate, mole, caldo. Coyote se queda en su lugar: lo queman, lo golpean, lo maltratan. A veces muere y allí termina el cuento. Con mucha mayor frecuencia, es apenas el antecedente para explicar la enemistad entre ambos y la persecución constante del coyote hambreado. En ese quiebre puede acabar el cuento, o continuar con otras aventuras. A veces, comienza allí, omitiendo este fragmento por completo.⁴

DICEN QUE ASÍ SUCEDIÓ hace mucho tiempo a una anciana que hablaba mexicano. Salió a sembrar frijol. Lo sembró y lo cuidaba, todos los días iba a ver su frijol.

—¡Diablos! ¿Quién se estará comiendo nuestro frijol? —decía.

Se fue pensativa. Diariamente iba a ver su frijol, así andaba. Por fin se dio cuenta de quién dañaba su frijol: era un conejo.

—Ay, Lorenzo, ¿qué tú eres quien se come mi frijol? Espérate, voy y luego regreso —dijo la vieja.

Regresó y comenzó a parar piedras en su frijolar, por todas partes paró piedras y las pintó con cal. Así andaba. Al día siguiente, el conejo ya le había tumbado todas las piedras; que tumbó todas las piedras blancas, dicen.

—¡Qué diablos, hombre! ¿Así que de veras quieres pleito? Espérate, mañana voy a prepararte otra cosa.

Salió. Pero ya no creía que fuera un conejo quien le hacía ese daño. Así andaba.

—¿Quién me hará esto? Que se espere tantito... ¿Cómo podré saber quién es?

Y entonces pensó: “Está bien”. Llevó velas blancas, paró allí las velas. Llegó el conejo y tiró todas las velas, allí las dejó tiradas. Al día siguiente llegó la señora a frijolear. “¿Qué animal será? No para de comer, todo mi frijol destroza.”

Al día siguiente regresó trayendo velas negras. Al llegar, las paró en la tierra.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué estás allí parado, *hermano*? —dijo el conejo cuando llegó—. ¿Quién eres, qué haces allí? —y se acercaba un poco—. ¡Quítate para que pase a comer frijol, hermano. ¡Te estoy hablando! ¿Qué vas a hacerme, tonto? Estás negro. Hombres blancos maté ayer, ni ellos pudieron conmigo, ¡menos tú, tonto, negro! ¡Qué vas a poder atajarme! ¡Quítate, te lo ordeno! —así decía el conejo a las velas.

Y las velas no contestaban, estaban calladitas, en silencio.

—¿Quieres pleito, pues? ¿De veras no te vas a quitar?

No le contestaban.

—Hazte a un lado, hombre, te estoy hablando. ¡Quítate!, para que pueda entrar a comer frijol. Si no me haces caso te voy a pegar.

El conejo le dio un golpe a las velas negras y allí se le quedó pegada la mano, dicen.

—¿Ajá? ¿Pero por qué, hermano? ¿Por qué me agarras la mano, hermano? Suéltame, te estoy hablando. No me detengas la mano, quiero ir a comer frijol, hombre. Nja... Nomás saco mi mano izquierda y quién sabe por dónde te voy a tirar.

Sacó su mano izquierda y lo golpeó. También esa mano se le atoró. Allí estaba, con las dos manos pegadas.

—Hombre, suéltame, hombre. Suéltame las manos para que vaya a comer tantito frijol, hermano, y luego me voy. Nja, Nja... Si no quieres por las buenas, hermano, con mi pata derecha te voy a mandar hasta por allá.

Las velas negras no le contestaban, pero bien macizo que lo tenían agarrado.

—Nj, njm, ¿de veras quieres pelear, pues? ¿De veras quieres, entonces? ¡Qué me duras, tonto! Ayer le pegué a un hombre blanco, no sirvió para nada; pero tú, murgroso, ¡no vas a aguantar! Ahorita te voy a tirar de una patada nomás.

Y lo pateó. Ahora sí, tenía atoradas las dos manos y las dos patas, dicen; hecho bolita quedó. Al anochecer llegó la viejita, la mera dueña del frijolar.

—¡Ay, Lorenzo! ¿Qué tú solito comías tanto mi frijolar? Está bien, ahora lo verás, hace días que te ando buscando sin hallarte; ahora, ya te agarré. Espérate tantito... Lo recogió y se lo llevó a su casa. Lo metió dentro de una olla. Aparte, puso agua a calentar, puso otra olla para echársela en el lomo cuando estuviera caliente.

Ya se estaba calentando el agua cuando quién sabe de dónde se apareció un animal maldito, un coyote viejo. Llegó a asomarse donde estaba el conejo.

—¿Qué haces allí?

—Querido hermano, ¿por dónde apareciste, hermano? ¡Qué gusto, qué bueno que llegaste, hermano! Ven, ven aquí, métete aquí tantito. Me dicen éstos que viva yo con su hija, hermano. Pero no me emparejo con ella, estoy muy chiquito. Su hija está alta y yo chiquito. Tú estás más grande, tú sí emparejarías con ella. Ven, hermano, ven, métete y déjame salir, pobre de mí. No serviría para vivir con su hija porque está muy grande para mí, de repente podría pegarme. En cambio tú estás más grande, puedes aguantar un pleito con ella.

—¿De veras?

—Digo la verdad, hermano.

Y el coyote le creyó.

—Está bien —aceptó.

El coyote se metió en la olla y el conejo salió.

—No te preocupes, hombre —le dijo—, ya pronto llegarán con cosas para que comas, fueron a traerlas.

—Está bien.

El coyote tapó la olla y el conejo se fue. Llegó la anciana a verlo.

—¡Ay, Lorenzo! Ya estás grande, ¿qué tan pronto creciste? Te metí chiquito, me fui y ahora ya estás grande. Está bien, espérate —dijo la anciana cuando se asomó a la olla.

Y adentro, el coyote se movía, movía las orejas. La vieja fue por el agua caliente y se la echó encima al animal. ¡Dónde que era el coyote viejo!

—¿Tú quién eres? Ah, ¡cómo eres de malvado, Lorenzo!, ¿dónde diablos te metiste? ¿Cómo es que ahora está otro dentro? (*mixteco*)⁵

Los cuentos de *tricksters*, como les llamó Paul Radin, constituyen un género en sí mismos; y son aquellos donde el pequeño o débil vence con trucos, astucia, maña y picardía a quien, por su fuerza y tamaño, sería el campeón natural. La reivindicación hace que el cuento sea favorito de quienes se consideran en desgracia o en una postura subalterna. Los europeos lo trajeron al Nuevo Mundo en versiones donde el pícaro era la zorra —*Renard le rouge*— o la raposa.

Las aventuras de conejo y coyote se cuentan en todas las lenguas y encontramos las más variadas transformaciones: desde la azucarada y vegetariana reconciliación de los contrarios —o una negociada separación sin mayor violencia— muy *new age* y políticamente correcta, hasta la versión más erotizada, sangrienta o sádica —testículos quebrados, empalamientos, fierros al rojo vivo, muerte por asfixia y quemaduras, acompañadas de toda clase de fornicaciones, majaderías y sádicas crueldades.

UNA ABUELITA había hecho su pequeño huerto de frijol. Lo plantó cerca de donde vivía y al tiempo observó que un animal se estaba comiendo las matas tiernas; se estaba comiendo todo su frijol. Entonces buscó una colmena de abejas, de las abejas que viven bajo la tierra. Sacó toda la cera del panal y se puso a hacer una figura parecida a ella. Con la cera, hizo el muñeco y lo colocó en las orillas de su plantación. Al rato llegó el conejo, que era quien se estaba comiendo el frijol, y vio la figura de la viejita que estaba cuidando el frijol. El conejo no se asustó, sino que pensó en golpear a la vieja. Se acercó al muñeco y lo golpeó con una mano y la mano se le quedó pegada. Lo golpeó con la otra mano y también se le quedó pegada. Entonces lo golpeó con una pata y se le pegó en la cera, lo golpeó con la otra pata y también se le pegó. Finalmente quiso morderlo y también su cabeza quedó pegada. Así se quedó el conejo hasta que llegó la anciana y le dijo:

—Así que tú eras el miserable que le estabas haciendo daño a mi frijol, ahora te voy a castigar.

Entonces el conejo dijo: —Ay, viejecita, no me pegues, no me mates, porque yo tengo un falo muy grande para tus hijas, y si me matas vas a perder muchos nietos. La anciana se enojó más todavía al oír eso y se lo llevó a la casa donde lo puso en una jaula. Después de ponerlo en la jaula dijo a sus hijas que preparen una gran olla de agua hirviendo para quemar al conejo.

En ese momento llegó un coyote hasta la jaula del conejo y le preguntó qué le pasaba. El conejo le dijo: —Aquí estoy preso porque tengo un trato con la viejita, ella quiere un falo bien grande para sus hijas y yo tengo un falo muy chiquito; me da tristeza, porque las hijas son muy guapas.

Entonces el coyote dijo que él tenía un falo muy grande y el conejo le dijo que mejor él ocupaba su lugar en la jaula.

Cuando llegó la vieja le preguntó al coyote quién era, y él le dijo que era uno que tenía un falo bien grande para sus hijas. La anciana se enojó, cogió al coyote y lo echó en el agua que había preparado para el conejo. Así murió el coyote. (*chatino*)⁶

* * *

EL DUEÑO de aquella enramada regresó, traía cosas para castigar al conejo. Al entrar se dio cuenta de que era el coyote el que se hallaba colgado.

—¿Qué haces tú aquí?

—El conejo me dijo que ya voy a casarme, que el banquete de bodas se está preparando; que voy a casarme, me dijo el conejo. En su opinión, la prometida que iba a llevarse no se vería bien a su lado porque él es muy chico. Esto me dijo y por ello me quedé, porque yo soy más grande. El hombre lo intimidó:

—Si te quedaste tú, a ti te tocará el castigo —lo amenazó el dueño.

El conejo se había ido; hasta la falda más alta de un monte se había ido para observar como castigarían a su tío. Hasta allá fue a sentarse para observar qué cosa le harían a su tío.

El dueño del sitio cumplió el castigo como lo planeó, lo castigó con un alambre al rojo vivo; trajo un alambre al rojo vivo y se lo metió por el culo.

Al rojo vivo estaba el alambre que le metió por el culo al coyote. Mientras tanto el conejo, desde la falda más alta de un monte gritó:

—Tío, tío coyote culoquemado.

Eso gritó el conejo porque al coyote le metieron el alambre, y le quedó rojo el culo; este castigo le tocó por lujurioso. Desde entonces se le quedó el culo rojo por ser tan zonzo. (*tojolabal*)⁷

Este cuento presenta posibilidades de enlazar múltiples episodios y fragmentos. En la narrativa normal, la acumulación de episodios depende de la habilidad del cuentero y del interés de quienes escuchan, sí, pero también se suelen reunir los acontecimientos en ciclos acotados. La mímica y la habilidad del narrador son mucho más relevantes que el orden de los episodios, conocidos de antemano por quienes escuchan.

—HÁGASE A UN LADO, hágase a un lado, voy a pasar a comer—. Y al empujarlo su mano quedó pegada.

—Suélteme la mano, que voy a entrar; tengo mucha hambre. Todos los días vengo y nadie me había molestado antes.

El mono de cera estaba *silencio*. El conejo le dio un golpe con la otra mano y también quedó pegada.

—Le dije que me soltara. Suélteme o le doy de patadas, que para eso tengo patas. Lo pateó; también la pata quedó pegada. Con la otra pata volvió a patearlo; también quedó pegada. Allí estaba hecho bolita; seguía gritando:

—Suélteme o le daré un coletazo, que para eso tengo cola.

Le dio un coletazo y también la cola quedó pegada.

—Suélteme; voy a entrar a comer, tengo hambre. ¿Por qué me agarra? Diario ando por aquí y ni quien se meta conmigo.

¡Y que lo muerde! También los dientes se quedaron pegados.

—Suélteme, le voy a pegar; todavía tengo orejas.

Le dio con las orejas y también se pegaron a la cera. Allí estaba, pegosteadado, engarruñado, cuando llegó el dueño.

—¡Ah!, ¿así que eres tú quien me ha hecho tanto daño?

—Sí, yo.

El señor agarró al conejo y se lo llevó a su casa. Al llegar, le dijo a su señora:

—Ahora, ¿qué hacemos ahora con este animal?

—Ni qué pensarlo: lo matamos.

—¿Y cómo lo matamos?

—Vamos a calentar agua y allí lo metemos.

—Muy bien.

Lo pararon detrás de la casa y lo amarraron. Pusieron a calentar el agua. El conejo vio cómo venía el coyote, muy despacito; muy despacio venía. Muy despacito llegó. El conejo lo llamó:

—Hermano, hermano. Hermano, ven. Ven, hermano, ven. Me piden que viva con la hija de esta gente, pero yo no puedo. ¿No te quedarías tú en mi lugar? Yo no puedo vivir con ella porque estoy muy chaparro; no se va a ver bien cuando camine con ella, porque estoy muy chiquito. En cambio tú estás muy bien; eres muy alto, estás bien. Tú si estás bien para vivir con ella.

—No me van a querer, hermano; me van a pegar, hermano.

—No, hermano; tú mero eres quien vivirá con ella. Me la están dando para que me case con ella y yo no la quiero porque estoy muy chaparro. Nunca me vería bien caminando detrás de ella.

—¿Qué sí? —le preguntó el coyote—. Bueno, hermano, si es cierto lo que dices, si estás seguro...

—De verdad, hermano —lo convencía el conejo.

El coyote desató al conejo. Entonces el conejo le amarró el mecate al coyote en el pescuezo y después salió corriendo. Mientras, en la casa, hirvió el agua.

—Vayan a traer al conejo; que venga a morir.

Corriendo fueron atrás de la casa; ¡así de grande estaba la cara del coyote viejo que estaba allí sentado!

—Está sentado un coyote —vino a avisar a gritos la muchacha.

Se fueron todos a darle de garrotazos.

—No me peguen, no me peguen; ahora soy yo quien se va a casar con su hija.

—¡Y quién le está dando su hija a este feo! —y más le pegaban. Hasta que se reventó el mecate con el cual lo había amarrado el conejo pudo salir el coyote. (*mixteco*)⁸

En esta curiosa versión de tío conejo, la transgresión es mayor, ya que el huerto pertenece a la Virgen —lo cual no le impide usar picardías, como se estila en Chiapas: es solamente una forma de *calentar* el lenguaje.

Al conejo le crecen las orejas como consecuencia de otras ofensas, ésta en particular no es la más frecuente; pero en tojolabal, donde las antologías de cuentos han sido escritas por los propios hablantes, hay transformaciones que sólo permite la escritura: en su modalidad oral no es posible mezclar con tal arbitrariedad los episodios.

En el mito mayense, el conejo es castigado por arruinar la milpa del *kox*, el niño que se transformaría en sol —igual que en el *Popol Vuh*. Más adelante veremos otras razones que explican las orejas largas del conejo y de su hocico *tencuache*.

HACE MUCHO, mucho tiempo, nuestra madre Santa María tuvo un pequeño frijolar, un huerto de frijoles. Un día, se preguntó: “Pero, ¿quién se come mis frijolitos? De plano está abusando mucho.”

Así habló nuestra madre Santa María. Ella meditaba: “¿cómo he de descubrir y atrapar al mañoso?”

Le puso entonces una trampa. Moldeó bien la cerita; la cerita de la colmena, la moldeó bien, arreglándola como si fuera un cristiano. Después de haberla moldeado, nuestra madre Santa María y nuestro padre San José encaminaron sus pasos:

—Vamos a ver esos frijoles, a ver qué mañoso se está comiendo los frijoles tiernos. En cuanto hubieron arreglado la cera, en cuanto la hubieron arreglado como si fuera un cristiano, la pararon en el camino por donde había de pasar el animalito.

Cuando llegó el conejito:

—¡Ju...! Quítate de mi camino, muchacho, ¿qué haces obstruyendo el paso? —lo reprendió el pequeño conejo—. Sal de mi camino, si no te golpearé.

Y la cerita, muy dura, siguió parada, sin responderle.

—Pero... salte, si no te golpearé—. Y no, no habla la cerita, nomás continúa parada.

—O te sales o te golpeo. ¡Ay cabrón!, no te quitas de mi paso y yo estoy hambriento! Salte o te golpeo. Contesta, porque te estoy hablando... Quítate de mi paso. ¡Ja!, ¿acaso no vas a salirte?

Le propina un golpe; uno le propina. Al dárselo, su mano se le quedó pegada.

—¡Ah!, pero suéltame, muchacho, si no te volveré a pegar; aún tengo otra mano. Lo golpeó esta vez con la mano hembra —la izquierda. También se le quedó pegada. ¡Jo!, no puede liberarse. Ambas manos se le quedaron pegadas. Entonces amenazó:

—Suéltame muchacho que estoy hambriento; suéltame, si no, te patearé porque yo, como tú, tengo pies.

Al patearla, una de sus patas se le pega. La jalonea.

—Suéltame, amigo mío, suéltame, porque aún me queda un pie y he de golpearte en serio.

Cuando le soltó otra patada, pies y manos se le pegaron. Los cuatro. Grita. Está bien atrapado en la cera.

Al amanecer, llegó nuestra madre Santa María con nuestro padre San José. Lo regañaron:

—Mañosito, ¿así que eres tú quien está acabando con nuestros frijoles tiernos? Ahora no podrás escapar sin recibir tu castigo.

Tomaron el chicote y lo golpearon mucho.

—¡Ay Dios, patrona, no me maten! Es que tenía hambre. Yo soy quien ha estado maltratando los frijolitos; pero concédeme tu perdón y no me mates, por favor.

—No te mataremos, pero deja de perjudicarnos, porque con tus excesos estás acabando nuestra siembrita. De cualquier manera recibirás un castigo, porque si no, seguirás de mañoso —le aclararon.

Lo tomaron de la mano y lo curtieron a chicotazos. Lo hicieron gritar.

¡Malhaya!, lo agarraron por las orejas. ¡Bien se las estiraron! Por eso las tiene tan largas. Le entró la tristeza de tanto chicotazo que le dieron.

—Bueno, pues ya que no podré comer el frijolito, mejor adiós.

—Vete, pero no regreses a perjudicar el frijolar. Cuando se marchó, triste iba el conejito. Se subió a la cuesta de monte. Sollozando, exclamó:

—¡Jo!, mi patrona es muy brava. Me jaló las orejas y se alargaron. (*tojolabal*)⁹

Cuando por fin el coyote, enfurecido y hambreado, atrapa al conejo, es común que éste exija algún requisito que debe cumplir antes de comérselo. Le pide que termine con él de cierto lugar o de cierta manera: junto al agua, en la cima de un cerro, sobre hojas... Así vuelve a escapar.

—¿Y QUÉ le vas a poner a mi caldo para que esté sabroso, para que me comas mejor? ¿Por qué no regresas por donde pasamos? Allá abajo en el corral hay hojas de *kandoho*. Así me vas a comer más sabroso.

—Sí —dijo la pobre señora. Bajó el tenate y se fue. Allí quedó el conejo. Pasó el coyote y como el conejo es tan listo, le dice:

—Ay, señor, métete aquí mientras voy a tomar agua y regreso. Un ratito nomás me voy.

—Bueno —dijo el coyote.

Se metió de donde salió el conejo y cuando la señora regresó con el kandoho vio que ya no era el conejo el que estaba en su tenate.

—¿A poco a ti te eché en mi tenate? ¿Por qué estás aquí?

Le pegó al coyote con un garrote. (*mixteco*)¹⁰

Como ambos son pícaros, al conejo pueden adjudicársele perfectamente las travesuras del famosísimo Pedro de Urdimalas —que todavía siguen contándose en muchísimas comunidades mexicanas. Como su nombre indica, este muchachito no hace sino urdir maldades a costa de quienes confían en él —el cura es una víctima frecuente tanto de niños malhoras como de animales mañosos. Este episodio, donde el conejo se llama también Pedro, ocurre después de haber golpeado al muñeco y de haber atrapado al conejo —el agraviado ordena que lo echen al río, pero el conejo no sólo escapa al castigo sino que sustituye su presunto cuerpo cautivo por el máspreciado tesoro de sus verdugos: la comida.

—HOY, PEDRITO, te llegó tu fin. Antes, ya te habías ido, pero ahora nos hemos vuelto a encontrar, y tú eres el que me ha estado haciendo mucho mal; por eso, ahora, haré una fogata, arderá y serás lanzado ahí dentro —le fue dicho.

Nuevamente se puso a llorar mucho. —Tata padrecito, no soy yo el que anda haciendo el mal. Vaya, el hecho de que me hayas encontrado aquí colgado fue porque me puse a platicar con este hombre, y que al no responderme, empecé a golpearlo ¡y se pegaron allí mis cuatro patas! Esa es la explicación de por qué estoy aquí, padrecito, no soy yo el que anda haciendo el mal, en vano me estás acusando de esta forma, porque no soy yo quien anda acabando con las cosas de tu huerto.

—¡Quién sabe! Como tú fuiste el que atrapé en el camino del que anda causando el mal, tú pagarás.

El padre llamó a dos arrieros ordenándoles que lo llevaran y tiraran al río grande. Pero cuando esos arrieros recibieron la orden, se ocultaba ya el sol, por eso cuando llegaron hasta donde estaba el río grande, estaba oscureciendo.

Cuando se dieron cuenta que estaba cayendo la noche, dijeron:

—Mejor lo tiramos mañana; ahora no disfrutaríamos con su sufrimiento; lo que nos gusta es ver cómo va a sufrir. Mejor durmamos, mañana bien temprano nos levantaremos a tirarlo —acordaron—. Dejémoslo por nuestra cabecera. Mañana, bien temprano, en la faena, lo lanzaremos al agua —dijo uno de esos arrieros.

—Bien —le contestó su compañero.

El conejo, al darse cuenta que no iba a ser lanzado en ese momento, esperó a que los arrieros durmieran profundamente y empezó a desatarse poco a poco. Al ter-

minar de desamarrarse y salir del costal en donde lo tenían metido, tomó el posol y tortillas de los arrieros y los metió en el costal; los metió en el costal en donde había estado. Tanteó su peso y metió en el costal esa misma proporción. Cuando terminó de arreglar todo, se fue, se fue a sentar a la punta de un cerro.

Cuando amaneció, los arrieros dijeron:

—Ahora ya amaneció, lancémoslo como nos ordenaron.

—Bien.

Tomaron el costal y lo lanzaron al río grande. Cuando el costal empezó a ser arrastrado por la corriente del río, se alegraron muchísimo. Y el conejo, al darse cuenta, gritó:

—¡Ba ba ba ba ba ba ba ba ba ba ba, adiós reatas y tamales!

—¿Quién mierdas será? ¿Qué dice? —se preguntaron los arrieros.

—Escuchémoslo bien, a lo mejor grita otra vez —dijeron.

De nuevo oyeron el grito: —¡Ba ba ba ba ba ba ba ba, adiós reatas y tamales!

Al escuchar, sospecharon.

—¡Ése es al que íbamos a tirar! ¿Si no fue él a quien tiramos, entonces qué fue?

¿No será que tiramos nuestras cosas?

Fueron a ver sus cosas y se dieron cuenta que no estaban ni el posol ni las tortillas de cada uno, porque ya los aventaron a ese gran río.

Vaya, el conejo, ya se había ido, ya había huido.

Así fue, así sucedió entre el conejo y el padre.

Fue así como el conejo se salvó en aquel entonces. (*tojolabal*)¹¹

No todas las versiones del cuento incluyen todos los episodios, tampoco hay una secuencia fija. A veces coyote muere a consecuencia de alguno de los múltiples percances que sufre y allí termina el cuento; otras más, se recupera y sigue la persecución del conejo, cada vez más enojado y hambriento, pero siempre igual de crédulo y de tonto.

El cuento puede comenzar con coyote buscando qué comer o con el episodio del mono de cera, en cuyo caso coyote persigue a conejo porque quiere vengarse —además de tener hambre—, pero nunca lo ataca directamente: siempre le advierte que se lo comerá, lo cual da tiempo a la víctima de decir mentiras y prometer que no lo engañará más, hacer o inventar algo para entretenerlo. Como le ofrece una pausa para urdir alguna nueva treta, finge enfermedad, muerte, autoridad, valentía y encomiendas, sin el menor empacho o asomo de duda.

Conejo ve venir a coyote y le ofrece tunas — el manjar más socorrido por sus espinas y ahuates— o frutas del árbol donde está trepado; tras darle uno o dos frutos maduros o pelados, lo atraganta con un tercero, espinoso o verde.

SALIÓ el coyote.

—Está bien, que se espere Lorenzo, nuestro hermano. ¿Por qué me engañó? ¿Dónde se iría? Voy a buscarlo.

Salió y se fue. Mientras, el conejo ya estaba cuidando chiles en una barranca; sin preocupación andaba el animal. Despacito, despacito llegó hasta allá el coyote.

—Hermano Lorenzo, ¿qué andas haciendo aquí?

—Aquí estoy, hermano querido, estoy cuidando el chile de la gente: “Cuida tantito nuestro picante”, me pidieron, y aquí estoy. Ven, hermano, ven. Cuídame mis chiles mientras yo me voy a una necesidad, ya no aguanto y no puedo irme. Dios quiso que te aparecieras, hermano querido; ven, cuídame tantito el chilar. Y si quieres, puedes comer chiles.

—¿Será?

—Sí.

—Está bien, pues—. Y el conejo cortó chiles de los más picosos.

—Abre la boca para que comas los chiles —le dijo el conejo.

—Está bien.

El coyote abrió la boca y el conejo le echó dentro un montón de chiles.

—Come ahora.

Y comenzó a comer. Se le enchiló el hocico, le escurría la baba de tanto que le picaba. El conejo salió corriendo.

—¡Cómo será ese conejo, siempre me engaña mucho!

Salió a seguirlo. Ya estaba arriba de un pitahayo, dicen, comiendo las pitahayas. Estaba sin pena, pelaba sus tunas y comía. El coyote venía siguiéndolo, allí apareció el tonto.

—Hermano Lorenzo, ¿qué aquí estás?

—Aquí estoy, hermano. Me dijeron que cuidara sus tunas, hermano, y no he podido salir a mis necesidades, querido hermano. Ven, cuídamelas tantito para que vaya, regreso pronto. Así aprovecho a tomar agua también, tengo sed. Ven, ¿quieres comer tunas?

—Sí, pues.

—Está bien, abre el hocico.

El conejo peló una y comió; una tuna pelada le aventó el conejo al hocico.

—¿Está dulce?

—Muy dulce, hermano querido, creo que comeré más.

—Comerás más...

—Sí.

—Abre el hocico entonces, pero ábrelo bien.

El animal cortó otra tuna y con todo y espinas se la tiró al hocico. Todo el ahuate se le atoró en el hocico, y mientras se sacaba las espinas el conejo escapó. Con mucho trabajo se sacó el ahuate del hocico.

—¡Cómo es de maldoso el conejo! ¿Qué haré? Me lo voy a comer, para que se le quite lo mañoso, ya son muchas las veces que me ha engañado.

Salió y se fue. Llegó hasta donde había un árbol de zapote blanco. Allí estaba el conejo, en la rama del árbol, comiendo zapote. Ya estaba allí, ya estaba arriba, en la rama, comiendo.

—Hermano conejo.

—¿Qué?

—Te voy a comer. Hace tiempo que me engañas; no eres bueno, eres mañoso, eres engañador.

—No, hombre, no me comas hermano querido, estoy cuidando la fruta de la gente.

—¿Qué fruta es?

—Zapotes blancos son los que cuido, hermano, dicen que los comen los animales. No me comas, hermano querido, ¿quieres probar zapotes? Están maduros.

—Está bien, pues.

El conejo le dio zapote al coyote, estaba maduro el que le aventó.

—¿Quieres otro, hermano?

—Sí.

—Está bien, entonces abre bien grande el hocico.

El conejo trajo un zapote muy verde y hasta adentro del hocico se lo echó. Se le atoró en el pescuezo, en la garganta se le quedó. Así estaba cuando el conejo volvió a escaparse.

“¡Cómo es de maldito el conejo, cómo me engaña!”, pensaba el coyote. (*mixteco*)¹²

Coyote se atraganta con la fruta. Conejo le tumba los dientes o lo desmaya con el golpe de la fruta arrojada desde lo alto; o le espina la cara, como en esta curiosa variante donde los papeles de los personajes están invertidos y se relata cómo remedia sus males.

ENTONCES EL CONEJO siguió con la boca abierta y el coyote le tiró un higo con las espinas y el higo le pegó en los ojos. El conejo salió corriendo, gritando de dolor. Se fue llorando y medio ciego llegó hasta el río. Se metió en el río y dijo:

—Vengan camarones, vengan truchas, vengan pescados, vengan pescaditos, vengan ranas, vengan todos los seres del río, porque me estoy por morir, porque si me quedo ciego, no podré caminar ni buscar mi comida.

Entonces vinieron todos los peces, las ranas, los camarones y entre todos limpiaron la vista del conejo. Cuando el conejo se sintió aliviado se puso a burlar de los animales del río. Les dijo que los iban a pescar, que la creciente los golpearía contra las rocas, que las secas los harían morir. Mucho se burló de los pobres animales del río que tanto lo habían ayudado. Los animales del río le dijeron que era un malagradecido, que después de haberlo ayudado sólo se burlaba de ellos, que para eso mejor se hubiera quedado ciego.

Se fue el conejo y vio que el coyote estaba trepado sobre un platanar. Estaba bien alto, cerca de un racimo de plátanos maduros, los estaba comiendo. Entonces el conejo le pidió al coyote que le tire un plátano, el coyote le dijo que abriera la boca y le arrojó un plátano maduro que le gustó mucho al conejo. Pidió otro y el coyote le tiró un plátano con su piel que justo fue a dar en los ojos del conejo. Quedó ciego otra vez el conejo y llorando corrió hacia el río.

Cuando llegó al río gritó: —Vengan pescados, vengan ranas, pescaditos, a limpiar mis ojos, limpien ustedes mi vista porque ya me estoy quedando ciego y si me quedo ciego voy a morir de hambre.

Vinieron los animales del río y comenzaron a limpiarle los ojos, pero antes de que terminaran el conejo volvió a burlarse de ellos. Les dijo que se los iba a llevar la perdición, que la creciente los golpearía contra las rocas, que la gente los pescaría y los comería; entonces se enojaron los animales del río y no quisieron limpiar sus ojos. Lo dejaron con sus ojos que casi no servían, así anduvo el conejo.

Anduvo y anduvo hasta que se puso bien flaco, porque no pudo encontrar nada qué comer. Caminaba e iba pensando como podía hacer para vengarse del coyote. Así andaba cuando encontró al coyote. El coyote le preguntó cómo estaba y el conejo le dijo que estaba muy mal, que se había peleado con los animalitos del río y que éstos no habían querido ayudarlo y que por eso andaba medio ciego. (*chatino*)¹³

Los enemigos siguen su camino, coyote encuentra al conejo cuidando a los niños de la escuela —un panal— que coyote debe golpear para que callen si alborotan mucho mientras conejo va por más comida, a orinar, a un mandado: las avispas pican al coyote. Le pide que cuide sus tamales que hierven; el ruido del hervor lo hace una culebra de cascabel. Le deja al cuidado de sus pollos y le da permiso de comerse uno: resultan zopilotes que se echan a volar en cuanto se acerca.

CUANDO LO ENCONTRÓ, el conejo está sentado cuidando un panal. Entonces dijo coyote: —Ora sí, ¡te como!

—No me comes, estoy cuidando los muchachos de la escuela; aquí cuida, no tardo,

voy a traer pan con carne para que comamos. Si los muchachos no estudian la lección, coge este palo y les pegas.

Se fue conejo. Ya hacía rato que se fue conejo, estaba esperando coyote, entonces le pegó con el palo a la cabeza del panal. Se alborotaron las avispas de panal, le picaron a coyote. Se revolcaba coyote en la tierra. (*zapoteco*)¹⁴

LLEGÓ A UNA LLANURA donde estaba tirado un burro muerto, rodeado de zopilotes. Mientras, el coyote, con mucho trabajo logró sacarse la tuna del gañote y fue tras el conejo.

—Ahora sí, no se me escapará. Cuando lo encuentre, seguro me lo como—dijo el viejo coyote, mientras andaba tras el conejo. Cuando lo vio le preguntó:

—¿Aquí estás, hermano?

—Aquí ando, hermano. Ya llevo varios días cuidando estos guajolotes de la gente; ven, hermano, ayúdame a cuidarlos para que pueda ir a comer; tengo mucha hambre.

—No te los cuido, hermano; ya es mucho lo que me has hecho, ya son muchas las veces que me has engañado.

—No, hermano, ven. Cuídalos. Cuando tengas hambre escoges uno de los más grandes y te lo puedes comer.

—Bien, hermano —aceptó el coyote.

El conejo se fue entonces. El coyote les daba vueltas a los zopilotes, juntándolos para que comieran. Empezó a sentir hambre y buscó al más grande, para comérselo. Brincó para atraparlo pero todos los zopilotes se fueron, aleteando.

—¡Otra vez me engañó ese hermano! Ahora voy a buscarlo y voy a comérmelo. (*mixteco*)¹⁵

Conejo lo lastima, lo ensucia, le echa mentiras. Lo convence de que toque un tambor que no es sino estiércol de vaca; de que coma coyoles o frutas duras que debe quebrar golpeándolos contra sus testículos.

—PERO MIRA, come primero este coyol, está muy dulce.

—Sí —y se comió un coyol.

—¿Cómo voy a hacer para quebrarlo?

—Así vas a hacerlo, tío. Pon un coyol entre tus piernas, busca una piedra grande y le pegas: así lo vas a quebrar muy bien.

—Sí —dijo el coyote. Se lo puso entre las piernas y le pegó. Por otro lado le dio la piedra y sintió la muerte, se retorció de dolor. Mientras, el conejo se fue a otro lado. Otra vez lo encontró el coyote. (*mixteco*)¹⁶

LLEGÓ HASTA UN LLANO. Allí estaba el conejo.

—Hermano conejo, te llegó la hora, te voy a comer la cabeza. Ahora sí de veras te como, por mañoso. Me has engañado mucho, no eres bueno, conejo Lorenzo.

—No me comas, hermano, ¡pobre de mí! Me pidieron que les enseñe danza a estos alumnos. Ven, hermano, ven. Enséñales tantito mientras voy a mi necesidad y luego vuelvo.

—Está bien, pues.

Le encargó el violín para que tocara.

—Pero tienes que hacerlos bailar, ahorita regreso.

El coyote se cruzó de patas y allí estaba sentado, tocando, tocando el violín. Estaba sentado y todos los alumnos, que eran moscas, se fueron. Ni una mosca se quedó allí. Nada más así andaba, se le perdieron. No quedó ni una, dicen.

“¿Y ahora dónde se fueron los que estaban bailando? ¡Ya no hay nadie!”

Agarró el violín y lo aventó. Iba diciendo: —Que se espere ese conejo... ¿a dónde iría? (*mixteco*)¹⁷

Casi siempre aparece conejo sosteniendo la piedra que detiene al mundo. Cuando coyote lo alcanza, le advierte que le han avisado que se terminará el mundo si no se detiene la piedra y deja la carga a coyote mientras escapa.

EL CONEJO estaba ya junto a una enorme piedra, la estaba deteniendo cuando apareció el coyote.

—Hermano Lorenzo, ahora sí te voy a comer, me has engañado muchas veces, te voy a comer.

—No, hermano, no me comas, ¡pobre de mí!, hermano. Me pidieron que detuviera esta piedra, porque si se cae, allí mismo nos acabaremos todos. Eso me dijeron, por eso la estoy deteniendo. Ven, hombre, ven. Detenla tantito para que yo vaya a hacer una necesidad, pues no he podido ir ni a tomar agua. Ven, no me comas, detenla, ¡pobre de mí! No me comas o nos moriremos todos.

—¿Qué sí?

—Sí.

—Está bien, pues.

—Pon la mano; si no, se viene para abajo.

Puso allí su mano, el conejo jalaba tantito la piedra.

—Mira, mira, ya se viene, ya se viene.

Y rápido detuvo entonces el coyote la piedra.

—Agárrala fuerte, hermano, no la detengas así nomás; voy a mi necesidad, tomo agua y ahorita regreso.

—Está bien, pero te apuras a volver.

—No tardo, ahorita vengo.

Estaba deteniendo la piedra y el conejo se fue, dizque a tomar agua. ¡Dónde!, si de una vez se fue. “Qué ahí se quede”, pensó. Y se fue.

Hasta por allá andaba el conejo, y el otro, esperando que regresara, esperando, esperando... ya estaba *dilatando*.

Quitaba tantito la mano y sentía que la piedra se le venía encima. Rápido volvía a detenerla. “¡Cómo es de canijo ese conejo, ¿por qué me engaña tanto? Lástima, si no fuera por esta piedra que se viene para abajo, me iba.”

Tantito quitaba la mano y parecía que la piedra se le venía encima. Volvía a detenerla. Miraba a ver si venía el conejo: nada que aparecía.

“¿Y qué pasaría si soltara la piedra? Si se cae, que se caiga, que ruede, al fin que no voy a morir solo, también morirá el menso Lorenzo. Si nos morimos, pues nos morimos.”

Despacito, despacito quitó la mano. Y la piedra no daba señales de caerse, estaba bien plantada. Coyote la meneó, la pateó: nada. Estaba fuerte, bien puesta.

—¡Cómo es de canijo el conejo Lorenzo, si la piedra está bien detenida, bien apretada. Pero que se espere tantito... ¿Por dónde se iría? Voy a buscarlo. (*mixteco*)¹⁸

A veces, el mundo terminará de otra manera; no aplastado por la piedra que lo sostiene, sino con un gran diluvio. Conejo dizque recibió el aviso divino y se ofreció para salvar a su amigo coyote.

SALIÓ A SEGUIRLO, llegó a donde estaba sentado.

—Hermano conejo, ¿aquí estabas? Está bien, espérate. Ahora sí te llegó la hora, ya no te escaparás, llegó la hora de comerte la cabeza.

—No, hermano querido, no me comas la cabeza, hermanito. Estoy haciendo este tanate para que nos protejamos. Nos vamos a colgar, porque ya se cumplió el destino, ya todo se va a terminar. Ven, hermano, ven y ayúdame. Vamos a hacer los tanates porque empezará a llover agua con granizo, agua con viento, agua maldita que caerá en huracanes. Nos acabaremos. Ven, hermano, ven, te voy a sacar medidas para hacerte un tanate que te proteja. Primero voy a hacer el tuyo, luego hago el mío, porque es más chiquito; en cambio el tuyo va a ser más grande.

El conejo guardó al coyote en el tanate, le sacó la medida a ver qué tanto le faltaba de

tejer. Y allí estaban, el coyote esperaba sentado mientras el conejo terminaba el tanate.

—Métete.

Y allí dentro se quedó.

—Hermano, ya está terminado tu tanate, ya alcanza a cubrirtte, ahora voy a hacer el mío.

Estaba haciendo otro tanate, lo terminó.

—Hermano, ven ahora; vente, hermano, métete aquí, te apretaré un mecate y te colgaré de la punta de aquel árbol, porque va a empezar a llover mucho. No te preocupes, yo te cuidaré. Te colgaré más abajo y yo me colgaré más arriba, no te pasará nada.

—Está bien.

Lo metió en el tanate y cosió fuertemente la boca. Metió el mecate y lo subió, lo colgó.

—Yo estaré colgado más arriba, ya sabes.

—Está bien.

Ese tonto sin suerte estaba dentro, el conejo colgó a ese tonto. ¡Cuándo iba a meterse él en su tanate! El que dizque iba a ser para él lo llenó de piedras y lo subió más alto. Subió y le gritó al coyote:

—Estate listo, estate pendiente, hermano querido, porque si no, nos morimos. Ahora caerá granizo muy grande, de por sí nos vamos a morir.

—Está bien entonces; si de por sí nos vamos a morir, si mi corazón pierde su fuerza a lo mejor termino cuando empiecen los golpes —se lamentaba el coyote.

—No te va a pasar nada, yo voy a estar más arriba y alcanzaré a cubrirtte.

—Está bien. Por Dios, que así sea, hermano, ayúdame tantito para que no muera. ¡Pobre de mí, hermano!

—No te preocupes, yo sé cómo hacer.

Subió y empezó a temblar, empezó a llover. ¡Dónde! Si no era agua, orín de conejo era lo que mojaba. Lo estaba meando, le echaba piedras, meneaba la rama donde estaba el pobre animal. De aquí para allá meneaba el árbol.

—¿Todavía aguanta tu corazón? ¿Estás bien, hermano? —le gritaba el conejo.

—Todavía estoy aquí, hermano. De veras que son grandes los granizos que caen, hermano. Me duele la cabeza, donde me pegan.

—Así mismo estoy yo, hermano, me pega y me duele mucho. El viento corre muy fuerte, creo que no vamos a resistir —decía el conejo mientras meneaba, meneaba el árbol, meaba al coyote y aventaba piedras. Todo hueco se oía el tanate.

—¡Ay! ¿Qué todavía estás vivo, hermano? Creo que no voy a resistir, ya no aguanto.

—Hazte fuerte, hermano —le decía el conejo—, tampoco yo aguanto.

Y lo orinaba y lo golpeaba con piedras, le pegaba y lo orinaba. ¡Puro golpe seco sonaba en su cabeza!

Y se quedó en silencio. El conejo lo seguía apedreando, lo seguía orinando.

—¿Todavía estás vivo, hermano? —le preguntó.

El coyote ya no hablaba.

—Hermano, te estoy hablando.

Nada. Todavía lo orinaba, todavía le echaba piedras. Otra vez le habló: nada. No contestaba, estaba callado. Poco a poco el conejo abrió la boca del tanate,

—Te estoy hablando, hermano. ¿Todavía estás vivo? ¿Moriste ya, hermano?

No contestaba. Desató el tenate y cayó al suelo: ¡pra! Sonó hueco. Se cayó, murió el coyote. Ese fue su fin.

Conejo bajó y se fue.

Así platican que sucedió hace mucho tiempo. (*mixteco*)¹⁹

Con la muerte el conflicto llega a su fin. A veces, la muerte es por agua. Al final de la jornada, coyote alcanza al conejo a orillas de la laguna. Allí le ofrece un queso que está dentro de la laguna, le hace beber agua hasta que muere o queda inmovilizado mientras él escapa. O bien conejo ofrece que coma su reflejo en el agua o le propone cruzar un río, donde coyote se ahoga.

CUANDO LLEGÓ coyote a la laguna está conejo sentadito en la boca del agua. Entonces dijo conejo: —Nada no me hagas, ayúdame; vamos a beber agua para que salga el queso que está bajo el agua y lo comamos.

—Sí —dijo coyote y tomó agua hasta que se reventó su barriga, hasta que llegó el fin de coyote. (*zapoteco*)²⁰

Es al anochecer, junto a la laguna, cuando conejo sube al cielo—aunque sólo sucede en algunas versiones. Se explican así dos asuntos: por qué hay un conejo en la luna y por qué los coyotes aúllan en noches de plenilunio.

Otras veces la muerte es por fuego. Conejo le pide a coyote que lo acompañe a una boda o bautizo y que lo espere en el carrizal; que cante o toque música cuando escuche los cohetes de la procesión. Luego quema el carrizo, que truena al arder, y coyote muere quemado.

UN CONEJO estaba comiendo, cuando de repente salió un coyote. Quiso comérselo, pero como el conejo era muy listo, le dijo: —Espérame aquí mientras voy a comprarte unas tortillas para que me comas.

El coyote dijo: —Aquí me quedo esperándote.

El conejo brincó lejos, se fue y no volvió. El coyote estuvo esperando. Pero no volvió. Después de mucho rato el coyote se enojó.

—Ya me voy a buscar al conejo. Me ha engañado.

Se fue a buscar al conejo, lo encontró y le dijo: —Ahora sí te como. Ahora sí te como. Ahora sí te como, porque me engañaste y no me llevaste nada de comida.

—No, no, no me comas, no me comas. Siéntate aquí, vamos a hacer una casa, una enramada. Ya van a llegar unos recién casados y nos van a dar mucha comida, nos van a dar mucho de comer. Estate ahí tocando música. Y yo voy a terminar la enramada.

Así dijo el conejo. Entonces el coyote se puso a tocar. Estuvo tocando el violín. El conejo se hizo el tonto, andando, andando. Después prendió un cerillo y prendió fuego. Todo se quemó, el coyote brincó y cayó lejos de ahí. Toda la piel se le quemó y quedó apestoso. Nadie llegó ni nadie comió. El coyote se fue. Se fue corriendo muy lejos. El conejo también se fue corriendo lejos de ahí y se fue a comer su comida. El coyote estaba muy enojado.

—Ahora sí, si lo encuentro me lo como. Si lo encuentro me lo como. Ahora sí no lo dejo. Lo estuvo buscando. Y lo encontró allá lejos. El conejo estaba comiendo. Lo encontró. Entonces el coyote le dijo: —Ahora sí te como. Y no te perdono. Te como, te como, ahora sí te como.

—Deja, no me comas, aquí te compré un queso. Pero lo tiré al agua. Quiero sacarlo, pero es difícil. Ven, asómate y lo verás.

El coyote se asomó a ver. En el agua se veía el reflejo de la luna. El coyote pensó que de veras era un queso. ¡Qué queso iba a ser, si era la luna! El coyote era muy tonto. Saltó al agua. El conejo se fue corriendo. El coyote estuvo nadando hasta que se salió y se fue.

Cuando salió, fue nuevamente a buscarlo. Lo encontró y le dijo:

—Ahora sí te como. Ahora sí te como. Me dices mentiras y me vuelves a mentir. Ahora sí no te perdono.

—No, porque te estoy cocinando chicharrones. Debajo de este maguey te estoy cocinando chicharrones —luego le dice—: Oye. Se están cocinando para que nos los comamos. Para ir a dejarte comida.

El coyote, que era muy tonto, metió las narices debajo del maguey. Era una víbora que estaba cascabeleando. Lo mordió en la cara. El coyote se fue muy hinchado. Lo mordió en la cara y se murió. El conejo quedó libre. (*chichimeco*)²¹

* * *

EL CONEJO Y EL COYOTE se encontraron y entablaron plática:

—Tío —lo saluda el conejo.

—¿Qué ocurre? —dice el coyote.

—¡Ah, tío!, ¿no tienes apetito?

—¿Cómo, tío?

—¿Quisieras ir a comer? Hay un bautizo y luego darán un banquete.

—¿Es cierto, tío?

—Sí, tío, vamos. Vayamos a encontrarnos con los *bautismeros*.

—Si es así, vamos.

—No, mejor quédate tú aquí tocando música.

—Me quedaré, me quedaré ejecutando la música.

—Tío, en cuanto escuches el tronido del cohete, te pones a tocar, agachándote y poniéndote de pie, porque los tronidos anuncian la llegada de los bautismeros.

—Despreocúpate, tocaré. Pero, ¿realmente darán de comer?

—Sí, tío, que no se preocupe tu corazón.

—Bueno.

El coyote, agachándose y levantándose, danzó y ejecutó la música en tanto que el conejo se fue, se fue a encontrarse con los bautismeros.

¡Carambas!, todo era mentira; se dirigió a prender fuego alrededor del coyote. Mientras tanto, el coyote, oyendo el tronido de los cohetes, comienza a ejecutar la música. El conejo, por su parte, continuó incendiando el lugar donde su tío ejecutaba la música; lo rodeó con fuego. Carrizo y zacates tronaban, y el conejo nunca más volvió a aparecerse. El coyote, al darse cuenta que el fuego se acercaba a él, que se acercaba y acercaba el fuego, salió corriendo.

Después de alejarse del fuego, se preguntó: “¿Por que me habrá hecho esto? Desde ahora, que esté advertido mi tío conejo: será mi comida, remoleré bien sus huesos. Si lo encuentro, lo remoleré sin dejarle un solo pedazo entero”. (*tojolabal*)²²

* * *

Cuando el coyote llegó a donde estaba el conejo, éste le dijo: —Mira, yo me estoy por casar, ¿por qué no me esperas mientras voy a buscar a la novia?

Pero el coyote le dijo que mejor se casaba él con esa novia, que ya estaba cansado de andar solo, que quería casarse. El conejo dijo que estaba bien, que el coyote lo esperara sentado en el zacate mientras él iba a buscar a la novia. El coyote quedó muy contento y se sentó sobre el zacate para esperar a la novia. El conejo se fue y prendió fuego al zacate. El coyote vio el humo y el fuego pero creyó que era el cortejo

de la novia que venía quemando cohetes. Se quedó esperando hasta que llegó el fuego. Cuando el fuego llegó a donde él estaba, el coyote ya no pudo escapar, se quemó todo. Así murió el coyote y se vengó el conejo. (*chatino*)²³

Cuando se ve acorralado sin remedio, conejo inventa requisitos para que su enemigo pueda comérselo —como veremos, no es el único que usa esta argucia. Le pide que lo coma arriba del cerro, sobre hojas frescas para que no se le meta la tierra entre los dientes. Así vuelve a escapar —y hasta lo viola en el transcurso del episodio. Propone una apuesta para ganar tiempo, pide permiso para lavarse, para rezar.

VOLVIÓ A ENCONTRARLO, allí andaba el conejo. Le dijo:

—¡Ahora sí te voy a comer, hermano; ahora sí!

—No, hermano, aquí no. Cárgame hasta aquella loma, allá puedes sentarte a comerme. Allá cortaremos hojas y las tenderemos, para que me comas a gusto. Si me comes aquí, me vas a comer embarrado de tierra, se te pueden quebrar los dientes.

—Bueno.

Lo cargó en el lomo y se fueron. En el camino, el conejo le iba haciendo travesuras.

—Ten cuidado, hermano —reclamó el coyote.

—No te enojés, es que con el sudor me resbalo hasta atrás, me tengo que acomodar. Iban apenas a medio camino, el conejo seguía molestándolo.

—Ten cuidado, hermano, o aquí te tumbo y aquí te como.

—No, hermano; me meneo porque el sudor me está empapando.

Llegaron a la punta del cerro.

—Aquí está bonito para que me comas. Yo te lo decía, hermano; aquí hay una buena vista para comer. Ve a cortar unas hojas para tenderlas y para que te pongas a comer, para que comas con las manos limpias, para que no me comas con basura y con tierra, para que no me ensucie. Trae las hojas para que me pongas allí encima; allí me estaré para que me comas.

—Bueno.

Salió corriendo, corriendo se fue a cortar las hojas. Al regresar comenzó a buscar al conejo. Pero, ¿dónde?, si el conejo ya se había escapado. Se escondió bajo un nido de gavilán que encontró. El coyote daba vueltas y vueltas, andaba buscando al conejo. Le dijo al gavilán:

—Y ahora tú, gavilán, irás a buscar al conejo y te lo comerás. Ya me hizo muchas maldades, ya me engañó muchas veces. Ahora tú debes comértelo.

—Está bien —dijo el gavilán.

El gavilán empezó a subir, dando vueltas. Gritaba fsss, así decía. Vio que el conejo

estaba debajo del nido, se dejó caer y lo agarró.

—¡Ay, ay, ay! Espérate, agárrame de mi mano sana, esa es la mano que tengo lastimada.

El gavilán le creyó y lo soltó. Entonces el conejo quebró unas varas y se las puso al gavilán en las garras para engañarlo.

El gavilán subía, dando vueltas y vueltas; mientras, el conejo escapó y se metió en un agujero. El gavilán seguía volando y cuando se dio cuenta de que sólo llevaba varas, las soltó: las varas cayeron desde lo alto. Aquí se termina este cuento. (*mixteco*)²⁴

En algunas variantes conejo solicita ir a despedirse de su casa y le habla a la madriguera, que le contesta, pidiéndole que pase. Entra por la boca de la cueva, donde el animal más grande se atora mientras él escapa por una salida más pequeña. En Chiapas, pide ordenar su herencia antes de morir, avienta todas sus pertenencias por la boca de su cueva y al lanzar sus caites, escapa agarrado a los pesados huaraches.

REPITIÓ el conejo:

—Si has de comerme, hazlo; traeré mis pertenencias. Allá dejé mi caldereta, mi petate, mi cobija, todas mis cosas están allá, y primero iré por ellas.

—De acuerdo. Vamos; pero en cuanto las hayas sacado, te devoraré.

—Conforme, tío.

Cuando llegaron a la casa del conejo, a su cueva, él empezó a sacar sus pertenencias, en tanto le decía al coyote:

—Espérame acá, tío. Cada vez que tire afuera mis cosas, te diré: “ahí te va, cáchala, cáchala”, y tú aviéntala lejos.

—Está bien, tío. El coyote permaneció en la boca de la cueva.

—Ahí te va mi cobija. Aviéntala lejos.

—Sí, despreocúpate, la aventaré lejos.

Lo hizo.

—Ahí te va mi petate, tío; aviéntalo bien lejos, para que cuando lleguen mis hijos no lo vean; porque si no, se preocuparán mucho.

—Pierde cuidado.

El coyote tomaba las cosas que le echaban y las tiraba muy lejos.

—Ahí te va mi caldero, tío, aviéntalo lejos; porque si no, cuando yo salga, me entristeceré al ver mis cositas cerca.

—Sí.

—Ahí te va ahora mi par de caites. Estos aviéntalos bien lejos, porque son lo que más aprecio.

—Pierde cuidado, tío.

—Aviéntalos lejos para que cuando salga no los vea.

¡Jo!, cogiéndolos, los tiró muy lejos. ¡Ah!, pe... al aventar ese par de caites, en el interior de la cueva cesó el ruido. Al percatarse el coyote, gritó:

—Tío —nadie le responde—. Tío, ¿dónde te has metido? Ven para acá porque ya tengo hambre y te comeré.

Y el tío no aparecía; no estaba, había desaparecido el conejo.

—¿Aún estás ahí, tío?

No estaba, desapareció. Se había ido. Salió disparado junto con su par de caites. Agachando las orejas había brincado y salió confundido con sus caites.

El coyote, tomando los caites, lo había lanzado muy lejos.

Así fue.

Fue así como engañaron al coyote. (*tojolabal*)²⁵

Menos mezclada con versiones europeas, ya que fue recopilada muy tempranamente —a finales del siglo XIX, o principios del XX— este relato es algo diferente de las versiones anteriores.

ASÍ SUCEDIÓ ANTAÑO. El conejo estaba sentado en la orilla de un jardín. Entonces llegó un coyote y preguntó: —¿Qué haces, conejo?

—Estoy aquí sentado y descansando.

Entonces dijo el coyote: —Ahora te voy a devorar.

—No me devores, si no te he hecho nada.

—Te voy a devorar.

—Ni modo, hazlo, pero vamos a echarnos una carrera. Vamos a apostar a ver quién es más ágil.

—Sí.

En seguida corrió y luego regresó: —No soy ágil como tú. Mira, correr me cuesta trabajo.

Luego corrió y regresó. De nuevo corrió, pero no regresó en seguida. El coyote lo estuvo esperando y cuando se cansó de esperar se fue corriendo.

Otra vez, el coyote vio allí el conejo. Cuando el conejo vio el coyote, se sentó y agarró una olla vieja y desgastada y la puso en unas piedras. Después llenó la olla con avispas y la tapó con las hojas de un árbol que estaba allí. Cuando se acercó el coyote, empezó a atizar la olla usando su cola como soplador.

En seguida se acercó el coyote y dijo: —Hoy te voy a devorar, conejo.

Entonces le respondió el conejo: —Mira, no me devores. Mira, aquí se va a celebrar

una boda, aquí estoy preparando los tamales. Escucha, pronto van a hervir.

Las avispas hacían ruido.

Luego dijo: —Ayúdame con tu cola, vamos a atizar el fuego. Voy a pedir leche para que la puedas disfrutar junto con los tamales.

En seguida se marchó, y el coyote abanicaba la olla con su cola. El conejo se escondió detrás de un árbol que había allí; tenía un agujero. Se asomó y vio al coyote. Como el conejo no regresaba, pensó: “a lo mejor no regresa luego, voy a comer los tamales.”

En seguida destapó la olla y salieron las avispas. Luego lo picaron, así que el coyote se cayó y empezó a revolcarse.

Hizo reír al conejo.

Así, el coyote pensó: “a lo mejor las que se van a comer los tamales son las avispas.”

Por eso volvió a destapar la olla.

Salieron más avispas y lo volvieron a picar. Otra vez se cayó y empezó a revolcarse.

Las avispas lo mataron, lo picaron mucho.

El conejo se alegró. Así murió. Esto le contaron nuestros ancianos. (*cora*)²⁶

Coyote nunca aparece en el ciclo donde conejo quiere ser más grande. Inconforme con su tamaño pide al creador que lo vuelva más grande, puesto que su tamaño no corresponde a su inteligencia. Los señores del cielo le piden requisitos aparentemente imposibles: pieles, dientes o lágrimas de animales —de lagarto, tigre o mono. Para lograrlo, conejo inventa tretas terribles: juega pelota y el contrincante —lagarto— le advierte que no lo golpee en un punto vulnerable, conejo lo hace de inmediato. Se aprovecha de la glotonería o tendencia a la imitación de los monos. Cuenta historias tristes para hacer llorar al tigre. Amenaza con el fin del mundo para encerrar al más fuerte en un tenate y matarlo. Al cumplir los requisitos, los dioses lo estiran, pero solamente le crecen las orejas.

VOY A DECIR este cuentito. Éste es el cuento.

Dice el conejo:

—Soy muy chiquitito— dizque dice el conejo. —Pero voy a decirle a ese jefe, al Dios. Vamos a ver qué dice, si me hace más grande.

A esa hora dizque se subió. Llegó arriba:

—Quiero ser grande. Quiero que me hagas crecer porque soy muy chiquito. Los más grandes me corretean. Me quieren golpear porque me ven chiquito. Y ahora, ¿qué no me vas a hacer crecer? Porque estoy muy chico —dizque así le dijo al jefe.

Dice el jefe: —Está bien, está bien. Pero quiero nomás al tigre, al toro y al cocodrilo.

En cuanto traigas eso, entonces te voy a hacer crecer. Vas a ser grande.

A esa hora bajó ese conejo, cuando se le dijo que viniera a traer al cocodrilo. Y en cuanto bajó de allá arriba, en cuanto bajó dizque caminó un poquito nomás, dizque encontró al tigre.

Dizque el tigre nomás como que quiere jugar mucho. Ahí anda *aruñando* de a mentiritas. Ese tigre andaba rascando de a mentiritas cuando el conejito lo vio.

Dizque dice el conejo: —¡No estés jugueteando! No quiero jugar. Vine nomás a decirte esto: mañana, va a pasar fuerte el viento. Va a pasar el viento fuerte mañana y te vas a ir con el viento. Te va a llevar el viento. Allá te vas a ir golpeándote contra el palo, y allí te vas a morir porque ese viento va a pasar fuerte.

Dizque dice el conejo:—Solamente que te amarre yo, de esa manera no te llevará el viento.

Dizque dice el tigre: —¡Pues amárrame, pues!

Y ese conejo traía reata.

Dizque dice el conejo:—Te voy a amarrar.

Dizque a esa hora lo amarró. Fue amarrado el tigre. A esa hora lo amarró.

Dizque dice el conejo: —¡Haz fuerza! ¡Haz fuerza!

Hizo fuerza el tigre. No reventó la reata. No se desató. Dizque dice el conejo: —¡Haz fuerza! ¡Haz fuerza! ¡Haz mucha fuerza! Vamos a ver si revientas la reata.

Dizque hacía fuerza aquel tigre. No reventó la reata.

A esa hora el conejo sacó su cuchillo, y lo peló: le quitó la piel al tigre. Ahí quedó el tigre sin cuero. Ya no tiene su cuero.

A esa hora dizque dice el conejo: —Me faltan otros dos—. Dice él: —Me falta el toro.

Dizque iba caminando el conejo y ahí encontró al toro.

Estaba nada más dizque rascando mucho el toro. Estaba rascando la arena. Hasta arriba llegaba la arena. Hasta arriba dizque llegaba la arena. La estaba aventando aquel toro. Estaba rascando.

Dizque dice el conejo: —Mmh, mañana el viento va a pasar fuerte.

Dizque a esa hora dijo el toro: —¿Cómo que va a pasar mañana el viento?

—Si no te amarro, te va a llevar el viento. Pero si te amarro no te va a llevar —dijo el conejo.

—¡Amárrame, pues!

A esa hora el toro empezó a ser amarrado. Lo estaba amarrando el conejo. A esa hora lo amarró.

Dizque le dice: —¡Haz fuerza! ¡Haz fuerza! Vamos a ver. Vamos a ver si te desatas. ¡Haz fuerza!

Aquel toro hizo fuerza. No se desató. Ahí está amarrado. A esa hora sacó un cuchi-

llo ese conejo. Lo empezó a descuartizar. Al torote lo estaba descuartizando. En cuanto le quitó el cuero, ahí lo dejó.

Aquel conejo ya traía al tigre y al toro. Nomás caminaba y caminaba aquel conejo, cuando encontró a aquel cocodrilo. Ahí dizque estaba el cocodrilo. Dizque jugueaba de a mentiras mucho con la cabeza y se estaba retorciendo de a mentiras.

Dizque dice el conejo: —No quiero jugar.

Dizque dice el cocodrilo: —Vamos a jugar. Vamos a jugar a la pelota.

—Está bien. Si quieres, pues vamos a jugar.

Dizque a esa hora empezaron a jugar. Dizque dice el conejo: —¿Dónde está la parte donde si llego a golpear te vas a morir?

—¿Dónde me muero si tú me pegas? —preguntó el cocodrilo.

—Sí, eso quiero saber. Si te tiro esta pelota, ¿dónde te vas a morir si te pego?

—Pues no sé — dizque dijo el cocodrilo—. Aquí en la punta de mi cola, esa es la parte donde me muero si me dan un golpe allí.

Dizque dice el conejo: —Está bien. No te voy a tirar en la cola, donde tienes la parte donde te vas a morir.

Dizque a esa hora el conejo y el cocodrilo están jugando. Aquel cocodrilo está jugando, y dizque pensó el conejo: “Ahorita lo voy a matar a éste”. Comenzaron a jugar.

Empezó a tirar. Se la tiraban y se la tiraban aquella pelota.

A esa hora dizque el conejo le tiró duro, dizque a esa hora le tiró donde muere el cocodrilo, donde se va a morir: ahí merito dizque en su cola, ahí en la punta de la cola.

A esa hora le dio con esa pelota. Lo golpeó. A esa hora dizque se murió ese cocodrilo. Dizque se murió ahí.

Ese cocodrilo ahí donde quedó tiradote con la panza para arriba. Dizque a esa hora el conejo descuartizó al cocodrilo. Le quitó el cuero.

Son tres, juntos el tigre, el toro y el cocodrilo. Ya llevaba a los tres.

Dizque subió al cielo. Le dio al jefe: —Aquí te los traje.

—Está bien. Eres muy chiquitito. Eso, si fueras grande, ¿qué cosa no ibas a hacer?

Está bien. Eres chiquito pero los trajiste a estos.

Dizque a esa hora le jalaron su oreja al conejo. Dios le empieza a darle vueltas al conejo, agarrándolo de su oreja.

Dizque a esa hora el conejo cayó hasta allá.

Dizque a esa hora le creció más su oreja.

Al conejo orejón le creció más su oreja. (*totonaco*)²⁷

* * *

Tío CONEJO quería crecer y ser alto como los otros animales y fue a ver a nuestro Dios. El tío conejo le preguntó que qué quería por hacerlo crecer. Y nuestro Dios le pidió lágrimas de león, dientes de lagarto y de *palanca*, una víbora de por acá.

Y estuvo pensando cómo le iba a hacer.

Llegó a la orilla del río, se encontró un lagarto y le dijo:

—Pásame al otro lado del río, que voy a una fiesta.

—Bueno —le dijo el lagarto—, pero te voy a comer.

—No —dijo el conejo— mira que voy a una fiesta y me están esperando, voy a tomar vino, si quieres te invito. Ya después voy a estar más gordo y así me comes, porque ahorita estoy muy flaco.

Se apendejó el lagarto y lo acompañó.

—Ve adelante, lagarto, y espérame —y se fue a traer un palo.

Le macheteó la cabeza, pero no le pasó nada y ahí va para atrás. Dijo el lagarto:

—Me macheteó la cabeza, y no me pasó nada, pero si me machetea la cola, me mata.

Y así le macheteó la cola, lo mató, le sacó los dientes y los guardó.

Luego fue a buscar al león y lo encontró, y le contó que habían matado al lagarto y le habían sacado los dientes, que si no le daba lástima; y tanto lloró el conejo que hizo que se le ablandara el corazón y lloró el león. Guardó las lágrimas.

Se fue. Caminó y buscó la palanca. Era la más cabrona de todos; y le dijo:

—A ver si eres la más cabrona, métete aquí. [...]

Y la encerró.

Luego fue con diosito y le dijo:

—Aquí te traigo todo.

Y Diosito le dijo:

—Ahora no tengo tiempo.

Y ahí andaba y temblaba la palanca; iba y venía; y le preguntaron:

—¿Cómo le hiciste?

Y él empezó a contar y Dios apuntó todo, y le dijo que así no lo iba a hacer crecer.

Que nunca iba a crecer, sino que le iba a jalar las orejas y le jalaban las orejitas.

Por eso el conejo tiene las orejas largas. (*mazateco*)²⁸

* * *

CUANDO SE PARABA de espaldas al sol, el conejo veía su sombra y no se sentía conforme. ¿Cómo era posible que él, precisamente él, fuera tan pequeño? Si el Gran Señor lo había hecho tan listo, justo era que su tamaño estuviera de acuerdo con su inteligencia.

“Voy a ir a reclamarle al Gran Señor”, se dijo el conejo.

Fue hasta la casa del Gran Señor; allí, lo recibió uno de sus ayudantes.

—¿Qué quieres, Juan conejo?

—Vine a pedirle a Nuestro Gran Señor que me haga más grande; no estoy conforme con mi tamaño. Quiero ser grande.

—Espérate. Voy a avisarle, a ver él qué dispone.

El ayudante fue con el Gran Señor y le contó que Juan conejo estaba inconforme.

—Quiere que lo agrandemos, Señor. ¿Qué hacemos?

—¡Uy, no!, Juan es muy travieso. Si así de chiquito es tan latoso, imagínate qué fin tendrá si lo hacemos grande. Que así se quede.

—Pero se queja mucho de su tamaño. ¿Por qué no le ponemos una condición muy difícil? Si la cumple, lo agrandamos; si no, así lo dejamos.

—Me parece bien.

Hicieron entrar a Juan. Se presentó ante el Gran Señor y le reclamó:

—Me hiciste muy chiquito. Quiero ser grande para que los demás animales me respeten.

—Está bien. Te voy a poner una condición: debes traerme para mañana noventa pieles de mono. Si las traes, te hago grande.

—Está bueno.

Le pusieron esa condición creyendo que nunca la cumpliría. ¡Cuándo iba a poder, si él andaba por el suelo y los monos arriba, columpiándose en los árboles! Además, era él más chico. No, seguro que no iba a poder.

Juan conejo salió de la casa del Gran Señor; se fue camine y camine, en busca de los monos. Llegó a un jacal abandonado y vio un costal de yute.

“Eso me va a servir...”, pensó.

Siguió anda que te anda y llegó a una casita junto a una milpa. Allí vio una lata vieja.

“También me va a servir.”

Metió la lata en el costal y siguió su camino. Pasó por un platanar y cortó varias pencas de plátanos maduros. Las echó a su costal.

Se dirigió entonces al monte, donde vivían los monos. Se sentó. Sacó la lata y comenzó a tocar:

Trácata, trácata, trácata, tan.

Los monos se asomaron, pues son curiosos.

Trácata, trácata, trácata, tan.

Se juntaron muchos, los monos bajaron de los árboles y se acercaron. El conejo seguía:

Trácata, trácata, trácata, tan.

Les enseñó a los monos los plátanos y les dijo:

—Miren lo que les traje, para que coman. Son muchos plátanos, no se los van a acabar. ¿Por qué no invitan a otros compañeros?

Los monos fueron por más monos. Regresaron y comenzaron a comer. Estaban muy a gusto, cuando el conejo les dijo:

—¡Ahí vienen otros monos; ¡Métanse en el costal para que no les roben sus plátanos! Cuando los tuvo dentro del costal, los mató a palos; luego, comenzó de nuevo:

Trácata, trácata, trácata, tan...

Así, una y otra vez hasta que juntó cien monos. Los despellejó a todos, y cargó las pieles hasta la casa del Gran Señor.

—¡Qué bárbaro! —dijo el Gran Señor.

Tomó al conejo de las orejas y le dijo a su ayudante que lo agarrara de las patas. Entre los dos jalaron y jalaron, pero no lo hicieron más grande, sólo le estiraron las orejas.

El conejo se paró de espaldas al sol y vio que su sombra era mucho más larga.

—Está bien, me conformo. (*maya*)²⁹

El único animal que vence y engaña al conejo es el venado. Antes, el conejo tuvo cuernos y cascos, pero se los prestó al venado para correr o zapatear; y el venado se los robó. Algunas veces, el conejo engaña al venado y lo usa para deshacerse de la cornamenta que lo denuncia ante sus perseguidores. Las diferencias son pocas: venado se roba los cuernos y cascos del conejo o él mismo se los regala; le roba algo precioso, o bien se deshace de un tocado estorboso endilgándoselo con zalamerías al venado. Las florituras caben al contar las distintas maneras de robar el sombrero y los botines, de lo feliz o tonto que se siente el venado con aquellos cuernos y de cuánto le costó trabajo aprender a no enmarañarse en la maleza.

EL CONEJO tenía antiguamente pezuñas y el venado tenía uñas. Se encontraron una vez en el camino, se saludaron como buenos amigos. Dijo el venado: —Oye, amigo, préstame tus *cacles* para ver cómo me quedan. Sólo un momento.

El conejo, que tenía miedo de que el venado se los cogiera, primero no quería, pero consintió al fin; y el venado, luego que se los puso, se paró y comenzó a bailar. — ¡Ah, qué bonito suenan! —dijo. Dio cinco vueltas y se puso a bailar mitote y a cantar. El conejo estaba sentado mirándolo, muy afligido y temeroso de que el venado no le devolviera sus sandalias. El venado le pidió permiso de dar cinco grandes vueltas sobre las montañas. El conejo le dijo que no, pero el venado se fue, prometiéndole que pronto volvería. Regreso cuatro veces, pero a la quinta vuelta ya no apareció. El conejo trepó a una montaña y vio al venado ya muy lejos; lo quiso seguir, pero

no pudo, porque estaba con los pies descalzos. El venado nunca devolvió las pezuñas al conejo, quien se ha quedado sin ellas hasta ahora. (*cora*)³⁰

* * *

HACE MUCHO TIEMPO el conejo vio cómo lo seguían los perros, para agarrarlo. Los perros correteaban mucho al conejo, se lo querían comer. Y es que el conejo tenía unos cuernos muy grandes.

Entonces el conejo pensó:

—¿Qué voy a hacer para que los perros no me sigan y me quieran comer? Ya sé.

Entonces fue a buscar al venado. Hace mucho tiempo, el venado no tenía cuernos.

Tenía su cabeza así nomás, sin cuernos.

Y el conejo le dijo al venado:

—Ya amaneció, hermano. Ven, vamos a pasear.

Entonces el conejo se llevó al venado a pasear. Después el conejo le dijo al venado:

—Ahorita vengo, hermano. Tenme mi sombrero. Aquí nomás voy.

Y el conejo se quitó los cuernos grandes que tenía y se los puso al venado en la cabeza.

Y ahí estaba el venado, esperando nomás. Tenía los cuernos del conejo, que le dijo que era su sombrero.

Pero el conejo no volvió y el venado se quedó con los cuernos. Por eso los perros siguen al venado, para agarrarlo.

Esto fue lo que pasó hace mucho tiempo al venado. El conejo engañó al venado. (*triqui*)³¹

* * *

—Tío. ME GUSTA MUCHO TU SOMBRERO. A vos no te queda, porque sos muy chiquito. No podés meterte dondequiera porque te atorás fácilmente con tu *cacho*, con tu sombrero. No te favorece, porque sos muy pequeñito y tu sombrero es enorme —le dijo el venado—; ¿me lo prestás? Quiero probar si me queda bien. De ser así, me compraré uno.

Se sentaron. El conejito aceptó:

—Está bien, amigo mío, llevate mi sombrero; probáelo.

Se caló el sombrero el venado. ¡Oh, era un hombre alto! Muy bien le quedó el sombrero. El conejo pequeño dijo:

—¡Te queda muy bien mi sombrero porque sos hombre alto! ¡Con él te mirás guapo!

¡Te queda magnífico! A mí no tanto, hasta lo siento algo pesado. A ti, en cambio, como sos un hombre alto y de piernas largas, te sienta muy bien. [...]

—Pues bien, quedate aquí. Me daré una vuelta hasta aquel cerro y regreso. Vos, fijate si me favorece —le pidió el venado.

—Bueno—. El conejo permaneció sentado. El venado se fue, brincaba al correr, mientras iba luciendo el sombrero.

En cuanto el conejito observó que se retiraba, gritó:

—Vuelve, amigo mío. Vuelve, no te llevés para siempre mi sombrerito —le suplicaba. El venado regresó, hasta llegar frente al conejo.

—¡Vaya, amigo mío! ¿me favorece?

—¡Ah, amigo!, sinceramente te queda muy bien, porque sos un hombre alto. (*tojolabal*)³²

* * *

LLEGÓ CON EL ZAPATERO. —Aquí está el pago de mis caites y mi sombrero —le dijo. Y le pagó. [...]

—¿Podrás caminar con ellos?

—Podré.

—Bueno, llévatelos pues —dijo el huarachero.

Iba conejo con su sombrero nuevo, con su calzado nuevo, con sus pezuñas y sus cuernos. Se metió al monte.

Llegó venado: —¿Cuánto te costaron tu sombrero y tus caites, hermano?

—Aah, caros.

—Parece que te quedan grandes. ¿Vas cómodo?

—Sí, claro.

—¿Quieres que me los pruebe? Préstamelos un momento—dijo venado.

—No, no te los presto, te irás con ellos.

—Un momento, nomás me los voy a probar —le decía una y otra vez venado. Ni caso le hacía conejo.

—Nomás tantito, para ver si puedo brincar esa zanja. A ver si alcanzo a brincarla.

—Aah, ya, llévatelos —se quitó los caites y el sombrero. Se los calzó venado.

Brincó la zanja y se fue a la carrera.

Y así se quedó conejo para siempre sin caites y sin sombrero. (*tzotzil*)³³

* * *

EN EL RANCHITO de un señor, las gallinas desaparecían.

—*Mare*, ¿quién se comerá mis gallinas? Tenemos que espiarlo —decía el señor a sus compañeros.

Cuando anocheció, fueron a espiar al que se comía las gallinas. Al llegar, vieron que estaba allí don Juan conejo.

—Allí está el que se come las gallinas; vamos a quemarlo vivo —dijeron. Y encerraron al conejo.

En eso llegó don Leoncillo.

—Hola, amigo, si quieres entrar aquí, ahorita traen el desayuno; yo voy a orinar —dijo el conejo.

—¿Será, amigo? —dijo el Leoncillo.

—Ahora vas a ver. “¿Ya está caliente?” —preguntó don Juan conejo.

—No, falta un poco.

Resulta que lo que estaban calentando era un enorme fierro.

—¿Ya oíste? Es el chocolate— le dijo Juan conejo al Leoncillo.

El Leoncillo entró en el gallinero y don Juan se fue corriendo.

El Leoncillo preguntaba a cada rato: —¿Ya está caliente?

—No, falta un poco.

Y al rato: —¿Ya está caliente?

—Sí, ya viene.

Cuando se dio cuenta que traían el fierro al rojo vivo empezó a brincar dentro del gallinero.

—*Mare*, ¿cómo voy a salir de este gallinero?

Ya llevaban el fierro.

—*Mare*, creció rápido el fierro, ya está muy grande.

Los señores lo agarraron, le pusieron el fierro caliente y el león empezó a dar de brincos.

Al salir se fue en busca de Juan conejo, corriendo por el monte, tropezando con los árboles.

Cuando encontró a Juan, le dijo:

—Hola, amigo; te me escapaste.

—Yo no soy tu presa, yo vivo aquí desde hace mucho tiempo. Estaba jugando con un bejuco que colgaba de un árbol. Le decía: Bejuco encógete, *x-ta'ab ka'ani* estírate, *x-ta'ab ka'ani* encógete, *x-ta'ab ka'ani* estírate, encógete, estírate, encógete...

El Leoncillo llegó hasta donde estaba Juan: —Hola, amigo, te me escapaste.

—¿Qué? Yo vivo aquí desde hace tiempo. Ve esto: estírate, encógete, estírate, encógete, estírate, encógete —vio que Juan estaba muy alto.

—¿No quieres probarlo? Ahorita regreso, tengo ganas de orinar.

El Leoncillo se sentó en el bejuco y empezó a decir las palabras:

—Estírate, encógete, estírate, encógete, estírate—. Ya le había gustado subir y bajar. Empezó a decir una sola, palabra: —Encógete, encógete, encógete... —ya se le había olvidado la otra. Estaba muy alto; se aventó hacia abajo y ¡zas!: se quebró los huesos de la nalga, se fue arrastrando.

Cuando vio de nuevo a Juan, éste se encontraba junto a una bola de estiércol de vaca, haciendo como que tocaba: ts'i'ilam, ts'i'ilam, se oía cuando ponía la mano en la bola llena de escarabajos peloteros.

—Hola, Juan, te me escapaste.

—¿Qué? Yo vivo aquí desde hace tiempo. Lo que sí te voy a pedir es que vengas a tocar. Puso las manos sobre la bola y ts'i'ilam ts'i'ilam.

—¿No quieres tocar? Ahorita regreso, voy a orinar.

El Leoncillo se acercó y empezó a tocar: ts'i'ilam, ts'i'ilam. Le llegó a gustar y empezó a tocar cada vez más recio. Al tocar más fuerte se embarró las manos con el estiércol de vaca. Salió corriendo, limpiándose las manos, persiguiendo a Juan.

Cuando lo encontró, estaba dentro de una cueva con las manos levantadas, como si sostuviera el techo de la cueva.

—Hola, amigo Juan, te me escapaste.

—¿Qué? Yo vivo aquí desde hace tiempo. No me vayas a mover, si me comes nos morimos los dos porque aquí me pusieron a sostener el cielo. Si lo suelto, nos morimos todos—. Y separaba las manos del techo y con los dedos rascaba la pared un poco para que cayeran piedrecitas.

—¿Cómo la ves? —decía Juan—. ¿Me ayudas a sostenerlo?

El Leoncillo aceptó ayudarlo, se colocó en lugar del conejo y éste salió. Sostenía el techo con todas sus fuerzas.

—No lo vayas a soltar, porque si lo sueltas te mueres —le dijo el conejo.

—No, pero regresa pronto.

Juan salió y escapó. Mientras, el Leoncillo se quedó, y hasta pujaba por el esfuerzo.

—Si lo suelto me muero, ¿cómo le haré? Lo que voy a hacer es soltarlo y salir corriendo. Se preparó, bajó las manos y salió corriendo. Vio que la cueva no se caía.

—Éste ya volvió a engañarme.

Se fue y cuando encontró a Juan, vio que estaba dentro de una gran sarteneja, bajo un árbol. Al acercarse a tomar agua lo vio y pensó: “Mare, ahí está, ahora me lo como”. Luego dijo: —¡Te voy a comer!

Lo que veía era la imagen de Juan que, trepado en el árbol, se reflejaba en la sarteneja.

—Ahora sí, te voy a comer.

Empezó a tomarse el agua de la sarteneja, pensando que al acabarse el agua lo agarraría. Se la acabó y se dio cuenta de que no estaba allí.

—Mare, me lo tragué, se me pasó entre los dientes.

Vomitó el agua y volvió a llenar la sarteneja. Metió las manos tratando de encontrar a Juan y no lo encontró. Al quedar el agua quieta y clara, vio de nuevo el reflejo de Juan.

—Ahora voy a tomarme el agua poco a poco.

Se tomó el agua nuevamente, poco a poco, pero tampoco esta vez lo encontró.

—Mare, otra vez me lo tragué.

En eso, Juan saltó del árbol y salió corriendo. El Leoncillo fue tras él, pero con la barriga tan llena de agua caminaba torpemente, chocando contra los árboles.

Al encontrar de nuevo a Juan, éste estaba trabajando.

—Ahora sí, Juan, te voy a comer. Te me escapaste.

—¿Qué? Yo vivo aquí desde hace tiempo. ¿Quieres quedarte conmigo? Pero recuerda, yo me voy temprano al trabajo.

—Está bien.

—Mira —le dijo el conejo— aquí están estas cosas: éste es el chocolate, ésta es el azúcar, éste es el pan.— Y le mostraba unos panales de avispas, que colgaban de las ramas de los árboles.

Al otro día se levantó tarde y fue donde le enseñó Juan. Agarró el primer panal y lo picaron las avispas. Luego fue al que supuestamente contenía el azúcar y también lo picaron; finalmente fue al otro panal, y lo mismo. El Leoncillo se revolcaba, todo hinchado.

Pasaron unos días y volvió a encontrarse a Juan.

—Hola, amigo, te me escapaste.

—¿Qué? Yo aquí vivo desde hace tiempo, aquí estoy buscándome la vida—. Juan estaba cortando zacate.

—Si quieres, ayúdame a cortar zacate y vamos a venderlo; con tu cuerpo tan fuerte, ¿sabes cuánto cargaríamos? Podríamos vender bastante.

—No, no, son tonterías.

Pero por fin se decidió a ayudarlo. Cuando tuvieron bastante zacate cortado, le dijo Juan al Leoncillo:

—Ahora párate para ponértelo encima.

El león se paró y Juan le amarró tres tercios de zacate en la espalda con un bejuco.

—Bueno, ahora muéstrame el camino.

—Por ahí se va a donde está el pueblo —le dijo Juan.

El Leoncillo caminaba por delante. Pasó un buen rato. Juan iba despacio, pues ya

estaba cansado. Le dijo al otro:

—Oye, don Leoncillo, ¿y si me subo arriba de ti?

—*No'mbre*, ¿cómo crees?, ¿voy a llevarte a ti además de la carga?

Pero al rato aceptó y Juan se subió. Caminó un trecho y éste le dijo:

—Oye, don Leoncillo, tengo ganas de fumarme un cigarro.

—No, no ¿qué tal si me quemas? Ten cuidado conmigo.

Al rato el Leoncillo le dijo:

—Está bien, fuma, pero sólo un cigarro.

Juan prendió un cerillo y encendió el zacate; se bajó y empezó a correr. El Leoncillo se revolcaba con todo y carga, tratando de apagar el fuego. Al fin logró soltarse y apagarlo, pero quedó todo quemado.

Cuando pasé al otro día, quedaban los puros huesos. (*maya*)³⁴

A Boas le contaron, en Pochutla, un largo potpourri en español que reúne todos los episodios donde aparece el conejo³⁵. Rara vez se cuentan así, enlazados todos, sin más.

TLACUACHE Y TIGRE

En el mito, tlacuache robó el fuego y lo donó a la humanidad. También dio a los hombres el maíz y lo pintó, para que la verdadera dueña no lo reconociera. Tlacuache es un referente importante para entender la permanencia y transformación de la narrativa indígena, ya que es un animal endémico del Nuevo Mundo y en las aventuras de este personaje pueden rastrearse sobrevivencias nativas y adendas posteriores. Tlacuache es hombre importante, autoridad, *tataman-dón*: él decide por qué deben tener curvas los ríos en esta versión literaria.³⁶

QUE HACE MUCHO TIEMPO sucedió esto. Que había un tlacuache. Hicieron una junta de puros animales. Bueno, los animalillos estaban discutiendo sobre el río: que cómo le iban a dar forma, para que pudieran pescar ellos.

Bueno, esto fue así, pues todos los animales decían que el río quedara recto; esas fueron las opiniones de ellos. Decidieron buscar al tlacuache y fueron preguntando casa por casa, cantina por cantina. Andaban buscando a aquel viejo borracho, porque el tlacuache también *le tupía*. Traía su guitarra y todos estaban bien armados, hasta que les dieron razón a quienes lo andaban buscando de que estaba en la cantina de una esquina, hacia el sur. Aquellos animalitos fueron a dar con él; estaba en una cantinita muy chiquita.

Bueno, al fin encontraron al abuelo tlacuache tocando su vieja guitarra y cantando alegremente. Y llegaron los buscadores de él, que eran el Ratón, el Perro y el Tigrillo. Lo saludaron con mucha delicadeza respetando su avanzada edad... y hasta le invitaron 50 centavos de aguardiente y le dijeron de esta forma y con voz aguda:

—Dispense abuelito, a usted precisamente le venimos buscando, hasta que le encontramos. Gracias a Dios que lo encontramos a usted... Lo necesitamos para que usted nos informe, de una vez, como deberá quedar el río.

Bueno, el abuelo contesto así:

—No hay nada que decirle a ustedes, muchachos, que yo no valgo nada; creo que mi pensamiento no alcanza el de ustedes que son más jóvenes y saben hacer las cosas mejor que yo. Yo soy un pobre borracho que no sabe hacer nada —el abuelo estaba simulando que no sabía nada; pero sí sabía, nomás se estaba haciendo...

Bueno, y así le estuvieron rogando hasta que por fin el abuelo dijo:

—Bueno, iré con ustedes, pero antes quiero que me den otro traguito, que traigo seca la garganta —así le dieron el trago y quedo muy contento y se fueron.

Y el abuelo tocando la guitarra por todo el camino. Cuando llegaron se sorprendió porque sus ojos veían unas figuras espantosas y él creyó que se lo iban a devorar. Todo fue al contrario, le brindaron calurosos aplausos cuando llegó. A su vista se encontraban los animales más feos y él se *chiveaba* pero no lo demostraba, sino que demostraba valor ante sus admiradores, y se sentó en una silla muy bajita, en la calle. Pusieron almohadas en su asiento y se sentó.

Bueno, primero habló el señor Tigre, un señor de mucha categoría y dijo así:

—Señor Abuelo tlacuache, perdone usted que lo molestemos tanto nosotros; nosotros queríamos saber si usted nos da otra idea más o menos buena, porque usted es el único que nos hacía falta aquí y nos acordamos y fueron estos muchachos en busca de usted y quiero que nos dispense por la molestia que le dimos. Tiene usted la palabra...

Habló el tlacuache:

—Señores, quiero saber que es lo que ustedes desean saber.

Habló el León, otro señor de mucha categoría que es el rey de los animales y dijo:

—Señor Abuelo, nosotros queremos su opinión de usted. Es que queremos componer el gran arroyo que es el río, queremos darle forma, pero aquí los compañeros dicen todos que el río le debemos dar la forma recta, muy recta de lado a lado para que haya corriente que vaya hacia el oriente y otra corriente que vaya y que corra hacia el poniente. Esto es todo lo que queremos saber, señor Abuelo.

Habla el Abuelo tlacuache:

—Señores respetables, señores, si eso quieren saber, está bien que me pregunten a mí, señores; les diré la verdad, toda la verdad señores: que ustedes están equivocadísimos, todos ustedes perdieron la cabeza. ¿Cómo va a ser el río recto? No, eso no... nunca deberá quedar el río así. No eso no, el río deberá quedar en otra forma, porque si lo dejamos así, nunca podremos pescar; pues no podremos hacer nada

porque el río va a tener mucha corriente. Entonces vamos a hacer así: vamos a darle forma al río, vamos a tener que hacerle en curvas y en más curvas y con ligeros remolinos a donde pueda uno pescar y dormirse adentro del bote, y nos dormiremos alegremente sin que nos molesten. Esa es mi opinión, señores. ¿Ustedes que dicen? Yo digo así porque soy pobre; solamente me vivo comiendo pescado, más y más pescado para que mi pobre estómago pueda mantenerse quieto.

Y los ricos quedaron hasta sonsos de lo que aquel viejo les había dicho y todos le rindieron un caluroso aplauso. Que su idea estaba perfectamente bien, que mejor así se quedara el río con curvas, como él había dicho a todos los que estaban oyendo. Así lo hicieron, trabajaron duramente y compusieron el río, hicieron todo lo que el Abuelo tlacuache dijo. Y por eso es que hasta la fecha el río tiene la forma de curva donde quiera, porque el Abuelo tlacuache había deseado así, que hasta hoy nos está sirviendo su arte y todo lo que él ha hecho anteriormente. (*mazateco*)³⁷

El carácter del conejo y del tlacuache es semejante y sus peripecias son intercambiables. Corren las mismas aventuras, aunque los cuentos del conejo son más frecuentes. Tlacuache casi nunca se pega a un mono de cera, pero sí come frutas, detiene piedras, cuida niños, bebe el suero del queso en la laguna sin subir nunca a la luna.

Algunos episodios, sin embargo, son exclusivos del tlacuache; no los comparte el conejo, ya que explican características exclusivas de este pícaro. En la narrativa, como en la realidad, puede fingirse muerto —y por lo tanto revivir—, tiene una bolsa en la barriga, la cola pelona, los testículos *alrevesados*. En los cuentos siempre es borracho, lascivo, prolífico y tragón —y hasta se cree consumado cazador.³⁸

EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS los hombres no conocían el pulque. Solamente tenía pulque una anciana que vivía en la punta de un cerro. Vivía en la punta de un cerro muy empinado, por eso los hombres no podían llegar hasta allá a tomar pulque. Entonces los antiguos se reunieron para tomar el acuerdo de invitar al tlacuache para robarse el pulque, por tener la habilidad de subirse a lugares a donde no llegaban los hombres.

Los tlapanecos recomendaron mucho al tlacuache que la anciana no se diera cuenta de que llevaba la misión de robarse el pulque.

Entonces el tlacuache dijo: —Acepto su invitación, señores, voy y regreso para informarles si pude cumplir con su encargo.

Cuando el tlacuache llegó a la casa de la anciana, le pidió: —Deme a probar tantito pulque, señora.

Entonces la anciana le dijo al tlacuache: —¿A poco sabes tomar pulque?

—Sí, buena anciana —contestó el tlacuache— el pulque me gusta mucho, por eso me sacrificué para llegar a la punta de esta montaña donde usted vive.

—Entonces espera que vaya a recoger aguamiel, tlacuache, para que pruebes un pulque sabroso.

—Muy bien señora —dijo el tlacuache.

Salió la anciana a recorrer mata por mata de los magueyes para recoger el aguamiel. El tlacuache aprovechó para tomarse las cuatro ollas grandes de pulque que guardaba la anciana.

Cuando la anciana regresó a su casa ya no estaba el tlacuache, ya se había ido.

Cuando revisó las ollas grandes, ya no tenían pulque. Entonces la anciana dijo: —¡Maldito tlacuache, cola-pelada, te acabaste mi pulque! Algún día te encontraré y te mataré.

Pero ya no había remedio, porque el tlacuache ya se había ido.

Cuando el tlacuache llegó a donde estaba la gente esperando dijo: —Preparen cuatro ollas grandes y échenle *timbre* en el fondo.

Entonces los antiguos obedecieron, preparando las cuatro ollas.

Entonces el tlacuache empezó a descargar, haciendo brotar por todas partes de su cuerpo al pulque, llenando la primera olla, luego la segunda, así la tercera y la cuarta olla.

Entonces el tlacuache dijo: —Cumplí con lo que me encomendaron, señores.

Viendo eso los antiguos empezaron todos a tomar el pulque. Cuando se emborracharon empezaron a pelear.

Al día siguiente ya no se querían ver, todos estaban enojados.

Los animales se dijeron: —¿Cómo le haríamos para que estos hombres se contenten?

Algunos opinaron: —Mejor vamos a invitar a un tartamudo para que los contente.

Cuando el tartamudo empezó a decir, “gua, gua, la, la, eee, glu, glu”, como no le entendían nada todos empezaron a reír y así se contentaron.

Así aprendieron los hombres a fabricar el pulque. (*tlapaneco*)³⁹

La manera de robar el pulque a la anciana es muy semejante al robo mítico del fuego. Otros animales borrachos de los cuentos son el colibrí —que saca con su pico el aguamiel, como si fuera un acocote— y el coyote que bebe en fiestas y, cuando está borracho, grita como machín, canta y toca guitarra como mexicano y es atacado por los perros o apaleado por los dueños de éstos.

EL PÁJARO CARPINTERO hizo una guitarra y se la dio a la mariposa para que tocara; mientras, el gallo bailaba, el grillo también bailaba con el chapulín y la gallina can-

taba. Llegó el coyote por ver la fiesta, y vino la zorra llevando algunas tunas muy dulces. Dio una al coyote diciéndole:

—Vamos, hermano coyote, come un bocado.

La tuna estaba pelada y le supo tan bien que al coyote pidió más. La zorra le dijo:

—Te daré más tunas, pero has de comértelas con los ojos cerrados.

Le dio otra que estaba sin pelar, y se le espinó el hocico. El coyote, enojado, quiso comerse a la zorra. Pero ésta le dijo:

—No te enojés, hermano coyote: te voy a dar de beber; y no grites, porque hay perro cerca.

Fue a traer tesgüino, y se lo llevó al coyote diciéndole:

—Toma, hermano coyote, bebe esto—. El coyote bebió dos jícaras, y luego una tercera. Se emborrachó mucho y comenzó a aullar y le preguntó a la zorra:

—¿Por qué están bailando?

—Están bailando porque don Grillo se casó con doña Chicharra; por eso la mariposa está tocando la guitarra, el gallo bailando y la gallina cantando.

—Que no cante la gallina; me la quiero comer.

Entonces la zorra llevó al coyote a la barranca y le dijo que se estuviera allí mientras le llevaba la gallina, para que se la comiera. Llamó a dos perros muy bravos, los metió en un costal y los llevó a donde esperaba el coyote, que muy borracho y muy enojado reclamaba a la zorra:

—¿Por qué me has hecho esperar tanto?

—No te enojés, hermano coyote; aquí te traigo muy buenas gallinas. Me he tardado tanto, porque te estuve juntando varias. ¿Quieres que te las suelte una por una, o todas juntas?

—Suéltamelas todas juntas, para acordarme de mis buenos tiempos. Entonces la zorra abrió el costal y soltó a los dos perros bravos que cayeron sobre el coyote y lo despedazaron. La zorra corrió a esconderse, pero volvió después, recogió las uñas del coyote y las arrojó a un pozo. (*tarahumara*)⁴⁰

Las parejas de contrincantes varían; aquí, la víctima es nuevamente el coyote, engañado esta vez por el tlacuache y no por el conejo.

EL TLACUACHITO-FLOR iba por el camino y vio venir al coyote haciendo ruido en la hojarasca. Se espantó y pensó: “Para que no me coma, le voy a decir que estoy sosteniendo esta peña que quiere caerse, que la estoy atajando”.

El coyote llegó a decirle al tlacuache flor:

—Tlacuache-flor, te voy a comer.

—No me comas —pidió el tlacuache— estoy atajando esta peña y ya me desesperé porque no me vienen a dar de comer. Me muero de hambre y no aparece nadie.

—Si en verdad te mueres de hambre, yo detendré la peña; tú vete a traer tortillas —le dijo el coyote.

El coyote se quedó allí atajando la peña. Vio que una nube pasaba sobre ella, pensó que ya se le venía encima y empujaba con más fuerza, apoyándose en las patas.

El tlacuache no aparecía, se fue por allí. Cuando el coyote se cansó, brincó y volteó a ver si en verdad se había caído la peña; no, seguía allí, donde siempre: donde está, está.

—¡Me engañó el tlacuache-flor! —gritó furioso—. Cuando lo encuentre, de por sí me lo como. [...]

Otro día, el tlacuache-flor llegó hasta un lugar en donde estaba tirada una bestia, pudriéndose. Los zopilotes se la estaban comiendo. El coyote llegó preguntando:

—¿Que haces aquí, tlacuache-flor?

—Estoy cuidando los totoles —le respondió el tlacuache. ¿Ves mis guajolotes? Los estoy cuidando para que no se vayan; desde hace rato estoy esperando que me traigan que comer y no aparece nadie.

—Ve a traer tus tortillas y yo cuido los guajolotes —le dijo el coyote.

Cuando el tlacuache se fue, el coyote se abalanzó esperando atrapar un guajolote: ¡dónde!, si todos volaron. De balde fueron todas las carreras que dio.

—Otra vez me engañó el tlacuache-flor —dijo—; no eran guajolotes, sino zopilotes. Donde lo encuentre, me lo como.

El tlacuache-flor llegó a un temascal y vio que el coyote lo iba a alcanzar; éste llegó preguntando:

—¿Qué haces aquí? Ahora sí te voy a comer.

El tlacuache-flor le contestó:

—Nosotros somos muchos: algunos tlacuaches somos de peña, otros tlacuaches somos de totoles, otros espinudos, otros ratones, otros de flores. Yo soy tlacuache de temascal —le dijo engañándolo, pura mentira—. Sí, ya te han hecho bastante cosas, mejor te baño para que te repongas.

El coyote obedeció. El tlacuache flor atizó el temascal e hirvió el agua. Molió chile dentro de un molcajete grande y lo revolvió con agua hirviendo.

—Entra al temascal —le dijo al coyote, ya está todo listo.

Le dio al coyote una jícara con agua de chile para que cuando él le avisara, se lavara la cara. Tapó el temascal con piedras y hojas de plátano para que no se saliera el vapor. El tlacuache-flor le gritó al coyote:

—Lávate la cara.

El coyote se vació el agua caliente y ahí murió asfixiado. (*náhuatl*)⁴¹

La versión chinanteca explica el porqué de las manchas del ocelote o del tigrillo e incluye muchos otros engaños. La amenaza del diluvio y la salvación que le ofrece al encerrarlo en un tenate es un episodio más frecuente entre tigre y tlacuache que entre conejo y coyote. A pesar del rigor del trato, muchas veces el tigrillo sobrevive.

ENTONCES DECIDIÓ que ahora sí se comería al tlacuache y fue a buscarlo, pues otra vez había desaparecido. Cuando lo encontró estaba parado cuidando su milpa, porque los animales del monte dañaban el maíz, se lo comían. Entonces le dijo:

—Vete en medio de mi milpa, siéntate ahí y cuídala.

Y dizque él se quedaría en la orilla a cuidarla. El tigre contestó:

—Está bueno, me voy.

Cuando el tlacuache llegó a la orilla prendió fuego alrededor de la milpa; al poco tiempo ya no parecía una milpa sino un camalotal y otra vez engañó al tigre porque con la lumbre se hizo mucho humo donde él estaba.

El tigre empezó a gritar y no sabía dónde ir cuando vio la lumbre y el pobre quemó su vestido y por eso ahora se llama Tigre. [...]

Esta vez encontró al tlacuache comiendo coyol. El tigre le dijo: —¿Qué cosa estás haciendo tú aquí?

Y le respondió el tlacuache:

—Comiendo coyol.

El tigre le dijo:

—Ahora ya no te perdono, llego la hora de comerte porque eres muy mentiroso.

Y contestó el tlacuache:

—¿Por qué dices que me vas a comer?, ¿quieres comer coyol?

El tlacuache tiró el coyol y el tigre dijo:

—¿Cómo se raja esto?

Y respondió el tlacuache.

—Pégale con los *huevos*.

El tigre se revolcaba en el suelo diciendo :

—¡Ay!, dolió mi corazón.

El tlacuache se bajó y se fue. Cuando el tigre se alivió del corazón fue otra vez en busca del tlacuache y lo encontró en una cueva.

El tlacuache decía un *mmm* y el tigre se quedó quietecito, oyendo que el tlacuache estaba hablando con la gente y decía:

—Lleven ustedes carabinas, machetes y arpón. Vamos a matar al tigre porque está embrujado y no está ni frío ni caliente, se va a morir.

Entonces el tigre se fue corriendo y el tlacuache también se fue. Más tarde el tigre

volvió a la cueva, pero todo estaba silencio, no había nadie.

Al no encontrar al tlacuache lo volvió a buscar. Esta vez lo encontró arriba de un árbol de zapote mamey y le dijo el tlacuache al tigre:

—Métete dentro de esta bolsa de petate porque va a haber un aguacero de piedras y agua caliente.

El tigre se metió adentro, donde había algodón.

Entonces el tlacuache se orinó encima de la bolsa y la golpeó con piedras y gritó:

—¡Aguacero de piedras y agua caliente está cayendo!

—¡Me muero!

Y volvió a decirle al tigre: —Silencio, acuéstate porque viene otra vez el aguacero de piedras.

Y se bajó del palo de zapote-mamey y se fue.

Más tarde al ver que ya no sucedía nada el tigre rompió la bolsa. Y otra vez volvió a buscar al tlacuache y lo encontró en el rincón de una peña. Entonces dijo el tigre:

—Ahora me llegó la hora de comerte.

El tlacuache respondió :

—Perdóname, yo no tengo la culpa, yo no te hice nada.

Cuando el tigre estaba agarrando al tlacuache, éste enseguida se metió a una cueva chiquita, pero el tigre le agarró la cola, hasta que se le peló la cola al tlacuache que tenía agarrado el tigre; por eso está blanca la cola del tlacuache hasta ahora.

*(chinanteco)*⁴²

La manera de narrar en mixe es parca en esta ocasión: se limita al engaño de los alumnos en la escuela —las avispas pican al tigrillo— y a un último enfrentamiento de los enemigos.

AL ANOCHECER, el tigre se encontró de nuevo con el tlacuache, que estaba muy campante a la orilla de un río. El tigre le dijo muy enojado:

—Me engañaste, dijiste que me ibas a conseguir comida y nunca regresaste. Además, las avispas me picotearon.

—Ven —le dijo—, me he tardado porque tu comida se me cayó al agua y no puedo sacarla yo solo. Si me ayudas, podremos comer.

El tlacuache señalaba el río haciéndole creer al tigre que los reflejos del agua eran la comida que se había caído al río.

—Contaré hasta tres y nos echamos un clavado para sacarla.

—Sí, sí, de acuerdo.

Y el tlacuache contó:

—A la una, a las dos y a las...

El tigre se tiro al río y lo arrastró la corriente, mientras que el tlacuache se quedó en la orilla. Había engañado al tigre. (*mixe*)⁴³

Hay episodios escatológicos en varios relatos:

—PUES, AHORA sí no te dispenso. Me engañaste mucho por muchas veces. ¡No me trates de decir que fueron unos compañeros porque no lo creo. ¡Dios quiere que aquí nos encontremos y ahora sí te voy a comer!

—Muy bien, tigre. Pero me tienes que prometer no mascarme. Entero me vas a tragar.

—Muy bien, tlacuache. Entero te voy a tragar.

Y así lo hizo. Entero lo tragó así nomás. Al otro día cuando fue al excusado el tigre, salió el tlacuache otra vez entero y corrió. Ya nunca encontró al tigre otra vez. (*mixe*)⁴⁴

LUEGO el coyote y el tlacuache se volvieron a encontrar. Allí había una plataforma rocosa y dentro de la misma, un agujero: allí el tlacuache estaba removiendo un palo. Había agua mezclada con el excremento que había cagado el tlacuache.

Entonces le dijo: —Te voy a matar, me engañaste a la mala.

Entonces contestó el tlacuache: —No me mates, quiero hacer velas. ¡Mira! Ayúdame y revuelve junto conmigo para que no se enfríe la cera y vamos a hacer velas. Cuando se acercó el coyote, agarró el palo y empezó a moverlo. Luego le dijo el tlacuache: —Tú, muévelo, yo voy a cagar. Así se fugó. (*cora*)⁴⁵

A veces hay paz entre ambos; el tlacuache se muestra humilde ante el tigre, su poderoso compadre, porque vive hambreado, débil, lleno de hijos —además es algo tonto.

UN TLACUACHE vivía con su mujer. Tenían varios hijos y los tlacuachitos tenían hambre. La tlacuacha le dijo a su marido:

—Vete a donde está el compadre, para que vayan a buscar carne que coman nuestros hijos. ¡No se vayan a morir de hambre!

—Está bien.

Y el tlacuache fue a donde estaba su compadre el tigre. Llegó y se saludaron. Le dijo a lo que iba y salieron juntos a buscar carne para los tlacuachitos.

Llegaron a donde estaba una vaca muy grande. El tigre enredó su cola con la de la vaca, la tumbó y la mató. Arreglaron la carne.

El tlacuache se llevó la panza para los tlacuachitos. Pasaron dos, tres, cinco días y

la tlacuacha le dijo que otra vez ya no había carne.

—Ahorita voy, no costó nada matar a la vaca, ya me fijé cómo hace mi compadre. El tlacuache se fue. Llegó, enredó su cola con la de la vaca pensando que sería muy fácil tumbarla. Pero no, la vaca se echó a caminar, llevándose colgado al tlacuache. Se orinó y se cagó encima del tlacuache.

—Ya pasaron dos, tres días, seis, siete días y el tlacuache no llega —decía su mujer. Salió a ver a su compadre y le explicó que desde cuando había salido el tlacuache y nada que volvía, que cómo estaba eso.

El compadre fue a buscarlo y lo encontró todo orinado, todo lleno de espinas, colgado de la cola de la vaca.

Jaló a la vaca de la cola y la mató. Allí pudo desenredar a su compadre, separándoles las colas. (*mixteco*)⁴⁶

El carnívoro mayor enseña al pequeño a cazar en muchos cuentos: la zorra aprende también del tigre. En otros lares —África, por ejemplo— hay cuentos y chistes donde se habla de lecciones de cacerías idénticas a éstas:

—MIRE, COMPADRE, usted se va a quedar aquí abajo y yo me voy a subir a esas piedras grandes que están arriba del pozo. Cuando usted vea venir a algún animal me avisa.

Así hicieron y al rato el tlacuache vio venir a un armadillo y en seguida le avisó a su compadre. Pero el tigre dijo que ese animal es muy feo, que a él no le servía de comida. Al rato apareció el tejón y de nuevo el tlacuache le avisó al tigre. Pero el tigre volvió a decir que ese animal era muy feo y que no le servía para comer. Pasó otro poco de tiempo y llegó la zorra. Cuando la vio, el tlacuache avisó a su compadre y de nuevo dijo que esa comida no era para él. Al rato llegó el venado y cuando el tlacuache le avisó al tigre, le dijo que ese animal tenía las piernas muy flacas, que no servía para comer. Al ratito llegó el jabalí y otra vez el tigre dijo que esa no era comida que le gustara. Pasó el tiempo y llegó una vaca flaca a tomar agua, tampoco quiso comerla el tigre, porque era un animal demasiado delgado. El tlacuache estaba impaciente y le preguntó cuál animal serviría; el tigre le respondió:

—No se apure compadre, pronto llegará la comida que nos sirve.

Estaban hablando cuando apareció un novillo bien gordo; bien grande. Cuando lo vio el tlacuache le avisó al tigre y éste gritó:

—Ésa es la comida de su compadre —y se arrojó desde el peñasco sobre el toro, se arrojó sobre él y le quebró el cuello. Después de que lo mató, le cortó una vena e invitó al tlacuache para que comiera. El tlacuache chupó y chupó la sangre y con eso

nomás se llenó su pancita. El tigre lo invitaba a comer la carne, pero el tlacuache estaba tan lleno que no podía comer más [...]

A los tres días se acabó la carne que el tlacuache había llevado a su casa; se acabó la carne y le dijo a su esposa que lo acompañara, que él iba a conseguir más carne tal y como le había enseñado el tigre. Se fueron a la misma poza de agua y el tlacuache se subió a la piedra más alta, después de decirle a su esposa que le avisara si algún animal se acercaba a tomar agua. Al rato llegó el armadillo y la tlacuache le avisó a su esposo, pero éste dijo que esa no era la comida del compadre. Después llegó el tejón y de nuevo el tlacuache dijo que su compadre no comía eso. Cuando la tlacuache le avisó que llegó la zorra, de nuevo se negó el tlacuache a cazar diciendo que su compadre no comía eso. Igual pasó cuando llegó el jabalí. Igual cuando vino el venado, el tlacuache dijo que a su compadre no le gustaba las piernas del venado. Cuando llegó la vaca, dijo que estaba muy flaca. Pero cuando su esposa le avisó que llegaba un novillo bien grande, el tlacuache gritó:

—¡Ésa es la comida de mi compadre! —y se arrojó sobre el toro. Pero cuando cayó sobre el animal, quedó ensartado en uno de los cuernos, salió corriendo el novillo con el tlacuache clavado en uno de sus cuernos. Así murió el tlacuache.

Su esposa se fue a ver al tigre para contarle lo que había pasado y le dijo: —Fíjese lo que le pasó a su compadre, él creía que el novillo era igual a los pollitos que mata él. Se lamentó el tigre, pero así fue la suerte del tlacuache. (*chatino*)⁴⁷

MÁS CUENTOS DE CONEJO

Desde los mitos, conejo tiene fama de ser sabio porque adivinó el rumbo por dónde aparecerían el sol y la luna, y fue quien decidió cómo se llamarían los días de la semana. Desde la luna, sabe regir sobre los tiempos y los ciclos.

Conejo aparece en algunos cuentos como sabelotodo, secretario y licenciado; aboga y dirime en desacuerdos y diferencias —como veremos más adelante en el ciclo que he llamado un bien con un mal se paga. Sin embargo no es autoridad por su gusto, sino a regañadientes —hasta se escondió en un agujero cuando quisieron hacerlo presidente. Sabe que debe usar su astucia y acertar en sus decisiones, pues lleva las de perder ante los más fuertes.

HACE MUCHO TIEMPO había unos ancianos: eran el león, el venado, el tigre y el lobo. Éstos fueron los animales que vivieron antes. Un día todos estos *tatamandones* se reunieron en una junta. Dijeron ellos:

—¿Cómo vamos a señalar los días en los cuales podrán trabajar y hallar qué comer nuestros hijos, de aquí en adelante?

Hablaron mucho. Entonces el león, el venado, el tigre y el lobo decidieron:

—Todos los días van a ser domingos.

El conejo era el único que faltaba en la junta. Entonces el león, el venado, el tigre y el lobo dijeron:

—Falta que venga el conejo.

Por eso es que uno de ellos se fue a llamarlo. Pero el conejo no quiso presentarse, dijo que estaba enfermo. El topil que había ido a buscarlo regresó, y dijo a los otros:

—El conejo no quiso venir. Me dijo que estaba enfermo.

Mandaron a otro, que se fue para traer al conejo.

El león cargó al conejo, y tomó camino. Cuando iban a la mitad del camino, el conejo empezó a chiflar. El que iba cargándolo le preguntó:

—¿Por qué estás chiflando?

Y el conejo le contestó:

—Un palito se me clava en la pata, en mi patita, hermano.

Y chifló otra vez. El león le creyó, y siguió caminando.

El león llegó a la junta. Ya estaban allí todos los animales: el león, el venado, el tigre y el lobo; entonces dijeron :

—Todos los días van a ser domingos.

Todos estos animales eran ancianos. El conejo se sentó y dijo:

—No va a ser así. Si todos los días son domingo, nuestros hijos no van a hallar qué comer. Tiene que haber lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábados. Y tiene que haber sólo un domingo. Así nuestros hijos van a poder trabajar para hallar qué comer. Esto fue lo que dijo el conejo. Así es que el león, el venado, el tigre y el lobo se avergonzaron mucho. Callaron y se fueron, y el conejo se quedó solo.

Así demostró el conejo ser muy inteligente. Por eso el león, el venado, el tigre y el lobo dijeron:

—Cuando ustedes coman carne de conejo, échenla en un plato bueno. No tiren el caldo, y no dejen los huesos en cualquier lugar. Echen la carne en un plato y cómanla bonito. Después, guarden ustedes bien los huesos. (*triqui*)⁴⁸

El conejo salva a una mujer robada por un gigante, salvaje o demonio, haciéndole creer que el estiercol, la carne podrida o líquidos hediondos que avienta con unos tecomatitos son parte de su sangre, su cuerpo o sus sesos. En lenguas mayenses, el conejo redime a la mujer raptada —en algunos casos ella tendrá un hijo que correrá aventuras semejantes a las de Juan Oso, que aparecerán en el libro de cuentos maravillosos. Este personaje de Meyacapan es como el yerno flojo de los mitos del maíz o el holgazán de los cuentos chuscos; en otros casos, el marido que rescata a su esposa con ayuda del conejo es un pobre hombre y nada flojo, que sufre la violencia de quien, por puro capricho y a la fuerza, le roba a su mujer sólo porque le gusta.

DONDE COMIENZA este cuento dice así. Hubo en aquellos tiempos un joven que se llamaba Juan, pero era flojo, Juan flojo. Iba a la milpa, pero no iba para trabajar. Su

mujer le daba su almuerzo, le mataba pollo; pollo asado le daba a su esposo para que llevara y comiera en la milpa. Porque ella creía que el hombre estaba trabajando en el campo.

Cuando llegó el mes de la cosecha, la mujer le dijo al hombre:

—Ay, hombre, quiero comer elote; voy a traerlo para que comamos. ¿Será que ya está el elote?

Y el hombre le contestó a su mujer: —Mujer, no vayas, no te sea que te pierdas, porque hay otros caminos que no van a nuestra milpa—. Sabiendo el hombre que en verdad no tenía ninguna milpa, porque él iba a la milpa pero no trabajaba: era flojo. Se iba directamente debajo de los árboles con sombras frescas. Ahí se iba él a descansar todos los días, meciéndose en su hamaca de bejucos.

Y la mujer obedeció a Juan, por el momento se detuvo. Pero como quería ver la milpa, por fin se decidió a ir. Dijo: —Voy a ver dónde mero tiene su milpa mi marido —y se fue.

Al poco andar se encontró con un hombre que regresaba de trabajar; le preguntó: —¿A dónde vas?

Y la mujer le contestó: —Pues yo voy a nuestra milpa, la milpa de Juan.

Le dijo el hombre: —¿Juan? Yo te voy a decir de verdad. Juan no tiene ninguna milpa. Tiene milpa pero en aquella montaña, ahí es donde él se encuentra siempre limpiando un patio debajo de los árboles. Ahí tiene él su hamaca de bejucos colgada de los árboles, ahí es donde él se encuentra meciéndose nada más a estas horas; ni pena le da la milpa, contento en el alma, nada más come y luego ya vuelve a mecerse otra vez. No es para él andar quemándose en el sol, como nosotros. Él escogió un buen lugar, donde está de veras fresco.

Entonces la pobre mujer se fue, iba más adelante, seguía su camino. Ya al poco andar se encontró con el Chato, que nosotros llamamos *Jooncho*. Y le preguntó, le dijo: —Oye mujer, ¿a dónde vas?

—Voy a la milpa.

Pero el Chato, contrariadamente, le contestó a la pobre mujercita: —¡Qué milpa ni qué nada!, tú te vas conmigo—. Y se la llevó.

Se dice que le agarró la mano y se la llevó. Le decía: —A ti no te voy a comer, yo a ti te llevo para mi cocinera. ¿A dónde ibas?

La mujer contestó: —Iba a la milpa de mi esposo Juan.

—¿Juan?, Juan no tiene ninguna milpa, él es un flojo completo.

Bueno, pues el Chato ya se llevó a la mujer, se la raptó a Juan. Todos sus hijos los dejó en la casa. Ella les había dicho a sus hijos: —Quédense aquí en nuestra casa mientras yo me voy a la milpa —así se despidió de sus hijitos. Tanto y tanto los po-

bres niños esperaron a su madre, que anocheció.

Y ya entonces Juan regresó de su paraje; llegó a la casa donde se encontraban llorando sus hijitos y les preguntó: —Bueno, ¿y su madre?

Sus hijos le contestaron: —Pues se fue para allá a la milpa, nos dijo que iba a traernos elotes.

Pero el padre ingrato contestó a sus pobres hijitos: —¡Qué elote ni qué nada, si el maíz todavía no está en elote! Lo que presiento es que ya se la llevó el Chato, porque ya anocheció. ¿Qué no le dije que se la iba a llevar el Chato? Pues ya se la llevó. Eso ha de ser; si no, ¿adónde iría?

Al día siguiente se fue en busca de su mujercita; iba triste. De pronto se encontró con el tigre real, porque fue con él primero. Le dijo el tigre:

—Juan, Juan, ¿por qué estás triste? Yo sé muy bien por qué estás triste. ¿Es verdad que el Chato se llevó a tu compañera?

Juan le contestó al tigre real: —Cierto, ayer se la llevó.

El tigre le dijo: —Si quieres, vamos a sacarla, yo podré rescatártela

Juan le contestó: —Pues quién sabe si aguantarás, porque el Chato es de más valor. Cerca de ahí, había un árbol, y para demostrarle a Juan el valor que tenía el tigre real le dijo: —Fíjate nada más en este árbol, cuando le dé yo un golpe y verás que sí puedo.

Y se abalanzó contra el árbol dándole un golpe verdadero de combate contra el enemigo. Se dice que le dio, hasta las cáscaras de la madera volaron y cayeron hechas pedazos en diferentes partes y direcciones. Entonces le dijo a Juan: —¿Ya ves? Con este golpe que le dé yo, ¿cómo que no se va a morir?

Y Juan le contestó: —Vámonos pues. Si le resistes, bien; si no le resistes, pues no se podrá hacer nada.

Cuando llegaron a la cueva del Chato, lo encontraron sentado junto a la puerta de su cueva. Apenas vio llegar a los compañeros, les dijo: —Ah, tigre, tigre; ¿qué cosa vienes a traer? ¿Vienes por mí? ¿Quieres sacar la mujer? Si la quieres sacar, primero será la mano.

Pues en seguida dijo así el Chato viejo: se sentía que en verdad tenía una fuerza muy grande. Y entonces el tigre real le contestó: —Pues eso quiero yo también. Eso quiero yo, vamos a ver. ¡Ándale, vamos!, ¿qué esperas?

Y se entregaron a golpes: ¡Taaaauj! ¡Saaaauj!, se cansó el pobre tigre viejo, hasta salió corriendo. El pobre Juan también, ni vio el camino por dónde huir, pues si se quedaban por ahí el Chato los mataba y se los comía luego luego.

Al amanecer, Juan se encontró con otro tigre —porque hay varias clases de tigres en esta vida. Se encontró Juan con otro tigre, con el tigre león; éste le dijo:

—Ay, Juan, Juan. ¿Por qué estás triste? Ya sé que fuiste a ver el Chato con el tigre real, y no pudo rescatar a tu compañera.

Y Juan le dijo: —No le pudo hacer nada, ¿cómo iba a poder, si es un animal grande?

El tigre león le dijo: —Yo sí le voy a poder.

Se fueron. Encontraron al Chato en su cueva, sin salir a ninguna parte por cuidar a la mujer. Y le hablaron: —Ah, buen Chato, ¿qué dices? ¿Entregas la mujer o no? Pues ándale, yo también quiero pelear.

Y se agarraron a golpes; y se cansó también el pobre tigre león viejo. Huyó corriendo, se fue. ¡Qué va a ser, si es un animal grande!

Pero no sabía el Chato que tenía otro contrario, que era más pequeño y astuto: el conejito. Y le dijo el conejo a Juan: —Ah, Juan, Juan, ¿ves en alguna parte un caballo muerto que ya esté deshecho? Pues consíguete siete tecomatitos y llénalos con esa podredumbre de caballo muerto.

Se fue Juan y lo consiguió. A él ya nada le importaba, sólo quería ver libre a su mujer. —Bueno pues, ahora sí vámonos.

Ahí estaba el Chato y le dijeron: —Ah, mi buen Chato, ¿qué cosa estás haciendo ahí?

—Nada, yo aquí estoy, ¿qué cosa quieres? ¿Quieres rifarte conmigo?

Y le dijo el conejito: —Sí, eso yo digo, para ver la suerte contigo. A ver quién puede; si no puedo, pues qué le vamos a hacer—. Eso dijo el conejito.

El conejito ya estaba listo para luchar contra el Chato. Le decía: —Pues ándale, vente—. Y se agarraron a golpes. Pero ya antes se había aconsejado con Juan, diciéndole: —Cuando veas que ya no aguanto, entrégame los tecomatitos para tirárselos de una vez.

El conejito brincaba de un lado a otro: ¡sapsss! Nada más lo arañaba. Cada vez que el conejo brincaba, nada más le tocaba un huevo al Chato viejo. El Chato también lo buscaba con sus manos para agarrarlo pero no podía, porque el conejito era pequeño y además era muy ágil. Cuando sintió el conejo que se cansaba y ya no podía en la lucha, le habló a Juan, le dijo: —¡Anda, hombre!, ya no me estés nomás mirando; pásame esas cositas, porque ahora sí ya me cansé y ya le voy a tirar—. Y Juan le arrojó un tecomatito: ¡took's!; luego otro, y otro más.

Ya ni tiempo le daba al Chato viejo. Salió gritando, hasta retumbaba el eco de sus gritos adentro de la montaña. Se dice que decía el Chato gritando: —¡Aaay, conejito, ahora sí ya me partiste el seso.

Pero no era su seso, sino la pudrición del caballo muerto. Se dice que el Chato la detestaba, le causaba repugnancia mortal, igual que al chango o mono le da asco el excremento y se muere nomás por tocarlo. Se dice que escuchaban que ya lejos iba

gritando, “¡aaay!”, a media montaña.

En ese momento dijo el conejo: —¡Ándale, Juan, ¿te vas a quedar ahí mirando? ¿No has virado la piedra o puerta de la cueva?

—Pero no es una piedra pequeña —contestó Juan—. Ésta es una piedra grande. Si fuera una piedra pequeña la podría mover, pero ésta es un peñasco de laja grande. (*nahua*)⁴⁹

HABÍA UN HOMBRE que era tirador, tenía una esposa. El hombre iba diario al monte y le decía a su esposa que lo esperara en su casa, porque iba a traer comida. No encontraba nada y su esposa se enojaba mucho porque no traía nada. Y después dijo la señora: —Si tú no encuentras nada, ahora yo voy a buscar la comida.

Y ella sí encontró una cosecha de sandía, la cortó, la trajo a su casa y le dijo su esposo: —¡Para que la comas!

El señor se alegró porque ella sí encontró comida, y le preguntó el señor tirador a su mujer:

—¿Y tú cómo encontraste esta fruta?

La señora contestó:

—¿Ya ves cómo yo sí encuentro comida?

Al otro día salió la señora y ya no regresó a su casa, porque allá la encontró el dueño de la sandía, porque el dueño era el gigante. Y el gigante le dijo la señora:

—¿Y tú por qué vienes a robarme mi sandía?

La señora no contestó ni una palabra, pero el gigante era malo: agarró a la señora y la llevó hasta su casa para encerrarla. El tirador ya estaba triste porque ya no regresaba su mujer, y llegó un animal que se llamaba cochimonte y fue a preguntarle por qué estaba triste. El tirador contestó:

—Estoy triste porque me robaron mi mujer —le dijo al cochimonte—; a mi mujer se la robó el gigante.

El cochimonte le dijo:

—No te preocupes, tirador yo voy a sacar a tu mujer —y no la pudo sacar.

Llegó un conejito, le fue a preguntar también al tirador por qué está triste. El tirador le dijo:

—¿Tú por qué me vienes a preguntar por qué estoy triste? Porque me robaron mi mujer.

El conejito le dijo al tirador:

—No te preocupes yo voy a sacar tu mujer.

—¿Tú, conejito? No sirve de nada que vayas a sacar a mi mujer, porque aquí ya llegó un animal más grande que tú y no la pudo sacar.

Pero el conejito le dijo:

—Consígueme un poco de sangre y un poco de masa.

Y el conejito fue a decirle al gigante:

—¿Que tú le robaste su mujer al tirador?

Y el gigante contestó:

—Sí, aquí la tengo —el gigante se enojó y empezó a pelear con el conejito, lo estaba punzando con su palo pero no agarraba al conejito: brincaba y brincaba y no lo agarraba. Y el conejito lo bañó todo con esa sangre de masa y sacó a la mujer del tirador y aquí terminó este cuento. (*zoque*)⁵⁰

Cada año, durante los viernes de Cuaresma, se visitan distintos santuarios o iglesias del Istmo, uno cada viernes. El Cuarto Viernes, la fiesta y la feria son en Chihuitán. Esta historia se cuenta en toda la región, en zapoteco.

COYOTE SE PREPARÓ para la fiesta, juntó su dinero, agarró su red y salió para Chihuitán por el camino polvoso.

En la feria compró pan, chocolate, ciruela curtida y otras golosinas para que comieran sus hijos.

Metió toda su compra en la red y ya venía de regreso para su casa.

También conejo fue a la feria, pero como nunca tiene dinero, no pudo comprar nada. Fue a Chihuitán sólo porque es fiestero y en las ferias nunca falta alguien a quién se pueda engañar, porque es muy tramposo.

Conejo volvía por el mismo camino que coyote; al pasarlo, lo vio con envidia cargar su red llena de comida sabrosa. Se le adelantó, porque él regresaba con las manos vacías. A la mitad del camino, conejo halló un zapato tirado. Estaba nuevo, era un buen zapato. ¡A saber a quién se le habrá caído!

Le dio vueltas y más vueltas al zapato. A lo lejos vio venir a coyote, con su carga sobre la espalda.

“Ese tonto trae una carga de comida y yo sólo tengo un zapato sin par y un hambre terrible, ¿cómo haré para robarle su carga?”

Se puso a pensar... piensa y piensa hasta que se le ocurrió algo.

Dejó el zapato en el lugar donde lo había encontrado y se escondió.

Coyote pasó, vio el zapato, lo levantó y pensó: “Lástima, está nuevo... pero nomás es uno”.

Apenas se había alejado cuando conejo recogió el zapato y se fue corriendo para tirarlo más adelante.

Al rato coyote pasó por allí y lo vio: —¡Aquí está el par!

Se lo probó, le quedó a la medida.

—Voy a regresar por el otro, ojalá nadie lo haya levantado, porque está nuevecito. Si no me apuro me van a ganar el par. Pero si llevo la carga, voy a tardar más.

Como el camino estaba empinado, para regresar más rápido escondió su red en un árbol, se puso el zapato y se fue a buscar el que había dejado atrás.

Apenas se alejó, conejo le robó la red, porque había visto dónde la escondió. Salíó corriendo.

Coyote buscaba por todas partes, caminaba andando y desandando el camino.

—Por aquí estaba... por aquí estaba...

Conejo ya había llegado cerca de su casa y coyote seguía busca y busca:

—Por aquí era, por aquí era...

Y claro, nunca encontró el par, porque el zapato que había visto era el mismo que traía en el pie; pero él seguía buscando, sin perder la esperanza.

—¿Por dónde era, por dónde era?

Ni cuenta se dio de que conejo le había hecho trampa, y a lo mejor por allá sigue, ocupado en buscar y rebuscar el zapato con cual completar el par. (*zapoteco*)⁵¹

Juan conejo sembró una milpa y apalabró la cosecha, mediante un adelanto, con la cucaracha, el gallo, la zorra, el coyote, el león y el cazador —o alguna otra cadena semejante. Vendió a sabiendas de que no tenía maíz y siguió disfrutando, pues estaba bebiendo en la cantina. Cita a horas escalonadas a todos los compradores y los invita a pasar, a sentarse y desayunar o almorzar: el manjar es el visitante anterior. Cuando platicaba con la cucaracha llegó el gallo y Juan conejo le recomendó que se escondiera en un rincón. Ofreció al gallo un sabroso desayuno y mientras el gallo o la gallina se comieron a la cucaracha, llegó el zorro. Así, todos le pagaron una cosecha inexistente y él recompensa a todos dándoles a comer al cliente anterior. El cazador, que llega al último, recibe por sus servicios —librarlo del león—la bonita piel del animal.

En este caso, el conejo sí sembró y vendió. Pero aunque tenga maíz, y a pesar del inusitado final, ni quien le quite lo tramposo.

JUAN CONEJO miraba crecer cada mañana una espiga de maíz frente a su casa, hasta que un día vio que nacían las mazorcas. Entonces decidió venderlas y fue con el Gallo. —Buenas noches, don Gallo.

—Buenas noches, don Juanito. Pase adelante. ¿Qué desea, don Juanito?

Juan respondió que tenía veinte cargas de maíz para vender, que el don Gallo le compró. Pagó pronto, 25 pesos, quedando de acuerdo que el conejo entregaría la mercancía el jueves siguiente.

Al día siguiente, el conejo fue con el perro y repitió la misma conversación y la misma cita, pero ahora vendió cuarenta cargas, por las que cobró 50 pesos que enterró, como los anteriores, bajo el piso de su casa.

La noche siguiente fue a la casa del zorro. Todo se repitió de manera idéntica. Ahora el conejo vendió setenta cargas por 80 pesos.

Llegó la noche del jueves. Tocarón a su puerta y don Juanito dijo a don Gallo que entrara y se sentara mientras sus sirvientes traían el maíz. Tocarón de nuevo, era el perro, don Perro. Juanito le dijo a don Gallo que se escondiera tras de la puerta, e hizo entrar a don Perro.

Volvieron a tocar la puerta. Era el zorro, don Zorro. Juanito lo hizo entrar; don Zorro se asomó detrás de la puerta y vio a don Gallo y se lo comió. Entonces, don Perro mató a don Zorro. Un cazador pasaba por ahí y disparó a don Perro. Así, Juanito conejo tuvo su dinero sin dar a cambio ningún maíz.

Ya con el dinero, Juanito decidió casarse con Juanita. Pero en aquel tiempo llegó a su casa don Tigre, Juanito hizo una pelota con su excremento y se puso a lanzarla por el aire, diciéndole a don Tigre que se quedara ahí para jugar con su pelota y se fue al banquete nupcial donde se sirvió chocolate, pavo, y cada bien de Dios. El tigre se cansó al fin y se fue a su casa. (*maya*)⁵²

Los cuentos son flexibles de una manera que nunca lo serán los géneros ceremoniales: mitos, oraciones, relatos acotados por rituales, fiestas o calendarios. En el siguiente ejemplo, el cuento —escrito— reúne relatos diferentes de ciclos distintos.

ÉSTE ERA UN CONEJO que caminaba mucho; un día encontró una mata de maíz y la empezó a cuidar hasta que se cosechó el maíz; luego el conejo ya tenía maíz. Una vez éste escaseó y hubo mucha hambre. Entonces la cucaracha fue a ver al conejo y le dijo:

—¡Aah, tío conejo!, vine a ver si no tienes un poco de maíz.

El conejo dijo: —Sí tengo, pero en mi milpa. Al rato vamos. Ahora escóndete porque viene el tío gallo, te vaya a comer.

La cucaracha dijo :

—Pero, ¿a dónde me escondo?

El conejo dijo: —Escóndete debajo de la basura.

Allí se escondió la cucaracha y no pasó mucho tiempo cuando llegó un gallo.

El gallo dijo: —¡Ah, tío conejo!, vine a ver si tienes un poco de maíz.

Entonces el conejo le contestó: —Sí tengo, pero en mi milpa, solamente que vayamos al rato.

El conejo le preguntó luego al gallo: —¿No tienes hambre?

—Sí tengo, pero como ya no hay qué comer, no he comido.

—Fíjate debajo de la basura a ver si de veras no encuentras nada.

El gallo empezó a buscar, vio a la cucaracha y se la comió. El conejo le dijo al gallo:

—Escóndete porque viene el tío coyote, te vaya a comer.

—Pero, ¿a dónde me escondo?

—Escóndete debajo de la canasta.

El gallo allí se escondió, y no pasó poco tiempo. Llegó el tío coyote y dijo: —¡Ah, tío conejo!, vine a ver si tienes un poco de maíz, si tienes te lo compro.

—Sí tengo, pero hasta allá en mi milpa, solamente que vayamos al rato. ¿No tienes hambre ahora?

—Sí tengo, pero como ya no hay qué comer, no he comido.

—Fíjate debajo de la canasta a ver si encuentras algo.

El coyote empezó a buscar debajo de la canasta, vio al gallo y se lo comió. El conejo le dijo al coyote: —Ahora escóndete porque viene el tío tigre, no te vaya a comer.

—¿Pero a dónde me escondo?

—Escóndete detrás de las trojes —y allí se escondió y no pasó mucho rato cuando llegó el tigre.

—¡Aah, tío conejo!, vine a ver si no tienes un poco de maíz; si tienes un poco yo te lo compro.

—Sí tengo, pero hasta en mi milpa; solamente que vayamos al rato. ¿No tienes hambre ahora ?

—Sí tengo, pero como ya no hay qué comer, yo no he comido.

—Fíjate detrás de las trojes, a ver si de veras no encuentras nada.

Y el tigre empezó a buscar, vio al coyote y se lo comió.

El conejo le dijo al tigre: —Ahora escóndete porque viene el tío tirador, no te vaya matar.

—¿Pero, a dónde me escondo?

—Escóndete arriba del balcón de la casa —el tigre se escondió; no pasó mucho rato cuando llegó el tío tirador.

—¡Aah, tío conejo!, vine a ver si no tiene un poco de maíz, si tiene yo le compro un poco.

—Sí tengo, pero en mi milpa; solamente que vayamos al rato. ¿No tienes ganas de tirar ahora?

—Sí tengo; pero como ya no hay a qué tirar, no he tirado.

—Fíjate arriba del balcón de la casa, a ver si de veras no encuentras algo a que tirarle.

El tirador empezó a buscar y encontró al tío tigre, lo mató y se lo comió. Entonces el conejo le dijo : —Ahora sí, vamos por el maíz.

—Entonces vamos por el maíz.

El conejo y el tirador fueron por el maíz y en el camino tenían que cruzar un puente de madera, pero el puente ya estaba podrido. El conejo iba pasando pero el tirador se detuvo; entonces el conejo se regresó.

—¿Por qué no pasas? —preguntó el conejo.

—Porque el puente está podrido, no se vaya a quebrar.

—No es cierto que se quiebra, yo paso corriendo.

—Pues pasaré a ver si no se quiebra.

El tirador iba pasando y llegando en medio del río se quebró el puente. El tirador se cayó dentro del río y lo comió el lagarto. Pero el conejo se quedó al otro lado del río.

El conejo empezó a gritar: —¡Ah, pasajero! ¡Ah, pasajero!

—Woorr, woorr —gritó el lagarto.

—Quiero que me lleves al otro lado del río.

—Sí, te voy a llevar al otro lado del río, pero te voy a comer.

—Sí me vas a comer, pero al otro lado del río.

—Súbete arriba de mi hombro y nos vamos.

Él se subió y pasaron al otro lado. El lagarto dijo: —Ahora sí te voy a comer.

—Sí, me vas a comer, pero yo lo que quiero es ir a cortar hojas para que allí me acueste porque estoy muy gordo y así puedes chupar todas mis mantecas sin que quede nada en el suelo.

—Sí, ve a cortar hojas—. El conejo se fue, y no pasó mucho tiempo cuando regresó, puso las hojas en el suelo y se acostó.

—Falta otro poco de hoja para que me acueste mejor y tú me comas bien y no quede nada.

—Sí, ve a cortar otro poco; pero es la última vez que vas a cortar porque te voy a comer.

El conejo se fue, y pasó mucho tiempo: no regresó.

—Con que se fue el conejo y no me lo pude comer; ahora tengo que seguirlo hasta donde pueda alcanzarlo.

El lagarto se fue y encontró al conejo donde estaba, dentro de una cueva. Y el lagarto metió la mano.

El conejo dijo:

—No me toques porque yo soy hombre grande.

—Conque es un hombre grande; pero yo meto la mano dentro de la cueva.

El conejo ya no estaba dentro de la cueva, sino que ya estaba afuera; una vez que salió, cerró la entrada con una piedra.

El lagarto dijo: —Yo voy a entrar dentro de la cueva para que el conejo no se me vuelva a escapar.

El lagarto se metió. El conejo vio que el lagarto se metió, y le cerró la entrada de la cueva: allí se murió el lagarto.

El conejo siguió su camino y entonces, más tarde, ya podía curar con su mismo excremento. A un señor que estaba enfermo, el conejo lo curó.

Cuando el señor vio que había sanado, le regaló un sombrero.

Entonces se puso su sombrero y no pasó mucho tiempo cuando encontró a un venado.

—¡Aah, tío conejo!

—¿Qué pasó, tío venado?

—¿Dónde encontraste ese sombrero tan bonito?

—Este sombrero me lo regalaron porque yo puedo curar, a un señor pude sanarlo.

—¿Por qué no me prestas tu sombrero nomás para dar una vuelta y luego te lo regreso?

—Sí, te lo presto, pero me lo traes.

El venado se llevó el sombrero del conejo y no pasó mucho rato cuando regresó.

—¿Por qué no me lo prestas para dar otra vuelta?

—Sí, te lo presto otra vez.

Y el venado se volvió a llevar el sombrero; pero pasó mucho rato y el venado no regresaba. Nunca volvió.

—El venado se llevó mi sombrero. Ahora tengo que hablar con el sol para que me agrande.

Entonces el conejo fue a ver al sol. El conejo le dijo: —¡Aah, sol!, vine a ver si tú me puedes agrandar.

—Sí, pero quiero que tú me traigas lágrimas de tigre.

—Tengo que ir a caminar en las montañas para poder encontrar a los tigres.

Entonces el conejo fue a buscarlos y encontró un lugar donde ellos habían dejado a unos tigritos.

—¡Aah, tigritos!, su mamá ya no está; ya está muerta.

Entonces los tigritos empezaron a llorar y el conejo empezó a juntar las lágrimas y se las trajo al sol. Y le dijo: —Ya traje las lágrimas.

—¿Ya las trajiste?

—Pues vámonos.

Y se fueron donde daba el reflejo del sol. El sol le dijo: —Párate bien.

El conejo dijo:

—Sí. Y se paró firme y le empezaron a jalar de la oreja.

Y el sol dijo: —¿Ya está bueno?

—Otro poquito más.

Y lo empezaron a jalar de las orejas hasta que las orejas se alargaron más.

—¿Ya está bueno?

—Ya está bueno.

Pero el conejo no se fijó que sólo se alargó de sus orejas y del cuerpo no; se vio grande por el reflejo del sol. (*zoque-popoluca*)⁵³

El conejo ranchero, que ayuda al patrón con los puercos, es idéntico a las aventuras españolas de Juan de Urdimalas, y no sólo se cuenta en México: también existe en otras partes de América Latina. El matiz erótico, sin embargo no siempre aparece en el relato; a veces el conejo no se acuesta con la mujer y las hijas del patrón, se limita a robarle sus herramientas, dejando intacta su honra.

EL CONEJO SE FUE de mozo a un rancho. Encontró un trabajo de cuidar marranos en el campo. Vendió todos los marranos del señor, pero los vendió sin orejas, sin cola, sin trompa. A todos los marranos les quitó la cola, la nariz, las orejas. Luego buscó una laguna de lodo y allí las metió. Las acomodó muy bien, y le fue a avisar al señor que sus cochinos se habían atascado en el lodo, para que fuera a sacarlos. El viento movía las colas y las orejitas, y parecía que estaban vivos, se meneaban. El señor llegó a la laguna de lodo y le ordenó al conejo que fuera a la casa a traer una pala, un pico y una coa. Fue, llegó a la casa y le dijo a la señora:

—Dice el patrón que tú y tus dos hijas se acuesten conmigo.

No quería la señora. El conejo se paró en la puerta y le gritó al patrón:

—No quieren.

—¡Rápido!

—¿No dijo usted que las tres?

—Sí, las tres, pero rápido —gritó el patrón.

Cuando el patrón se dio cuenta de que no había cochinos y que el conejo ya se había acostado con su mujer y sus hijas se enojó muchísimo.

Lo persiguió, montado a caballo. Pero el conejo entró en un rancho y compró un borreguito, le quitó las tripas y se las puso encima, se bañó con toda la sangre y se acostó en la orilla del camino. Cuando el patrón lo vio, pensó que ya estaba muerto y se regresó a su casa.

Así ganó el conejo. (*huave*)⁵⁴

Solamente en San Mateo del Mar he encontrado este humillante fin del conejo, tras un drama pasional e interracial más o menos inusitado. Así terminó sus aventuras y picardías este malicioso personaje.

EL CONEJO SIEMPRE ve pasar a una mujer bonita, grande, guapa. Es una liebre. Pensó que un día se la iba a robar.

Un día se le acercó y empezó a hablarle, a engañarla, a convencerla para tener relaciones con ella. Y la mujer se convenció, de tanto que insistió el conejo.

Se la robó, la llevó lejos, porque el marido era también un hombre fuerte, tenía grado, era oficial, cargaba pistola.

Cuando llegó a su casa ya no estaba la señora, no supo por dónde agarró, por dónde se fue. Andaba el señor preocupado, preguntaba por la calle, por el camino.

Encontró a su amigo por el camino: era el zorrillo: —¿Qué andas buscando, por qué andas tan preocupado?

—No encuentro a mi mujer.

—¿Tu esposa? Yo sé dónde está; dicen que está en un pueblo un poco retirado, pero se puede llegar hasta allá.

—Si me dices por favor dónde es...

—Solamente que me pagues te digo dónde está.

—Sí, te voy a pagar.

Le pagó al zorrillo, lo llevó para enseñarle en qué casa está. Donde fue a enseñarle, lo dejó:

—Aquí nomás, ya te enseñé dónde está.

Pero el marido de la liebre le dijo:

—¿Por qué no me acompañas? Vamos a sacarla de dónde está.

—Sólo si me pagas otra cantidad.

—Sí, te pago más.

Le pagó y lo llevó. Cuando llegaron a la puerta de la casa, dijo el zorrillo:

—Entra ahora a sacarla, mátalos a los dos.

—No los mato a los dos, solamente a él; a mi mujer no, porque la quiero.

—Bueno, pues mete la mano.

El conejo estaba en la cueva, en la puerta, pero la hembra estaba más adentro. Pero como el conejo es astuto, se sentó de espaldas a la puerta.

—Jálalo, yo me encargo de él —dijo el zorrillo.

La liebre macho metió la mano y agarró la cintura del conejo. El conejo habló con una voz ronca, como si fuera muy grande.

—¿Quién es usted, por qué me está agarrando la muñeca?

Al oír la liebre, se espantó y sacó la mano.

—¿Por qué no jalas? ¿Por qué te haces para atrás? —le preguntó el zorrillo.

—No lo puedo sacar, es un gigante, es un hombre muy grande, mi mano no alcanza para rodearle la muñeca. No, ya no lo vamos a sacar, tengo miedo, mejor vámonos, otro día venimos por ella.

—Si no la sacas ahora, mañana se la lleva más lejos y ya no la podrás encontrar. Éntrale con valor, sácalo fuera, yo lo mato.

Volvió la pobre liebre a meter la mano, agarró el mismo lugar.

Otra vez le contestó el conejo con voz ronca. Se espantó de nuevo el liebre.

—No lo puedo agarrar, mejor lo dejamos.

—Si me pagas más, yo lo mato.

—Sí, pide lo que quieras, te voy a pagar porque quiero que mi mujer regrese.

—Bueno, yo voy a jalarlo, y tú, párate lejos. Cuando corra tu mujer, la vas a alcanzar. Pero vete más lejos, aquí cerca no la puedes agarrar, por el susto que va a tener. Y se fue el esposo de la liebre a parar lejos, a esperar que saliera su mujer de la cueva. Entró el zorrillo, metió la mano y agarró la cintura del conejo. El conejo hizo una voz ronca y grandota. El zorrillo le dijo:

—No me espantas, no soy el mismo que te jaló hace rato, yo soy el zorrillo; y además, no es tu mano lo que agarré, sino tu cintura. Yo soy el zorrillo, soy chiquito, tú eres más grande que yo; si no tienes miedo, quiero hablar contigo.

El conejo confió, porque el zorrillo es chaparrito.

—¿Para qué me quieres? Yo estoy ocupado ahorita.

—Nomás quiero hablar contigo, quiero que sueltes a esa mujer.

—Esta mujer no es tuya, es mía.

—Pues voltéate para acá —dijo el zorrillo—. ¿No me contestas? Mírame la cara, abre los ojos, soy un zorrillo.

El conejo volteó y con confianza miró al zorrillo. Cuando vio el zorrillo que lo está mirando, se dio la vuelta y lo cagó fuerte en la cara. Brincó el conejo, salió de la cueva, revolcándose, y en un momento se puso verde y se murió.

La liebre salió corriendo y su marido la ganó.

Así acabó el conejo. (*huave*)⁵⁵

OTROS CUENTOS DE ANIMALES

El conejo, como vimos, es licenciado y tiene fama de ser muy listo. En estos cuentos del ciclo que he llamado un bien con un mal se paga, aparece un nuevo personaje que se enemista con él, lo cual resulta terrible, porque no lo deja beber.

UNA VEZ ESTABA UN LAGARTO en un charquito de agua cuando llegó a beber un burro. El lagarto le dijo:

—Amigo, llévame a donde haya bastante agua; aquí no puedo vivir porque el agua es muy poca, tengo mucha hambre.

—Bueno, amigo —le dijo el burro— voy a llevarte donde hay bastante agua. Súbete en mi lomo y agárrate fuerte.

Entonces se subió el lagarto en el lomo del burro. Pesaba mucho, el burro caminaba entre las piedras con las patas abiertas. Llegaron a un lugar donde había una hondura y el burro le dijo al lagarto:

—Bájate, amigo, aquí puedes vivir, yo ya me quiero ir.

—Métete otro poquito en la hondura —le pidió el lagarto—, aquí hay muy poquita agua.

Y el burro, como es tan burro, se metió más en la hondura; nomás se le veía la cabeza. Y el lagarto no se bajaba. Por fin le dijo al burro:

—Amigo, te voy a comer porque tengo mucha hambre.

—¡No amigo, no me comas, apenas te hice un favor!

—No, te voy a comer porque tengo mucha hambre.
Y el burro no sabía ni qué hacer. Enseguida pidió:
—Vamos a llamar al alcalde.
El alcalde era un caballo viejo y flaco. El burro lo llamó tres veces:
—¡Alcalde!, ¡alcalde!, ¡alcalde!
Vino el alcalde y el burro le dijo:
—Señor alcalde, dice el lagarto que me quiere comer; y yo ya le hice el favor de traerlo aquí a la hondura, para que no se muriera de hambre.
El caballo viejo contestó:
—Ni modo, amigo burro, ¡que te coma! Porque yo, cuando fui joven —dijo el alcalde—, me compraban mi montura y me llevaban a las fiestas y ahora, como ya estoy viejo, ya ni siquiera me dan totemostle cuando llego a la casa, me corretean. El burro estaba muy triste, mientras que el lagarto estaba muy contento. El lagarto seguía diciendo:
—Te voy a comer, amigo burro.
—Vamos a llamar al presidente, a ver qué dice —dijo el burro.
Entonces llamaron al presidente, que era un buey viejo. Cuando llegó el presidente, el burro dijo:
—Señor presidente, el lagarto dice que me quiere comer; y yo ya le hice el favor de traerlo aquí a esta hondura, para que no muriera de hambre.
—¡Qué le vamos a hacer! —respondió el buey viejo—. ¡Que te coma! Porque cuando yo fui joven trabajaba mucho —decía el presidente—. Mi amo me compraba zacates verdes; ahora, como ya soy viejo y no puedo trabajar, me corretean con garrotes cuando llego a la casa. Como dice un dicho: “Un bien con un mal se paga”. Y el lagarto le mordía más fuerte las orejas al burro y le decía:
—¡Te voy a comer!
—Vamos a llamar al secretario a ver que dice —dijo el burro.
El secretario era un conejo. El burro lo llamó tres veces:
—¡Secretario!, ¡secretario!, ¡secretario!
Vino el secretario y el burro le dijo:
—Señor secretario, el lagarto dice que me quiere comer; y yo ya le hice el favor de traerlo a esta hondura, para que no se muriera de hambre.
—Salte a la orilla —le dijo el secretario al burro.
El burro se salió y el conejo, susurrándole en las orejas le preguntó:
—¿Qué, puedes correr?
El burro le contestó que sí.
—¡Pues órale! —le dijo el conejo.

Y el burro comenzó a correr entre las piedras y el lagarto se cayó. El burro le dio tres patadas y así fue como escapó.

Así fue como el lagarto le tomó odio al secretario, que era el conejo.

Cuando el conejo fue a beber agua, vio que allí estaba también el lagarto. Estaba tirado como si estuviera muerto. Dijo el conejo:

—¡Pobre animal! ¿Por qué lo matarían? Yo sé que cuando un animal está muerto, mueve la mano tres veces.

Entonces el lagarto movió tres veces la mano.

—¡Qué tonto eres! —le dijo el conejo— ¿cómo crees que un animal pueda mover la mano cuando está muerto? —y se fue.

El conejo fue a tomar agua en una hondura y vio que allí estaba otra vez el lagarto, dentro de una cueva. El conejo empezó a hablar solo:

—Yo tengo una casa, que aunque está un poco lejos, me contesta cuando le hablo.

Y llamó tres veces a su casa:

—Casita, casita, casita.

—U, u, u —contestó el lagarto.

—¡Eres muy tonto! —dijo el conejo— ¿Cómo crees que pueda hablar una casa?

Y se fue. Al lagarto le dio más coraje con el conejo.

“Ahora sí me voy a comer al conejo”, pensó.

Al otro día el conejo fue a tomar agua, pero cuando llegó al río vio que el lagarto estaba encima del agua, como si estuviera muerto. Dijo:

—¡Pobre animal! ¿Por que lo matarían, si no hace nada? Yo sé que cuando un animal está muerto se da tres vueltas revolcándose.

Y el lagarto se dio las tres vueltas. El conejo le dijo:

—¡Eres muy loco! ¿Cómo crees que un muerto pueda moverse tres veces?

El conejo no sabía dónde tomar agua, el lagarto no lo dejaba. El conejo sabía dónde había un pocito, pero estaba espantado porque el lagarto lo perseguía.

Entonces el conejo fue y se tiró en el camino, como si estuviera muerto. Pasó un campesino con su morralito, su perro y su *pumpu*. El hombre no hizo caso del conejo muerto y siguió caminando.

El conejo se levantó, se fue más adelante y de nuevo se tiró en el camino como si estuviera muerto. El señor pasó y vio que ahí había otro conejo muerto y dijo:

—Ya van dos conejos muertos que veo, voy a regresarme por el otro.

El hombre dejó su red y su pumpito, se regresó.

El conejo rompió el pumpu y toda la miel se tiró. El conejo se revolcó y se llenó de miel. Toda la hojarasca se le pegó, ya no parecía un conejo.

Se fue a tomar agua en el pocito.

Cuando llegó, vio que allí estaba el lagarto. Le pidió permiso para que por favor lo dejara tomar agua, pues tenía mucha sed porque venía de muy lejos. El lagarto aceptó. Cuando el conejo terminó de tomar agua, le dio las gracias al lagarto. Ya se iba el conejo, cuando le dijo el lagarto:

—¿Qué tú no eres el secretario? Te pareces mucho a él.

—No, señor lagarto, no soy yo, no lo conozco.

Y se marchó. Y así fue como el lagarto se quedó engañado para siempre. (*mixe*)⁵⁶

Algunas aventuras, enlazadas o no a las anteriores, empiezan con el conejo intentando beber en un aguaje custodiado por el lagarto hambriento. El lugar resguardado por un enemigo, las casas parlantes, las argucias para descubrir a quienes se fingen muertos —tirarse pedos como prueba de que han fallecido realmente— y el conejo enmielado pueden ser fragmentos de este ciclo o contarse de manera independiente. La argucia de reproducir los hechos tal y como sucedieron, desde el principio, para inmovilizar o dejar en desventaja nuevamente al malagradecido, aparece ya en *Las mil y una noches*, *Las metamorfosis* y otros clásicos de la literatura universal. Muy semejante a este cuento es el de aquel que rescata una culebra o un rayo —que puede premiar o ser tan arbitrario e ingrato como el lagarto.

HUBO UNA VEZ un lagarto y un conejo. Un día el lagarto le dijo al conejo:

—Ya te vi que estás tomando agua. Aquí te voy a comer.

El conejo se metió a su agujero. Le dijo: —Si llegaras a venir, no te iba a contestar.

Cuando el lagarto vio que el conejo se había metido a su agujero, fue allá y dijo:

—Hola, querido agujero; hola, querido agujero; hola, querido agujero—. Como vio que no le contestaba, pensó: “Si el querido agujero no me responde es que nadie vive adentro”.

Y entonces el conejo se asomó desde el agujero y saludó al lagarto: —Hola.

—Ah, ¿allí estás?

El conejo escapó, para salir por otro hueco. Y el lagarto se metió al agujero para buscar al conejo y ver desde dónde le hablaba. Pero no lo vio, el lagarto regresó al agua. (*chontal*)⁵⁷

Asomarse a una madriguera es bien peligroso, pues los animales grandes pueden quedar atrapados en este embudo, que los animales pequeños usan para burlarlos y dejarlos atascados como sucedió en esta historia, de a tiro majadera:

UNA VEZ llegó el conejo a casa de la tigre. No estaba; estaba el tigrillo. Saludó el co-

nejo:

—¿Dónde está tu mamá?

—No está.

—¿Dónde fue?

—Se fue a hacer un mandado.

—Dile a tu mamá cuando regrese, si pregunta quién paso, que vine yo. Y que dije que me la cojo y me la recojo.

Y como el chiquitillo no sabía lo que quiere decir eso, cuando llegó su mamá;

—¿Quién vino?

—Vino el conejo.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que cuando llegaras te dijera que él te coge y te recoge.

Como es tigre, se enojó mucho; tiene que matar al conejo.

—Ahorita mismo lo voy a ir a agarrar, voy a comerme a ese conejo.

Arrancó corriendo a buscar a ese conejo. Pero el conejo ya había preparado un lugar para agarrarla. Se metió a una cueva; la cueva tenía una boca muy grande por donde puede entrar un tigre, pero la salida es muy chica: apenas si cabía el conejo. Cuando la vio venir, se echó a correr rápido. Sintió miedo, la tigre venía muy rápido.

Se metió a la cueva; la tigre vio la cueva muy grande y entró corriendo rápido, detrás del conejo. Como estaba muy oscuro, nada más vio la luz chiquita por donde salía el conejo; ella se quedó trabada, tan rápido venía, se quedó atorada de una vez.

Dio la vuelta el conejo y vino de atrás y le dijo: —Aquí te voy a coger y te voy a recoger.

Y se la cogió y se la recogió. (*huave*)⁵⁸

La única manera de escapar de la violencia y el hambre de los depredadores, es mediante la argucia tramposa, que la estupidez del contrincante permite y alienta.

UN BURRO se fue a buscar pastura a orillas de una laguna. El burro estaba comiendo allí cuando se le apareció un lagarto muy grande. El lagarto le habló al burro. Le dijo:

—Oye burro, tú que eres un buen amigo, ¿por qué no me dices dónde puedo conseguir comida? Tengo mucha hambre, quiero saber qué comida se puede conseguir. El burro le dijo que él lo podía ayudar, lo hizo subir a su lomo y lo llevó hasta la cuevita donde tenía su casa el conejo. Cuando llegaron ahí, el lagarto entró caminando hacia atrás a la cueva del conejo. Cuando todo su cuerpo entró en la cueva abrió la boca, para que el conejo creyera que era su cueva. Creyó que el conejo era

tan tonto que se iba a meter en su boca, creyendo que era la cueva. Pero el conejo no era tonto, era bien listo.

Cuando llegó a la cueva vio lo que pasaba y dijo: —¿Ahí estás, cuevita?

—Sí, aquí estoy— contestó el lagarto.

Entonces el conejo dijo que él no era músico, que no tenía una cabeza de violín en su casa y salió corriendo. El lagarto corrió también pero no lo alcanzó, se salvó el conejo. El lagarto le pidió al burro que lo llevara de nuevo hasta su laguna. El burro lo hizo subir a su lomo y lo llevó. Cuando llegaron a la laguna el lagarto le pidió que lo metiera hasta lo más hondo, y como el burro es tonto le hizo caso.

Cuando llegaron a lo más hondo el burro se dio cuenta que el lagarto lo quería comer y le dijo: —Mejor vamos a nadar juntos, vamos hasta la orilla y después nadamos. Aceptó el lagarto y salieron del agua, cuando salieron el burro corrió hasta un lugar bien alto y allí dejó al lagarto. El lagarto ya nunca pudo volver a la laguna, así le pasó por querer comer en lo seco. (*chatino*)⁵⁹

En otros cuentos aparece también la explicación de que el conejo no es músico, que no tiene guitarra y nunca ha comprado un violín. Suena extraño, pero es porque el lagarto tiene *clavijas* en el lomo.

La fábulas edificantes también son frecuentes, aunque aquí no las incluimos: son abundantes y tempranas las traducciones y versiones de Esopo o de otros autores, ampliamente difundidas en lenguas indígenas a través de las escuelas de la SEP o el Instituto Lingüístico de Verano.

Otro cúmulo de cuentos etiológicos explican por qué los animales y cosas son como son. Suelen desprenderse de los mitos, donde se adquieren dichos rasgos como consecuencia de sus acciones.

Carreras, engaños, trampas, mentiras y estropicios no son exclusivas de conejo o de tlacuache. La mayor parte de los cuentos de animales implican argucias para sacar ventaja.

HABÍA UN MONO que tenía ganas de comer plátanos, pero crecían del otro lado del río. El río era muy ancho y no podía cruzarlo porque no sabía nadar. De pronto, vio acercarse a un cocodrilo grande y le pidió:

—Señor Cocodrilo, tengo mucha hambre y quiero comerme los plátanos que están al otro lado del río; pero no sé nadar, pues mi madre nunca me enseñó. ¿Me llevarías en tu espalda hasta la otra orilla?

—Bueno —aceptó el cocodrilo.

El mono se subió de un salto a la espalda del cocodrilo y éste se lo llevó al otro lado, donde estaban los plátanos. Al llegar le dijo:

—Gran Cocodrilo, espérame un momento y enseguida vuelvo. Comeré rápido para irnos de regreso.

—Está bien.

El mono comió rápidamente y todavía se trajo un plátano para comer en el camino de regreso, que haría de cuclillas sobre la espalda del cocodrilo. Estaba muy contento, porque ya había comido y, además, traía su plátano para el camino.

Saltó a la espalda del cocodrilo y le dijo: —Llévame rápido al otro lado del río.

El cocodrilo partió, pero no hacia donde le dijo el mono: lo llevaba por la orilla, siguiendo el río.

—Señor Cocodrilo, ¿a dónde me llevas? Éste no es el camino a mi casa.

—Te llevo a la mía —le dijo el cocodrilo— porque mi esposa está enferma y el curandero le dijo que si quiere sanar debe comer sesos de mono.

—Ay, señor Cocodrilo, ¿por qué no lo dijiste antes de que me subiera? Dejé mis sesos asoleándose allá, al otro lado del río. Vamos rápidamente a recogerlos para llevárselos a tu esposa, antes de que se muera.

—Regresemos, pues —dijo el cocodrilo.

Y regresaron. Al llegar al lugar de donde salieron, el mono dijo:

—Ahí están mis sesos asoleándose, voy a recogerlos y enseguida regreso.

Bajó del lomo del cocodrilo y le dijo burlándose desde lo seco:

—El día que mis sesos se salgan de donde los tengo puestos, ese día me muero.

Así se salvó de morir el mono. (*maya*)⁶⁰

PLATICAN QUE ASÍ LE SUCEDIÓ al león con el armadillo, hace mucho tiempo.

Un día, el león se encontró al armadillo.

—Buenos días, sobrino —saludó el león.

—Buenos días, tío —contestó el armadillo.

—¿Qué andas haciendo por aquí?

—Aquí nomás, comiendo.

—Te ves muy sabroso como para comerte, sobrino; traigo mucha hambre.

—No, tío, no me comas, ¡pobre de mí! Soy muy chiquito. Ni siquiera para embarrarte los dientes te voy a alcanzar.

—Pues te voy a comer.

—Está bien, cómeme —estuvo de acuerdo el armadillo—. Te pido un favor solamente: llévame hasta arriba de esta montaña.

—Bueno —aceptó el león.

Y lo cargó. A la mitad de la montaña se detuvieron.

—Aquí vamos a descansar tantito. Mejor de una vez te como, ya no aguanto el hambre.

—Está bien, si me has de comer... Pero primero cántame una canción, para que baile un poco por última vez. Cuando termine, me comes.

—Está bien.

—*Toti chin, toti paxalo; toti chin, toti paxalo. Toti chin, toti paxalo; toti chin, toti paxalo.* Baila así, en el paseo; baila así, en el paseo —cantaba en náhuatl.

El armadillo bailó. En el momento en que el león iba a matarlo, el armadillo le dijo:

—¡Mira!, ¿quiénes son los que vienen allá, hablando tanto?

—¿Dónde?

Y el león volteó. El armadillo se metió en su concha y rodó hasta su cueva. Se fue, dicen.

El león todavía corrió tras él, hasta llegar a la boca de la cueva del armadillo. Ya no supo qué hacer; metía la mano en la cueva y luego se la chupaba. (*mixteco*)⁶¹

ESO LO HICIERON ANTAÑO. Vivía un gallo, lo fue a visitar su compadre; el coyote fue a visitar al gallo. Mientras el coyote se sentó, el gallo llamó inmediatamente a su mujer. Entonces el gallo sentó a su mujer y empezó a apretarla: bajaron los huevos. Los recogió y su mujer los puso en la olla, donde hirvieron. Luego sirvieron tortillas y los huevos; llamó a su compadre y le dio de comer. Su compadre comió los huevos y, cuando terminó de comer, se fue.

Después el gallo también visitó a su compadre, el coyote. Llegando saludó el coyote a su compadre: —Entra y descansa —le dijo.

Se sentó y el coyote se levantó para llamar a su mujer. Ella vino y se sentó. Entonces se le acercó y empezó a apretarla y a magullarla.

Cuando lo vio su compadre, llegó corriendo y se lo prohibió: —No le hagas eso a tu mujer. A mí mi madre me destinó realmente para eso. Mi madre me destinó para eso, no lo hago porque sí. Pero tu madre, en cambio, no te hizo a ti para eso. No es posible que tu mujer ponga huevos. La vas a enfermar.

Ya no la apachurró, le dio de comer puras tortillas. Por eso el gallo no comió huevos, se fue y llegó a su casa.

De nuevo, el coyote salió y visitó a su compadre, el frijol. Llegó y saludó a su compadre, el frijol. Luego le dijo: —Entra conmigo.

Allí mismo el frijol se levantó y buscó un bastón. Luego se paró detrás de su casa y le pegó a su casa, una y otra vez, tras a lo cual cayeron frijoles. Los recogió y los puso en la lumbre, donde hirvieron. Luego buscó tortillas y se las dio de comer a su

compadre con los frijoles. Luego de comer en seguida se fue y llegó a su casa.

Entonces salió el frijol: —Quiero visitar a mi compadre.

Llegó a donde vivía su compadre, el coyote, y lo saludó: —Buenos días, mi compadre. —Entra y descansa.

Luego se levantó y llamó a su mujer. Llegó; entonces el coyote se levantó y buscó un bastón. Cuando encontró el bastón, se fue detrás de su choza, se paró allí y pegó en su choza. Pero no había frijoles que pudieran caer.

Así le hacía a su casa; lo vio su compadre, el frijol, se acercó y le dijo:

—¿Por qué tratas así tu casa, por qué pegas a tu casa? A mí, realmente mi padre me destinó para eso, puedo hacerlo porque de veras soy un frijol. Por eso te di frijoles para comer. Pero tú no eres frijol.

Entonces se detuvo. Ya había despedazado completamente su choza. Sirvió puras tortillas, se las dio de comer. Ya no le dio frijoles. El frijol comió solamente tortillas y luego se fue a su casa.

Otra vez el coyote decidió: —Quiero visitar a mi compadre, la abeja.

Así se fue a donde vive su compadre, y llegó allí. Llegando saludó a su compadre, la abeja: —Buenos días, compadre abeja.

—Entra, compadre coyote.

Ahora se sentó el coyote, y la abeja se levantó para buscar un hacha. Agarró el hacha, buscó también una jícara. Ya que tenía la jícara, se paró, colocó la jícara y se pegó con el hacha. Entonces salió la miel; la recogió en la jícara. La miel fluyó hacia afuera, ya tenía bastante en la jícara.

Luego se alejó, buscó tortillas y dio de comer a su compadre, el coyote. Empezó a comer, y cuando terminó se despidió de su compadre, la abeja: —Ya me voy.

El coyote se fue. Entonces se le ocurrió a la abeja: —Quiero visitar a mi compadre—.

Luego salió y llegó adonde vive el coyote. Llegando saludó:

—Buenos días, compadre coyote.

—Entra, compadre abeja.

Entonces se sentó la abeja, y el coyote se levantó para buscar el hacha. Después de traer el hacha se puso a buscar una jícara. Se paró y se pegó con el hacha. Pero no tenía miel que saliera, sólo escurrió sangre. Entonces se acercó su compadre, la abeja, y le dijo: —¿Por qué te haces esto, compadre? Te lastimaste; te diste un golpe. Mi madre me destinó realmente para eso, soy de veras una abeja. Pero tú no eres abeja. Se acercó y se sentó. Estaba herido y le estaba escurriendo mucha sangre. Le ordenó a su mujer: —Dale de comer a mi compadre—. Luego ella sirvió tortillas, le dio de comer a su compadre. Comió y luego se fue. Después de despedirse de su compadre, el coyote, se fue a su casa. (*cora*)⁶²

DE ESTA MANERA ocurrió el cuento del puma con el conejo. Un día ellos platicaban:

—Tío —lo llamaba el puma.

—¿Qué hay?

—¡Ah, pues tú eres pequeñito!

—Mucho. Soy muy pequeñito; en cambio tú eres muy corpulento —estuvo de acuerdo—. Me estás echando en cara mi pequeñez; pero aunque sea chiquito, si compitiéramos, no me ganarías.

—¡Ah, tío!, por supuesto que sí, porque tú eres pequeño. Si llamara a todos mis compañeros, ¡vaya!, desaparecerías entre ellos porque eres un pequeñito —dijo el puma.

—Cierto, tío. Es muy cierto. Como verás, yo no soy tan grande como tú; aunque si yo convocara a mis compañeros, tan pequeñitos como yo, veríamos si me vences o no —retó el conejo—. Si dudas que pueda ganarte, compitamos.

—Hecho.

—Busca la compañía de quienes son de tu tamaño. Reúnelos a todos: todos los jaguares, todos los pumas, todos los jabalíes y todos los animales corpulentos como tú. Nos encontraremos en tal parte; allí realizaremos la prueba — propuso el conejito.

El puma convocó a sus compañeros; en tanto que el conejito se consiguió un tecomatito que llenó con avispas *mub'* —abejas extranjeras— y panales de todo tipo de avispas.

Al reunirse en el sitio convenido para la prueba, se dejaron ver el puma y sus compañeros. Eran muchos. Rápidamente cercaron al conejito, y él, como es pequeño, sólo alcanzaba a abrazar su tecomatito.

—¡Pobre tío! ¡De plano eres pequeñito! ¿De qué te valdrás para competir?

—Ya te enterarás, tío. Tus compañeros son muchos y enormes; yo, en cambio, soy muy pequeñito. No obstante, aunque así esté la cosa, a ver quién gana —dijo el conejito.

—Conformes. ¡A la carga!

Empezó la competencia. El puma mandó por delante a sus compañeros. Éstos, planeaban su estrategia: —Comámoslo. Cerquémoslo y comámoslo rápido —planeaban los pumas.

Avanzando, los acompañantes rodearon al conejito. Él abrió la boca del tecomate. Las avispas salieron por montones. Los animales, sintiendo los piquetes, sin que vieran quién los atacaba, se retorcieron y revolcaron en el suelo de dolor. Unos se revolcaron y otros se echaron a correr. Mientras tanto, el pequeño conejo bailaba disfrutando el sufrimiento de aquellos animales, mientras les decía:

—Al agua, compañeros; compañeros al agua. *T'an t'an, t'an t'an*. El juego se acabó. De este modo trató el conejo a esos animales. (*tojolabal*)⁶³

VOLÓ EL CUERVO hacia la montaña, donde el venado y el sapo estaban haciendo una apuesta.

—Vamos a ver quien mira primero al sol mañana.

La apuesta consistió en veinticinco tábanos, y le rogaron al cuervo que sirviera de testigo. En la mañana todos estaban listos en espera del sol. El sapo miraba al oriente desde la montaña más alta, pero el venado estaba viendo hacia el poniente, y dijo el sapo: —Mira acá, hermano cuervo, ya he visto salir el sol.

Y dijo el cuervo al venado: —Hermano venado, has perdido. Dale a éste los veinticinco tábanos.

El venado pidió un día de plazo para cogerlos, pero creyendo el sapo que no quería pagarle, dijo al venado:

—Vamos a jugar una carrera para quedar a mano—. El venado aceptó y colocaron una piedra para que sirviera de meta. El sapo fue a buscar muchos otros sapos y los colocó de trecho en trecho en la pista. Cuando llegó el venado a la piedra, el sapo, que ya estaba sentado sobre ella, le dijo: —Hermano venado, perdiste.

Y el venado se fue. Entonces el sapo dijo a los tábanos: —Vayan a picarle mucho al venado para que corra más de prisa. Si le dan muchos piquetes, nunca me los comeré a ustedes.

Los tábanos fueron de muy buena gana a perseguir al venado, porque los había ofrecido de apuesta, y desde entonces, han continuado picándole. (*tarahumara*)⁶⁴

La tortuga va al cielo a una boda, a una fiesta o para disfrutar el paisaje; la llevan el zopilote —alguna vez el gavilán, el quebrantahuesos. Unas veces cae accidentalmente, otras se suelta, las más veces el zopilote la tira porque la tortuga se queja de que es muy apestoso. En alguna de las versiones revisadas, el ave de rapiña la suelta desde las alturas para comerla —como sucede en realidad. De allí deriva su concha rota y su nombre —*rota, desmigajada, desboronada*— en varias lenguas. Como es la dueña del agua, debe reconstruírsele para que vuelva a manar y no mueran de sed todos los demás.

HABÍA un zopilote y una tortuga.

Se encontraron en el campo. Dice el zopilote:

—¿Dónde vas?

—Voy por acá, papá; voy a pasear, compadre.

—¿Por qué no vienes a pasear conmigo?

—¿Y cómo voy a ir a pasear contigo, si tú andas volando?

—Ven, te voy a decir cómo. Te vas a agarrar de mis plumas y ya no te vas a soltar, te vas a agarrar con la boca y te voy a llevar al aire, allí arriba está muy fresco y muy bonito para ver la población, para ver los animales.

—Pero no me vayas a soltar; porque si me sueltas, me muero.

—No compadre, vamos con confianza, te llevo como compadre.

—Bueno.

Agarró la pluma del zopilote con su boca, llevó volando a la tortuga. Allá arriba en el cielo, dice la tortuga:

—Pero cómo apesta tu cuerpo, compadre.

El zopilote no oyó bien: —¿Qué dices, compadre?

—Digo que está muy bonito aquí en el cielo.

—Pues sí.

Mientras, llegaron más lejos, volando. Vuelve a decir la tortuga: —Cómo apesta tu cuerpo, compadre, ya no aguanto.

—¿Qué dices compadre?

—No, pues me está gustando el cielo, porque vuelas bonito.

—No, parece que dijiste queapestaba mi cuerpo.

—No, digo que está bonito aquí en el cielo.

—Si vuelves a hablar otra vez, te voy a soltar.

Al rato, otra vez la tortuga: —Ya no aguanto, compadre, apestas mucho.

Nomás se sacudió el zopilote y se fue para abajo la tortuga; allí se acabó la pobre tortuga, se murió la pobre tortuga.

Se hizo varios pedazos. Venía un coyote, vio que estaba regada en el suelo la tortuga. Se paró y vio. —Yo me como a esa tortuga.

Cuando quiso levantar un pedazo para comerlo, habló la tortuga: —No me comas por pedacitos.

Soltó sorprendido el pedazo de carne.

—Quiero que me comas, pero que me comas completo.

—¿Cómo te voy a comer completa si estás regado por el suelo?

—Ah, pues si fueras tan amable, recógeme y ármame completa: mi carne y mi cáscara; y entonces sí, me puedes comer.

—Está bien—. Y se puso a armarla y armó muy bien a la tortuga; y cuando terminó de armarla: —Ahora sí, te voy a comer.

—Pues sí, pero no quiero que me comas en el suelo, vete a cortar unas hojas, ponlas en el suelo: sobre esas hojas me vas a comer, para que no me comas con arena: así vas a comer una carne sabrosa, limpia.

—Está bien,

Y alegre se fue a cortar hojas. Cuando la tortuga vio que se fue el coyote, caminó y entró en el agua. Cuando regresó el coyote, ya no estaba la tortuga. Pobre coyote, buscaba, no la encontró.

Vio que sacó la cabeza en medio de la laguna; “adiós”, le decía la tortuga con la mano desde la laguna. (*huave*)⁶⁵

CUELTAN que por ahí andaba una tortuga caminando. Salió un venado y le dijo:

—¿Adónde vas?

—Allá, con mis hermanos de la sierra.

—¿Y a qué hora piensas llegar con el paso que llevas?

—No sé a qué hora llegaré; mañana, pasado mañana o después de pasado mañana: pero llegaré—. Ya estaba cansada.

—¿No quieres que te lleve? Te encamino, o te llevo un poco más lejos —ofreció el venado.

—Si vas para allá, si me quieres llevar...

—Móntate en mis hombros entonces, te llevaré.

La tortuga se acomodó y se fueron caminando, caminando por la sierra. El venado preguntó:

—¿Qué comes? ¿No tienes hambre?

—Sí, quisiera comer ahorita. Como cantera, ¿no hay por ahí un pedazo que me saques?

—Sí, aquí hay. Toma—. El venado le dio un pedazo. La tortuga se lo comió, se lo terminó. Pidió mas, se comió un trozo y tiró otro. Pidió otro pedazo, pero que fuera puntiagudo. Lo mordió y también lo tiró. Otra vez pidió:

—Dame otro pedazo, pero que esté sabroso. Lo quiero más grande y filoso, para poder morderlo.

El venado le dio otro pedazo y la tortuga lo golpeó con él en la nuca. El venado cayó muerto.

Tras hacer esto, la tortuga encendió una lumbrada en la que puso a tatemar al venado. Luego que estuvo asado, lo sacó y se acostó a dormir.

Un señor que pasaba por allí preguntó:

—¿Qué estás haciendo? ¿Mataste un animal?

—Aquí estoy nomás, ayúdame.

—Dame un pedacito, o véndemelo.

—Agarra lo que quieras —dijo la tortuga.

El hombre agarró, hizo su carga y se la llevó diciendo:

—Voy de paso. Muchas gracias por el regalo, llegaré con carne para comer.

El hombre se fue y, de pronto, por ahí llegó otro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Estoy secando carne de venado, ayúdame.

—¿Quién es la persona que se acaba de ir?

—Quién sabe, no la conozco, no sé quién es.

—Ah, pues yo sí sé quién es, lo conozco: es el lobo. Fue a traer a sus hermanos y te van a comer, ahí vienen. Mejor acábate esa carne, ensarta los huesos y pónelos en el cuello. Yo voy a esconderme; vente, mejor vamos a escondernos los dos. Haré un nido de zacate ahorita mismo para que nos subamos. Apúrate a comer. Cuando termine, vengo por ti y te llevo, que no vayan a encontrarnos aquí —le dijo.

Cuando el hombre —que era un águila— terminó su nido, regresó. La tortuga ya había hecho todo lo que le había encomendado.

—¿Ya estás lista? Si ya estás preparada agárrate de mi cola y no te vayas a soltar, te llevaré sobre mi espalda —le dijo.

La tortuga se agarró de la cola. El hombre le repitió:

—Ten cuidado, agárrate bien y no te sueltes.

La tortuga dijo que sí y se agarró. El hombre-águila voló y ambos se acomodaron hasta arriba del árbol, en el nido.

Después de un rato, cuando ya estaban bien acomodados, salieron muchos lobos: lobos viejos, lobos niños; muchos lobos de todas clases, revueltos. Empezaron a olfatear, lamiendo la hoguera donde habían chamuscado al venado, buscando en todas partes. Le preguntaron al lobo-hombre dónde estaban y él decía:

—Fíjense por todas partes. ¿A dónde se habrán ido ?

—Tenemos que hallarlos —decían los lobos viejos.

La tortuga y el águila estaban arriba del árbol y desde allá les aventaban los huesos.

Uno de los lobos los vio y les dijo a sus compañeros:

—¡Ahí están!, se escondieron.

Empezaron a tirarles piedras hasta que uno propuso:

—Vamos a tumbar el árbol a mordiscos entre todos, somos muchos, sí podemos.

Y entre todos empezaron a morder el árbol. Cuando ya iba a caer, el águila y la tortuga cambiaron de lugar, se pasaron a otro árbol.

Los lobos pensaron que estaban todavía en el primer árbol. Cuando cayó, se amontonaron todos, pero no había nada.

—¿Por dónde se habrán ido? ¿Cómo se treparon otra vez? ¿Por dónde escaparían?

¡Que los ven en otro pino! Empezaron a morder también ese árbol. Cuando ya se estaba ladeando el árbol, el águila y la tortuga se volvieron a cambiar. El árbol cayó

y de nuevo corrieron los lobos. No encontraron nada. De nuevo los buscaron y los encontraron sobre un tercer árbol. Empezaron a morderlo. Cuando lo estaban mordiendo, el águila dijo:

—Tengo sed. Cuando esté cayendo el árbol, nos vamos. Agárrate nomás de aquí, pero agárrate fuerte, no te vayas a caer.

—Sí —contestó la tortuga, y se agarró.

Cuando iba cayendo el árbol, voló el águila. La tortuga iba agarrada de su cola. Se fueron. Cuando ya iban lejos, la tortuga se cansó y se soltó. Los lobos la vieron caer. Al caer, no murió y se escondió bajo el zacatal. El águila estaba muy preocupada. Los lobos corrieron tras la tortuga, pues habían visto todo. Olfatearon el zacatal, husmeando todos alrededor hasta hallar a la tortuga. Se la comieron arrebatándose la carne unos a otros.

El águila, voló hasta una peña lejana. Allí se sentó. Cuando acabaron de comerse a la tortuga, los lobos sintieron sed.

Fueron a donde habían visto agua, pero ya no había.

—¿Por qué ya no hay agua? —preguntaban los lobos entre sí.

—¿Dónde más han visto agua?

—Por allá hay, vamos a tomar.

Se fueron, llegaron y tampoco había nada.

—¿Por qué no habrá agua? —decían intrigados.

Otro dijo: —Allá sí hay, pasa un arroyito que no se seca, a diario corre mucha agua, vamos.

Llegaron, no había nada.

El águila se estaba bañando en la peña. Con las alas se echaba agua en la espalda, bebía. Eso hacía allá arriba.

Los lobos le dijeron: —Oye, tenemos sed, échanos un poquito de agua.

El águila se sacudía y los lobos lamían las gotitas que caían.

—Otra vez, échanos más agua, tenemos mucha sed.

—Quieren tomar agua, pero se comieron a mi hermano y él era el dueño del agua. Si tienen sed, tráiganlo de nuevo; vomiten y écheno de sus cuerpos. Lo que se comieron, deben remendarlo. Si lo consiguen, si lo parchan, si lo dejan igual que como estaba, tendrán agua —les dijo el águila.

—Lo haremos, porque ya nos anda de sed.

Empezaron a vomitar y a sacar la tortuga que se habían comido; empezaron a recoger todos los pedacitos de concha y los cosieron.

—¿Y cómo vamos a ponerle las tripas? —le preguntaron al águila.

—Tuerzan cintas de trapo.

Así lo hicieron; hasta que terminaron.

—Aquí está, ya terminamos, ¿qué debemos hacer ahora?

—Ahora hagan un pozo en forma de cántaro donde quepa la tortuga.

Escarbaron un pozo.

—¿Ahora, qué más vamos a hacer?

—Metan allí a la tortuga y digan así: “sal agua blanca, sal agua blanca”. Pero no tomen el agua cuando brote, aunque chorree. Esperen hasta que el río este completamente lleno.

La tierra comenzó a humedecerse poco a poco. Se llenó la mitad, fluyó poco a poco, se llenó.

Y pensaron: “éste era entonces el dueño de nuestra vida, el dueño del agua, el padre del agua, el que la tiene”.

Y por eso está remendada la tortuga, por lo que le hicieron los lobos. (*huichol*)⁶⁶

ANDABA POR AHÍ escarbando un rata canguro cuando se le acercó una zorra hambrienta. Le dijo que se lo quería comer, porque tenía mucha hambre. El rata canguro, ante tal amenaza, en lugar de ponerse a temblar, le dijo a la zorra:

—¿Estás loca? ¿Cómo que me quieres comer? ¿Qué no sabes lo que estoy haciendo?

—No —respondió la zorra—, no sé lo que estás haciendo, lo que sí sé es que tengo hambre.

El rata canguro casi interrumpiendo a la zorra, le contestó: —¿Qué no ves que estoy escarbando la tierra?

La zorra, un poco molesta, le dijo: —¡Y qué! ¡Todos los ratas canguros escarban la tierra!

Entonces el ratón canguro, poniéndose muy serio, le dijo a la zorra: —Ah qué tonta, zorra, tienes que acompañarme para que te digan qué es lo que estoy haciendo aquí. El ratón canguro hizo que la zorra lo acompañara con la culebra, y después de hacerle una seña, le preguntó: —¿Verdad que la tierra se está desfondando? ¿Verdad que yo ando buscando el lugar por donde se está desfondando?

La culebra asintió, agregando: —¡Es cierto, el águila también lo sabe.

El ratón canguro llevó a la zorra con el águila y le preguntó lo mismo, el águila respondió igual que la culebra y agregó: —¡Es cierto, la lagartija también lo sabe!

El ratón llevó a la zorra con la lagartija y le preguntó lo mismo, la lagartija respondió igual que la culebra y que el águila, agregando: —¡Es cierto, el león también lo sabe!

El ratón canguro llevó a la zorra con el león, y éste respondió lo mismo que la culebra, el águila y la lagartija, agregando: —Es cierto, el tecolote también lo sabe.

El ratón canguro llevó a la zorra con el tecolote y éste respondió lo mismo que la

culebra, que el águila, que la lagartija y que el león, agregando: —El mundo se está desfondando.

La zorra se asustó mucho y le dijo al tecolote. —¿Si el mundo se está desfondando, para qué sirve el trabajo del ratón canguro?

El tecolote le respondió: —Que el ratón canguro te lo diga.

El ratón canguro explicó: —La tierra se está desfondando, yo estoy cavando para ver dónde es el desfondamiento y para avisar a mis amigos, a la culebra, al águila, a la lagartija, al león y al tecolote, porque los que no lo sepan, se van a ir junto con el desfondamiento.

La zorra se asustó mucho y le dijo al ratón canguro. —¡No seas malo ratoncito, avísame a mí también, para no irme con el desfondamiento.

El ratón canguro le respondió que con mucho gusto, pero que era necesario apresurar los trabajos, era importante seguir excavando para encontrar el desfondamiento antes que todo se escurra.

La zorra reconoció que así debería ser, por lo que soltó al ratón canguro, quien apresuradamente se metió en su agujero para escapar por otra salida. (*kiliwa*)⁶⁷

Los cuentos anteriores derivan de mitos. Los acontecimientos enlazados de robos, recados o encargos que se replican hasta llegar al animal o personaje más fuerte y de regreso hasta el más débil, son favoritos entre los niños.

EL TÍO LINO tenía un borrego muy viejo y reflaco que no engordaba y nomás estaba come y come, sin que pudiera engordar. Como el tío Lino ya no podía mantenerlo, ni tampoco matarlo para comer su carne, por lo flaco que estaba, lo llevó al monte para dejarlo abandonado y que se lo comiera el coyote. Allá en el monte se quedó solo el pobre borrego viejo y reflaco.

A poco rato llegó un coyote hambriento, muy tonto, que no había hallado qué comer, precisamente por su tontera. Al ver al pobre borrego pensó que ahora sí tendría que comer. Entonces le dijo al borreguito que se lo iba a comer y el pobre borrego le respondió:

—No me comas, coyotito, no tengo nada de carne, estoy reflaco. Mira, el tío Lino me dejó aquí en el monte para que engorde, porque ya va a ser el día de su santo y quiere hacer comida para invitar a sus compadres. Dice que dentro de seis meses vendrá por mí. Si tú vienes unos días antes, cuando yo esté gordo, antes de que venga el tío Lino, me comerás sin que él lo sepa; pero mientras déjame engordar aquí y vuelves antes que venga él.

—Seis meses es mucho tiempo —dijo el coyote—. Te doy de plazo nada más tres

meses y luego vendré por ti.

—No —dijo el borrego asustado— en tres meses no engordo; déjame siquiera cuatro meses y luego vienes por mí.

—Bueno —dijo el coyote, se despidió muy contento y se fue.

A los cuatro meses volvió por el borrego, que había comido bien, hierba fresca y sana, había engordado y estaba muy fuerte.

—Ahora sí, vengo por ti para comerte.

—Muy bien —dijo el borrego— vas a comer muy buena carne porque he engordado mucho. Ya verás qué buena está mi carne; sólo quiero pedirte un favor: no quiero sentir la muerte, y te suplico que te pares en aquella peñita. Abre bien la boca para que yo brinque y así, de un bocado me matarás con tus dientes y no sentiré la muerte. El tonto coyote se fue a la peñita y abrió la boca.

El borrego, ya gordo y fuerte, se reculó para atrás y, encogiéndose todo lo que pudo, como aventado por un fuerte resorte se fue derecho contra el coyote, dándole un tope con todas sus fuerzas. Lo aventó para abajo de la peñita y el coyote cayó de espalda y se fue derecho al barranco donde se mató entre las peñas y las piedras.

El borrego corrió para la casa del tío Lino y cuando lo vieron llegar le dijeron:

—Pobre borreguito, ya llegó y está regordo y muy fuerte. Y nosotros que lo habíamos dejado en el monte por flaco, para que se lo comiera el coyote. Ahora sí ya está bueno para la comida del día del santo del tío Lino.

Al pobre borrego lo amarraron y lo mataron; se hizo una buena barbacoa y los familiares y los invitados comieron todos muy contentos y bebieron mucho pulque. (*otomí*)⁶⁸

EL LEÓN andaba detrás de un borrego cimarrón. Tenía muchos días siguiendo su huella por los escarpados de la sierra. Poco a poco fue arrinconando a su presa, hasta que lo llevó a refugiarse en una cumbre sin más salida que el abismo. El león, se fue acercando lentamente hacia el borrego cimarrón, quien no teniendo forma de escapar, se hizo el disimulado. El león se molestó mucho porque el borrego cimarrón se hacía el disimulado, por lo que al acercarse le preguntó:

—¿Por qué te haces el disimulado? ¿Qué no te has dado cuenta que te voy a comer? El borrego cimarrón le contestó: —No me estoy haciendo el disimulado, estaba pensando cómo puede conformarse un león con comerse a un borrego, cuando puede agarrar a toda la familia.

El león curioso le preguntó: —¿Dónde está la familia?

El borrego cimarrón rápidamente le contestó: —¡Allí abajo del abismo, al otro lado de la barranca!

El león se carcajeó: —Al otro lado de la barranca puede haber muchos borregos, pero no podemos llegar hasta ellos.

El borrego le dijo: —¿Acaso no eres más fuerte que yo? ¿Acaso no eres más ágil que yo? ¿Quién fue el que me atrapó en este abismo? ¿Quién es el que me puede matar de un solo golpe?

El león se sintió halagado y dijo: —Es cierto, yo soy más fuerte, más ágil, yo te atrapé y yo puedo matarte en este momento.

Ante esta respuesta, el borrego le dijo al león: —Si yo puedo saltar el barranco, ¿cómo no vas a poder tú?

El león se sintió retado y no queriendo dejar dudas de su fuerza y agilidad, le dijo al borrego: —¡Brinquemos pues!

El borrego cimarrón, entonces dijo: —¡No, espérate!, debes fijarte cómo brinco yo para que luego tú hagas lo mismo, recuerda que esta montaña es muy empinada y la barranca muy profunda.

El león, vio que le convenía que el borrego cimarrón le enseñara el camino y lo animó a que saltara al otro lado de la barranca. El león pensó: “Si el borrego cimarrón brinca esta barranca tan profunda y tan ancha, yo también puedo; si no puede, se estrellará en el fondo y yo me regreso a mi cueva.”

El borrego cimarrón le dijo al león: —Muy bien, párate aquí, en la orilla del abismo, para que te fijas cómo brinco y dónde voy a caer.

El león se paró junto al abismo, mientras que el borrego cimarrón tomaba un poco de distancia para darle impulso a su carrera y a su gran brinco. El borrego gritó: —¿Estás listo león?

El león respondió: —¡Sí, ya puedes brincar!

El borrego cimarrón tomó impulso y se abalanzó hacia el abismo, como si en verdad fuera a brincar; pero en lugar de esto, le dio un testarazo al descuidado león, con tal fuerza y poder que lo envió hasta el otro lado de la barranca. Luego el borrego cimarrón, tranquilamente regresó sobre sus huellas para perderse en la vereda y los riscos de la serranía. (*kiliwa*)⁶⁹

EL VENADO BRAVUCÓN decía que no le tenía miedo a ningún otro animal. De momento se encontró con el choco —es decir, el chapulín.

—Yo no le tengo miedo a ningún venado, yo corro más y soy más rápido haciendo cualquier cosa —dijo el choco, parado en el zacate.

En eso, el venado andaba comiendo y lo oyó murmurando. Le dijo:

—Y tú, ¿qué estás haciendo por aquí, señor choco?

—Estoy aquí soleándome. ¿Y tú qué haces aquí?

—Es que yo no le tengo miedo a ningún animal.

—Pues yo también soy valiente, así como me ves, aunque no lo parezca —respondió el chapulín.

—¿Tú valiente? —se burló—. ¿Cómo vas a pegarme, si eres tan pequeño?

—Pues a ver cómo le hago, pero te voy a pegar.

—No me vas a pegar, cuídate porque soy yo quien te va a pegar.

El venado levantó la pata para aplastarlo y el choco brincó.

—Ah, ¿con que quieres defenderte? ¿Te me resistes? A mí nadie me hace eso.

El choco le dijo:

—Ahora tú, defiéndete.

Saltó, voló y se le metió al venado en la nariz.

Allí estuvo el venado echando brincos para que se le saliera el choco, y el choco le hacía muchas cosquillas. Hasta le sacó los mocos y se le escurrían las lágrimas. Sentía como si se le reventara la nariz. El venado se echó y se puso a llorar.

—Ahora sí, choco, ya me pegaste.

—Mira, pero si te estuve avisando.

Al salir de la nariz se quedó en el zacate, burlándose y riéndose del venado.

—Ahora sí, fuiste valiente conmigo —aceptó el venado.

Siguió el venado su camino por otro rumbo diciendo:

—Voy a buscar otro animal, a ver si ahora gano.

En eso estaba un chuparrosa en una flor. Se le arrimó y le dijo:

—¡Quítate de aquí, porque puedo comerte con todo y zacate! Tú no eres valiente, no eres para mí. Vamos a echar unas carreras y verás que puedo más que tú.

—Bueno —aceptó el colibrí—. Vamos a contar hasta tres para empezar a correr.

—Uno, dos, tres.

Todavía no acababa de decir tres el venado y ya iba corriendo. El colibrí se le paró en los cuernos y, para más, iba chiflando. Volteó hacia atrás para chiflar, para que el venado creyera que lo había dejado.

Faltaba poco para llegar a la meta y entonces el colibrí nomás dio un vuelo y lo aventajó.

El venado se sintió muy triste de ver que también el colibrí le había ganado.

Nuevamente se fue por otro rumbo y llegó a donde había mucho zacate reverdecido, porque era tiempo de aguas. Allí vio a un sapo que llegó a beber. Le dijo:

—¡Quítate porque ahorita te bebo con todo y agua!

—No me vas a beber, yo también soy grande.

El venado pensó: “A éste sí le voy a ganar, éste no es nada valiente”.

—Si te sientes muy grande y muy valiente vamos a echar unas carreras, así podré

creerte.

Le dijo el sapo:

—Hoy no, ven mañana a la misma hora y hacemos la carrera.

—Está bien, mañana vengo, pero que no sea nomás por decir.

El sapo corrió y juntó a todos sus amigos. Les empezó a decir:

—Así quedé con el venado. Mañana vamos a competir en unas carreras a lo largo de la barranca. Quiero que me ayuden, que hagan lo que les pido.

—¿Y qué es lo que pides? —preguntaron los otros.

—Óiganme bien: se pone uno allá y otro más allá y aquél se va a donde se termina el barranco y yo voy a estar aquí, para empezar a correr con el venado. Ustedes no se van a mover de donde están y cuando oigan que ya viene y les salga un poco adelante, gritan kua, para que él corra más recio. Así dejen que haga ese tonto, que corra solo. Y ustedes que van a estar más adelante van a decir kua cuando todavía no se les arrime. Y tú estarás hasta el final y le vas a decir que ya ganaste, que también eres valiente.

Quedaron todos de acuerdo y al día siguiente llegó el venado chiflando, sonando las patas, preparándose.

—¿Ya estás listo?

—Ya estoy listo, vente —le dijo el sapo.

—Vamos a correr, como quedamos ayer.

Se pusieron listos para la salida y el venado comenzó a contar:

—Uno, dos y tres.

Y el sapo dijo kua y se aventó al agua. El venado corría por la orilla del barranco y pasó al siguiente sapo. Pasó un poquito y gritó kua. Y así hicieron los siguientes. Ya iba a la mitad y un sapo gritó adelante del venado kua.

—¿Pero cuándo me sacó ventaja? —dijo el venado.

Corrió más, levantando mucho polvo. El de más adelante dijo kua, y el venado corrió más. Y el del final, antes de que llegara, dijo kua.

El venado se sintió muy mal y nuevamente comenzó a llorar, porque el sapo le había ganado a las carreras,

Y no pudo ganarle a nadie el venado, que no creía que nadie le pudiera ganar a él.
(*purépecha*)⁷⁰

CUENTOS DE FLOJOS, PÍCAROS, COMPADRES, MALHORAS Y ADIVINOS

Los protagonistas sufren aquí desgracias o fortunas que no merecen; la haraganería, el engaño y la patraña son premiados, la mentira triunfa. Tontos, flojos y cobardes se enfrentan a envidiosos, chismosos, tacaños —y casi siempre ganan.

Los pícaros sobrepasan a todos pero en sus cuentos hay pocos elementos maravillosos o mágicos, por más que sean inverosímiles. Estos cuentos son misóginos, escatológicos, absurdos y soeces; son la sal y pimienta necesarias para realzar la vía correcta y la conducta adecuada, la transgresión exagerada que divierte y advierte, reforzando la legitimidad de las normas tras su cancelación absoluta, por la vía del absurdo. Son también, la revancha contra las normas, la impertinencia deseada, no permitida.

La historia del flojo que se convirtió en zopilote tiene visos de fábula moral, más que de un cuento de pícaros. El flojo peca de pereza y, además, de una falsa apreciación sobre la vida aparentemente fácil del prójimo. En cambio éste, ansioso de humanidad y con tal de comer comida cocida, acepta gustoso el pesado trabajo del hombre. Se trata de una historia de transición entre lo animal y lo humano; existe en muchas lenguas indígenas. No se trata de un relato de nagueles, sino de dos personajes inconformes que trastocan lugar y apariencia. Aunque la esposa no distingue diferencia alguna entre quienes intercambiaron atuendo, sí nota las distintas actitudes del marido anterior y el de ahora —responsable y diligente. Por comedido que sea el nuevo marido, nunca logra desprenderse del inconfundible olor a zopilote, que por fin lo delata. Casi

siempre el zopilote es recompensado y el flojo castigado, pues descubre que aquello de ser zopilote también cuesta su trabajo —no todo es planear entre corrientes de aire o surcar los cielos sin aletear casi: también hay que comer mierda.

HUBO HACE MUCHO un hombre que era muy flojo. Cuando iba a trabajar solamente comía sus tortillas, dormía y se regresaba. Iba y regresaba; iba y regresaba. Y así pasaba todo el año. Dizque tenía su milpa, dizque trabajaba: nomás le echaba mentiras a su esposa.

La pobre mujer, ¡Dios y señor!, decía de corazón: —Ya mero cosechamos el maíz. Pero, ¿cuándo iban a cosechar milpa? ¡Puro dormir! ¡Así hacía el hombre! Sin perder tiempo, tendía su cotón y ponía sus tortillas como almohada.

—Buen zopilote, ¿cómo es que tú no trabajas? Vuelas deslizándote con gran facilidad. Pero a mí todo me cuesta, sufro mucho. Mírame las manos, ¡llenas de ampollas! Por eso no puedo trabajar ahorita.

Tal vez el señor zopilote se fastidió. Bajó:

—¿Qué quieres conmigo, por qué me hablas así?

—No quiero nada, es que parece que te va muy bien: vuelas en el aire sin cuidado, mientras que yo sufro aquí en mi milpa, no tengo maíz. Soy muy pobre. Mi esposa me regaña porque no tenemos nada qué comer. Pido prestadas mazorcas, pido prestado frijol. “Coseché maíz”, le digo; “coseché frijol”, le digo. Tengo tantas deudas que no puedo pagarlas. Si tú quisieras, podríamos cambiar de traje y yo me voy a zopilotear.

—Tengo que pedir permiso —dijo el zopilote—. Según lo que me digan. El martes regreso, espérame.

El hombre se sentó a esperar al zopilote. —Buen zopilote, ¿por qué no vienes a cambiarte de ropa conmigo? Estoy tan cansado de trabajar —repetía.

Se había llevado su hacha y su machete para limpiar el terreno; tiró dos árboles y se regresó a su casa.

—¿Qué pasó, terminaste de rozar? —le preguntó su esposa.

—Ah, ya casi está. Voy a terminar de cortar todos los árboles que tumbé—. ¡Todos! Si apenas dos, el muy flojo.

—Mañana regreso. Levántate por favor y échame un par de tortillas.

Fue a esperar al zopilote de nuevo. Se quedó allí sentado.

—¡Ay, Dios!, ya tengo hambre. Se me antoja tomarme mi posol. Tengo mucho trabajo y no tengo cómo reponer el maíz que me han prestado.

Por fin llegó el zopilote.

—Nuestro Señor me dio permiso. Dice que podemos cambiar de lugar.

—¿No se irá a dar cuenta mi esposa de que yo ya no soy yo?

—No, no se va a dar cuenta porque es por órdenes de Nuestro Señor.

El zopilote se sacudió de encima las plumas. El hombre se quitó los pantalones, la camisa, el algodón; el zopilote se los puso. Y el hombre agarró la ropa del zopilote; se le pegaron las plumas al cuerpo.

—Déjame decirte cómo conseguir comida. Cuando haya un caballo muerto, un borrero muerto, un perro muerto, un cochino muerto, vas a ver su humito subiendo por el aire. Cuando tengas hambre, fíjate si hay alguno. Ahora ve a divertirte.

A los tres días regresó el *zopilote* y encontró al *hombre* limpiando la milpa.

—Dios mío, ¡de veras que no sirvo para nada! Mira cuánto terreno ya limpiaste tú. Yo tardé meses nomás en tirar dos árboles. ¿Cuando llegaste, no te dijo mi esposa que eras un bueno para nada?

—“Apesta, ¿a qué hueles?”, fue lo que me dijo.

—¿Y qué le contestaste?

—“Pues claro que apesto, estoy trabajando; antes nomás te estaba echando mentiras, nomás iba a dormir. Pero ahora verás por ti misma. Te voy a llevar cuando queme, así me ayudarás a cuidar la lumbre”. Eso fue lo que le dije a tu esposa.

Cuando llegó el tiempo de quemar, le pidió a su esposa que lo acompañara.

—Aquí siéntate. Primero voy a hacer un cerco alrededor del terreno. Se sentó la esposa y encendió una lumbre para calentarle la comida a su *esposo*. Comieron.

Subía humo de los árboles que se estaban quemando y el zopilote creyó que era su comida. Bajó dando de vueltas, el flojo bajó a la lumbre y la pisó. Se le quemaron las patas.

—¿Cómo puede ser tan estúpido?— preguntó la mujer—. Ese zopilote bajó y se quemó. Se lo merece. ¡Mira qué feo, qué flaco!

—Sí, se lo merece por flojo. No importa. De aquí a una semana venimos a sembrar. Tú misma vas a plantar el frijol.

Se fueron. Cada uno se llevó una carga de leña: una carga el hombre y otra carga la mujer.

Llegaron a su casa. —Mira, estoy lleno de tizne. Dices que apesto a zopilote, dame ropa, me voy a cambiar. Mañana lavas ésta —le dijo el esposo.

—Tienes razón, es tu ropa la que apesta, estás sudado— dijo la esposa. ¿Cómo iba a saber que era zopilote?

¿Saben cómo descubrió que su esposo era un zopilote? Un día estaba desyerbando su frijol, su maíz y sus melones. Ya les iba bien.

—Ahora que tienes maíz y frijol, devuélveme lo que le presté a tu otro marido —le dijo un vecino.

—¿Cómo? ¿Que no es mi marido, el que ha estado conmigo siempre? ¿Tengo acaso

dos maridos?

—Ah, ¿por qué no lo admites? Tu marido se volvió zopilote —le dijo el vecino que pedía que pagara la deuda.

El flojo había vivido de prestado. Había pedido cincuenta mazorcas en una casa, un cuartillo de frijol en otra, treinta mazorcas secas más allá. Todos llegaron a cobrar sus deudas.

—¡Váyanse, ándense! Cuando hayamos cosechado la milpa les daremos su maíz y su frijol si me están diciendo la verdad. Yo no estoy enterada de nada —dijo la mujer.

—¿Por qué te habríamos de mentir? Tu esposo iba a dormir a la milpa. Le dijo al zopilote: “Ah, buen zopilote, dame tu traje. Vuelas tan bien, resbalándote en el aire. Pero a mí me duelen las manos”.

La gente que le cobraba el frijol fue la que contó toda la historia.

—¿Así que es cierto que no eres mi esposo? ¡Con razón sabes trabajar! ¿Así que eras zopilote?

—Aah. ¿Y eso a ti qué te importa? Eso fue hace mucho. ¡Lo que no cuenta la gente, con tal de que se le pague!

—Aah, tenía razón, apestabas a zopilote.

—Quién sabe. Yo nunca me sentí zopilote. Nomás porque sudo, por eso huelo mal. Por eso es que te pido ropa limpia. Por eso me cambio, para que no me digas que te parezco un zopilote.

—No importa, con tal de que me mantengas.

Después de la cosecha tuvieron bastante maíz y bastante frijol. Pagaron sus deudas y todavía les quedó mucho.

—Ya nadie está diciendo cosas de mí, porque ya les pagué. Si tienen la panza llena y tienen maíz y frijol, no dicen nada.

Su esposo ya no era un flojo. (*tzotzil*)⁷¹

Un hombre vestido de zopilote, voló al fin del mundo y el zopilote se quedó, mientras tanto, acompañando a su mujer. Ella, impresionada por el prolongado engaño, tiene una reacción menos desenfadada que la del anterior cuento, en el sur, donde se resigna a vivir con el suplantador.

UN HOMBRE acostumbraba andar por muchas partes. Tenía su mujer. En la madrugada el hombre se iba, llegaba tarde a su casa. En la madrugada se ponía en camino, ya tarde regresaba.

Una vez quiso irse de madrugada, entonces su mujer ya no aguantó y le preguntó:

—¿A dónde vas?

—Pues me voy lejos.

Y entonces el hombre encontró al zopilote y le dijo:

—Hombre, quisiera preguntarte algo. Me gustaría conocer el fin del mundo. A ver si me haces el favor de decirme si tú has viajado al fin del mundo.

Eso fue lo que le preguntó al zopilote. Le contestó.

—Sí conozco.

—Pues yo quisiera conocer. ¿Puedes prestarme tu vestido para que pueda viajar, para que pueda volar?

Luego contestó el zopilote, y le dijo al hombre:

—Sí, te lo presto. Nos vemos mañana en aquel campo.

—Bueno, entonces en la tardecita.

El hombre se fue a casa. Al día siguiente, a la hora que habían quedado, fue al lugar donde se había citado con el zopilote. Allí apareció el zopilote y le dijo al hombre:

—Aquí está mi vestido.

Se quitó su vestido y se lo dio al hombre. El hombre se dio vuelta, se quitó el vestido y se lo dio al zopilote. Luego le dijo al zopilote:

—Vete a mi casa y quédate con mi mujer. Y tal y tal día vamos a volver a vernos aquí. A ver qué cosas suceden en el viaje; voy a conocer el fin del mundo.

El hombre se convirtió en el zopilote y el zopilote se convirtió en el hombre, y se instaló en la casa del hombre. Y dijo todavía:

—Cuando llegue el día, aquí vamos a vernos de nuevo.

El hombre se puso en camino. Viajó y viajó y viajó.

Bueno. Cuando ya habían pasado los días, volvió al lugar en que iban a encontrarse, como habían quedado. También llegó el zopilote y le preguntó al hombre:

—¿Ya conociste toda la tierra?

—Pues no he recorrido toda la tierra. Es que no sabía qué comer.

Entonces dijo el zopilote: —Pues, cuando te remontes a lo alto, vas a ver dónde se levanta humo: allá hay carne, allá habrá un caballo muerto. Y en la otra dirección otra vez vas a ver humo, allá habrá otro animal muerto, allá humea una vaca. Eso lo puedes comer.

Entonces dijo el hombre:

—Entonces quiero ir de nuevo.

Se alejó, voló muy alto. Descubrió humo, había humo. Entonces pensó el hombre zopilote: “Donde hay humo hay carne”.

Voló directamente al lugar donde había humo y llegó adonde estaba un caballo muerto. Lo devoró. Más adelante descubrió otro humo. Llegó al lugar donde había

humo: estaba una vaca muerta. La devoró.

Luego siguió volando. Y siguiendo adelante, descubrió humo en la otra dirección: allí había humo. Entonces pensó el hombre-zopilote: “Voy al lugar donde hay carne”. Cuando llegó al lugar del humo estaba un perro muerto. Lo devoró. Luego siguió adelante, viajó cada vez más lejos, viajó hasta el fin del mundo. Lo conoció. Luego se acabó el plazo y el hombre volvió.

El día fijado llegó a reunirse con el zopilote. Apareció el zopilote, allí se encontraron. Luego el zopilote le preguntó al hombre:

—¿Cómo te ha ido?

—Pues bien. Ahora al fin sé qué tan grande es el mundo. Sólo que he sufrido hambre, pues pasaban días en que no tenía nada de comer, otros días sí comía. Por eso tenía hambre. Me he puesto muy flaco, porque no he comido en muchos días. Pero aunque no haya comido, ya vi el fin del mundo. Ya regresé, ahora devuélveme mi vestido.

—Pues bien —contestó el zopilote—, aquí está tu vestido. Y ahora dame el mío. Entonces el hombre se quitó el vestido y se lo dio al zopilote. Luego el zopilote se quitó el vestido y se lo dio al hombre. Luego habló el zopilote, le dijo al hombre que su mujer ya tenía dos niños y cuatro vacas.

—De hoy en ocho voy para allá; me matas una vaca y la tiras en un lugar donde la pueda devorar.

—Bueno.

El hombre volvió a casa. Allí estaban los muchachos que había engendrado aquel zopilote con la mujer. Habían pasado ocho días, cuando llegó el zopilote. Entonces el hombre tomó una vaca y la mató; la mató y la tiró. Entonces le preguntó su mujer: —¿Qué estás haciendo con la vaca? La matas, y luego ni siquiera la comemos. No la comemos, ¿por que nomás la matas y la tiras?

Entonces contestó el hombre:

—Es que no era mía. El dueño de las vacas me ordenó que la matara. Así que la maté y la tiré.

—¿Pues de quién eran las vacas?

—Del hombre que estuvo aquí contigo.

—¿Pero qué hombre estuvo conmigo?

—Seguramente el zopilote estuvo contigo. Le pedí prestado su vestido y así conocí el fin del mundo. Estos chiquillos no son mis hijos —le explicó a su mujer—, son del zopilote.

Así habló el marido con su mujer.

Entonces la mujer empezó a pensar. Como todo el tiempo estaba cavilando se en-

fermó. Se enfermó de tanto pensar, porque él le había dicho la verdad: le había dicho quién había estado con ella.

Esto no lo aguantó la mujer. Se murió de eso. (*mexicanero*)⁷²

Los cuentos de compadres —ricos y pobres—, adivinos, flojos, tontos y demás son muy semejantes a los cuentos de animales —ambos géneros pueden englobarse en la picaresca. La arbitrariedad y la injusticia sustituyen la moral ejemplar, pues lo que pretenden son situaciones que muevan a risa. Los pícaros engañan a sus parientes, sus semejantes, superiores, al diablo y a la muerte misma —como hará su ahijado en el último tomo de esta colección.

Es muy conocido el cuento del compadre rico que miente al compadre pobre y, al final, por ambicioso, acaba sufriendo el castigo que pretendía para el pobre; se queda sin dinero, por díscolo. Cuando pide consejo para salir de pobre, el compadre rico le recomienda vender estiércol, piedras, hojarasca, cenizas o carbón. Regañado y castigado, el compadre pobre regresa a su casa. En el camino puede encontrarse con el diablo, arrieros del maligno o ladrones que le regalan dinero o dejan abandonada su fortuna, asustados por una extraña criatura que se aparece a la mitad de la noche. Es así como el pobre se hace muy rico. Es su turno, ahora, de engañar al rico: le dice al compadre que gracias a sus sabios consejos se hizo de una fortuna tan grande cómo la de él. El rico, disgustado, prueba a hacer lo que él mismo recomendó, con poco éxito.

HUBO UN COMPADRE con otro su compadre. Vive cerca de la casa de su compadre, lo tiene cerca. Y como vive cerca, lo estaba vigilando, lo estaba vigilando y le fue a preguntar.

—Compadre, ¿que tú no trabajas? Nomás estás en la hamaca y lo tienes todo.

El que estaba acostado no contestó.

—Yo trabajo, trabajo en el monte. Macheteo en el monte. Rozo. Y está todo ahuatoso, hace calor; además hay garrapatas dentro del monte, me caminan en la cara talzahuates. Y mientras, yo te veo a ti que aquí nomás estás acostado en la hamaca. ¿Cómo le haces compadre?

—No es gran cosa, tengo un trabajito. Vendo caca.

Y dice el otro compadre: —Ah, bueno.

—Eso es lo que vendo, compadre: caca.

—Está bien, está bien. Temprano voy a ir a recoger. Y también yo voy a ir a vender

—dizque le dijo a su compadre rico.

Se fue temprano. Temprano se fue ese otro compadre a recoger caca. Dizque recogió dos barriles esa mañana.

Al otro día se fue él para ese pueblo, dizque a vender caca, porque ya le había dicho su compadre que allí vendía. Se fue.

Llegó a ese camino. Agarró camino. Iba caminando, caminando, hasta que llegó nomás en ese pueblo. Cuando llegó dizque empezó a gritar:

—Aquí traje caca. Vendo, vendo caca.

Gritaba. Él gritaba. Cuando escuchó aquella gente que vendía caca, a esa hora llegaron los policías y se lo llevaron al Palacio municipal. Dizque llegó a manos del Presidente.

—¿Qué cosa dizque vendes?

—Caca.

—¿Estás loco? ¿Estás loco? ¿Quién te ha dicho que la caca se compre?

—Pues así supe yo, que aquí compran caca.

—Está bueno—. Pues dizque a esa hora se le regañó. Lo regañaron. Lo regañó el jefe de ese Palacio, el Presidente.

—¡Pues vete, ahorita! ¡Vete por donde viniste y ya no regreses! ¡Ya no vengas!

A esa hora salió; salió triste del pueblo porque nomás lo regañaron. Llegó triste hacia la mitad del camino donde salió el diablo. Dizque le dijo:

—¿Qué cosa tienes?

—Así me pasó.

—Está bien. Pero vas a llevarte dinero. Llévatelo, ahí está el dinero. Llena tu costal y ¡llévatelo! —dijo el diablo.

Llenó cuatro costales. Dizque a esa hora cargó a su caballo, a esa hora se salió y llegó cerca de su casa. Pasó cerca del solar de su compadre a esa hora, él iba arreando al caballo. Iba hablando recio. —¡Vámonos que ya estamos llegando! —le decía a su caballo.

Lo arreaba cerca de la casa de su compadre. Y ahí estaba su compadre, estaba en su casa.

—¡Uh!, ya llegó el compadre.

Dizque a esa hora vio que traía los costales de dinero. Y le dijo a su mujer:

—¡Ya nos chingó el compadre, porque trae bastante dinero!

Al otro día dizque fue a verlo:

—¡Compadre!

—¿Qué, compadre? Pasa.

—¿Cómo te fue, dónde fuiste?

—Siempre me fui a vender caca —dijo él—. Compran mucha. Al primer grito...

Grité; nomás di el primer grito, salió bastante gente. Que quieren de a una medida. Mucha gente quería caca. Pues no alcanzaron los dos barriles de caca que llevé. Y

eso que no di mucho. De una cucharadita por un peso, una cucharadita por un peso. Y no alcanzó; quedó todavía mucha gente que quería.

Eso nomás es lo que oyó el compadre. Se fue al otro día temprano por la mañana. Dizque dice él:—Voy a llevar caca a ese pueblo —le dijo a su mujer— porque allí la compran mucho.

Fue a juntar caca. Al otro día se fue a venderla. Dizque a esa hora cuando entró al pueblo empezó a gritar:

—¡Vendo caca! ¡Vendo caca!

A esa hora escucharon de vuelta los policías.

—Ya vino de vuelta ése que vende caca. Y le avisamos que ya no viniera— dijo el jefe de ellos. —¡Vayan a traérmelo! ¡Vayan a traérmelo!

A esa hora lo fueron a traer.

—Te dijimos demasiado que ya no vinieras a vender. ¿Quién crees que te va a comprar caca? Apesta. Pues y ahora te vas a ir al Palacio municipal. Te llama el Presidente.

A esa hora lo llevaron a jalonazos. A puro jalonazos lo llevaban. Llegó ahí al Palacio. En el palacio, ya estaba el jefe.

—Te dijimos que ya no vinieras. Te advertí que ya no vinieras porque si venías otra vez nomás, te iba a encuerar y te iba a dar golpes en la nalga —dizque así dijo el Presidente.

—¡Encuérenlo! ¡Quítenle la ropa!

A esa hora lo encueraron.

—Para que ya no vengas otra vez. Te lo dije demasiado, que no vinieras porque si no, ibas a recibir tu pela.

Cuando le estaban dando de golpes en el Palacio, lo estaban encuerando, dizque dice el jefe del pueblo.

—Ya está bueno ese tanto. Ya le golpearon su culo, ya lo golpearon demasiado. ¡Suéltlenlo y que se vaya al lugar de donde vino!

A esa hora ya se salió, triste. Estaba triste. Salió todo golpeado. Su nalga estaba magullada. Ya se subió despacito a su caballo. Se vino triste por el camino.

Ya cuando llegó en su casa dizque le dice su mujer: —¿La vendiste?

—Me dieron de puros golpes; ya estaban esperando a este compadre.

Dizque su compadre, el otro su compadre, ganó más porque el diablo le dio el dinero. Y éste, en vez de que gane al vender caca, mejor le dieron de golpes.

Dizque dice él: —Está bueno.

Y así quedó ese compadre, el que nomás estaba acostado en su hamaca. (*olulteco poluca*)⁷³

En la versión mixe del mismo cuento, el compadre pobre logra entrar a un encanto donde hay muchas riquezas. Ciertamente es notable el parecido entre estas historias y “Alí Babá y los cuarenta ladrones”. También hay tesoros dentro de los cerros en la tradición árabe llegada a nuestro país con los españoles y reforzada más adelante a través de las lecturas que enriquecieron la tradición oral. Si ese cuento es tan popular en México, es porque las *Mil y una noches* añaden a la posibilidad de entrar a un *encanto* la simplicidad del método: basta un anillo o una palabra mágica —*sésamo*, que no existe, por cierto, en el español de México donde la semilla se llama *ajonjolí*, nombre de raíz también árabe. En nuestro imaginario nunca se abren con tanta facilidad las montañas o cuevas, ni se pueden sacar los tesoros con tal desenfado, una vez que se entra. No depende de la habilidad ni de la memoria de quien entra —a menos que se haya hecho un pacto premeditado con el dueño como en el Viejo Mundo; por acá casi siempre es una cuestión de suerte, o de oportunidad de lugar, momento y destino.

HABÍA UNA VEZ que dos personas, uno era pobre y el otro era rico. Entonces el pobre fue a visitar al rico para preguntar de dónde sacaba tanto dinero; el rico contestó: —Yo vendo carbón en la ciudad de Oaxaca, allá lo compran las personas. Van a llevar algunas personas que quieren comprar. Si quieres, puedes llevar carbón. Entonces el pobre empacó su carbón, lo cargó a su burro. En el camino encontró a una persona que venía de la ciudad de Oaxaca, le preguntó que llevaba. Él contesto que llevaba carbón, entonces la persona le dijo:

—Lo compraré, te daré mucho muchísimo dinero.

El señor pobre aceptó, después el señor se fue y el pobre también se regresó rumbo a su casa. En el camino escuchó que estaban regañando a los burros unas personas, escuchó las voces, se quedó parado unos momentos para escuchar de dónde surgía la voz. Entonces se acercó despacio y se subió a un cerro de donde venían la voz. El cerro se abrió y el señor pobre recogió el dinero que había dentro del cerro, después se regresó a su casa. El señor rico preguntó de dónde había sacado tanto dinero, el señor pobre contestó que de un cerro donde había mucho dinero. Por la ambición, el señor rico se dirigió al cerro, se abrió el cerro y entró el señor y se quedó atrapado en el cerro. Y el señor pobre disfrutó el dinero el resto de sus vidas con su familia. (*mixe*)⁷⁴

Cuando el diablo o sus arrieros vienen a cobrar a quienes se llevaron su dinero, el compadre que fue pobre y su esposa lo engañan. Este cuento comienza como los anteriores: el pobre vendía estiércol —o piedras— por consejo de su malvado compadre. Cuando está desesperado, pues no logró vender nada, un hombre se compadece de él y le hace un modesto regalo.

—VE A TIRAR ESO y toma este dinero.

Le dio tres centavos. Al tomarlos, se puso casi loco de alegría y pensó: “¿Qué haré con este dinero?, ¿en que lo podré gastar?”

Se quedó pensando, pensando. Caminó entre los últimos puestos que quedaban. De repente, entre toda la mercancía se fijó en una máscara. ¡Uy, era horrible!: tenía cuernos, unas orejotas. En una palabra, era fea; pero sobre todo, tenía los ojos brillantes. Le preguntó a la vendedora:

—Señora ¿cuánto cuesta esa máscara?

—Tres centavos.

—Démela.

Tomó la máscara, se la puso bajo el brazo y se fue caminando y pensando en su hijo: “Al menos voy a llegar con esta máscara”.

Caminó y caminó y le oscureció en el camino. Caminó otro trecho. A lo lejos vio una fogata. Al llegar allí había gentes durmiendo. Era un paraje. Entró. Hacía mucho frío y no tenía con qué taparse. No se atrevió a despertar a los otros que estaban descansando, seguramente estarían cansados. Pensó: “Aquí pasaré la noche y descansaré; me calentaré con el fuego, pues hace mucho frío”.

La lumbre empezó a sacar humo, el viento le echaba el humo en la cara. Trataba de evitar el humo, para que no le tocara más: a veces alzaba la cara, a veces la bajaba, a veces la hacía de lado, según venía el humo. “Pero si aquí tengo mi máscara, ¿para qué estoy sufriendo con el humo?” Y se la puso. Entonces pudo estar tranquilo, sin que lo molestara. Se quedó allí sentado. Uno de los que estaba dormido despertó; al ver esa cosa que se calentaba en la hoguera, a codazos despertó a sus compañeros, sin hacer ruido. Susurró:

—Hombre, ¡qué será eso que está sentado a un lado de la lumbre?

—Compañero, ¿qué será? —contestó el otro con miedo—. ¡Corramos!

Sin esperar, se echaron a correr. Corrían gritando desesperados en la oscuridad. El que estaba sentado calentándose también se asustó, al salir los otros corriendo y gritando. Y como se sintió solo, los siguió, pero ya le llevaban ventaja.

Los iba siguiendo, siguiendo, pero no pudo alcanzarlos. Los otros vieron que el diablo venía detrás. Corrieron hasta llegar a la entrada de una cueva y como no había otro lugar dónde esconderse, saltaron dentro los tres. Por poco los alcanzaba, pero cuando iba a entrar en la cueva, la cerraron.

Los que habían corrido quedaron en la cueva. El que quedó afuera pensaba: “¿Qué haré ahora?” Tiró la máscara y regresó al lugar donde se había espantado. Los arrieros habían dejado la carga al huir, y el hombre pensó: “Como esa gente corrió y quedó atrapada en la cueva, esta mercancía me corresponde.” [...]

El hombre se dio cuenta de que el dinero que tenía era del demonio, que los hombres que corrieron eran sus arrieros. Muy asustado le contó a su mujer, lo que había descubierto.

—¿Qué vamos a hacer? Si ya gastamos dinero del diablo y va a venir a cobrárnoslo él mismo: ¡el diablo! ¡El diablo!

—¿Qué te preocupa? Lo que vamos a hacer es prestar ese dinero, a ver a quién se lo cobra.

Prestaron el dinero. Cuando la mujer regresaba y se disponía a cerrar la puerta, se presentó un señor y muy secamente dijo:

—Buenos días.

—Buenos.

—¿Está el patrón?

—No.

La mujer ya sabía lo que iba a suceder, ya sabía cómo tratar el asunto.

—¿Dónde está?

—Por ahí anda paseando, de visita.

—¿Tardará?

—No hay ninguna seguridad.

—Quiero hablarle de una deuda que tenemos.

—¿Ah sí?

Pasó el tiempo, y una noche regresó.

—Aquí vengo.

—Está bien.

—Hemos pensado ir a trabajar para pagarte —dijo el hombre— pero antes queremos hacer una apuesta: si ganas, seremos tuyos; si pierdes, nos quedamos con el dinero.

—Acepto.

—Tienes que contarle los cabellos a mi esposa antes de que el gallo cante doce veces. Si dices cuántos cientos de cientos tiene, ganas; si no, pierdes.

—Está bien. Si logro ganar, se irán los dos conmigo.

—Aceptamos.

Una vez pactado el trato, el diablo empezó pacientemente a contar cabello por cabello. Cuando la mujer sentía que estaba por terminar se movía para que el diablo perdiera la cuenta. Así se pasó toda la noche. Y no sabía, desde luego, que la mujer habla planeado todo.

Cuando el gallo cantó al amanecer, el diablo ya había perdido la cuenta infinitad

de veces.

El hombre estaba atento para que el diablo no les ganara: cada vez que quería que cantara el gallo, le apachurraba la panza y el gallo gritaba.

—¡Ah, ya me volví a equivocar!

Y vuelta a comenzar la cuenta. El diablo contaba rápidamente y cuando la mujer sentía que estaba terminando, imitaba el canto del gallo. Así completaron los doce cantos.

El diablo, fastidiado, se declaró vencido:

—¡Quédense con el dinero, ya perdí!

Y se largó de allí. (*mixe*)⁷⁵

Variantes de este engaño son aquellas donde el diablo es obligado a contar los pelos de un perro negro, o la del que se esconde de la muerte que viene a cobrarle rapándose, para que no lo reconozca. Esto les sucedió a tres hermanos miedosos. Como en el cuento anterior, reciben tremebundo susto. La trama y el asunto son completamente diferentes.

HABÍA UNA VEZ una muchacha muy bonita. Tan bonita era que comenzaron a enamorarla tres hermanos. Vio que fue el hermano mayor, vio que fue el hermano de en medio, vio que fue el hermano menor. Fueron los tres y a cada uno le dijo un día y una hora para que la enamoraran. Comenzó a pensar cómo salir de ese problema y entonces se le ocurrió algo: cuando llegó el primer hermano a visitarla le dijo:

—Oye, ¿de veras te gusto tanto?

—Ay, niña, es tanto lo que me gustas que, si pudiera, haría todo lo que me pidieras.

—Bueno —dijo la muchacha—, ¿irías solo a las doce de la noche a cuidar un muerto en el cementerio?

—Sí, iría, nomás para que veas cuánto me gustas.

—Está bien; has de venir tal día. Cuando vengas, el muerto estará listo para que lo lles al cementerio.

—Está bien.

Cuando llegó a visitarla el segundo hermano le preguntó:

—Oye, ¿de veras te gusto mucho?

—Pero niña, haría lo que me dijeras para que vieras cuánto te quiero.

—¿Aceptarías hacerte el muerto?

—Sí —dijo el muchacho; le tomaron las medidas para hacerle su caja.

—Bueno, tienes que venir tal día a tal hora.

—Está bien —dijo. Y se fue.

Cuando llegó el tercero y último, la muchacha le preguntó:

—Bueno, joven, ¿te gusto mucho?

—Ay, niña, ¡que si me gustas! Para que veas cuánto me gustas, haré lo que me pidas.

—¿Harías de diablito?

—Sí.

—Está bien, tal día a tal hora vienes.

El día señalado llegó el primer muchacho, lo envolvieron como se envuelve a los muertos y lo metieron en su caja.

Al rato llegó el siguiente hermano, le señalaron el muerto que debería llevar y le dieron cuatro velas. A las doce de la noche llegó al cementerio, colocó al muerto y se sentó a velarlo.

Mientras, el tercero estaba con la muchacha. Lo vistieron con un traje hecho de puras latas agujeradas. Le pusieron velas dentro y parecía que echaba chispas por todo el cuerpo, sobre todo por los cuernos.

—Bueno, ¿qué voy a hacer? —dijo el muchacho, después de ponerse el traje.

—Cuando llegues al cementerio comienzas a andar, a brincar y a dar vueltas sobre el muro.

Al llegar al cementerio, comenzó a hacer tal y como le habían dicho. El que estaba cuidando al muerto, gritó al verlo.

—¡Ave María Santísima! ¿Qué es eso?

—¡Jam! —dijo el muerto.

El que estaba cuidando al muerto salió corriendo. Detrás de él iba el muerto.

Cuando el más chico los vio correr, salió también asustado detrás de ellos.

—¡Ave María Santísima! ¡Ahí viene esa cosa detrás de mí! —decía el muerto.

El primero llegó a su casa y se tiró en su hamaca. Llegó el segundo y también se tiró de cabeza en su hamaca. El más chico llegó, con su traje sonando; se lo quitó y se tiró también en su hamaca.

Ni adiós le dijeron a la muchacha; no la volvieron a ver. (*maya*)⁷⁶

El oro que se vuelve mierda o la mierda que se convierte en oro han sido objeto de las más sesudos reflexiones, son un motivo universal. Estos flojos que reciben dinero en su casa no tienen mérito alguno: su suerte no fue prohijada en ningún momento por su conducta. Las historias tienen el mero propósito de hacer reír.

DICEN QUE ASÍ le sucedió hace años a un flojo. Era ¡bien flojo! ese flojo; se sentaba en la ceniza a calentarse; no quería ni pararse. Allí se estaba, revolcándose en la ceniza. Su madre le decía:

—Ve aunque sea a traer un poco de leña. Levántate y ve a traer leña. ¿Qué te pasa? ¿Por qué nunca tienes ganas de trabajar?

Todos los días le repetía lo mismo al flojo. Allí seguía, siempre en la ceniza. Le decían y le decían, pero él seguía siempre allí.

—Apúrate a comer para que vayas por tantita leña. ¿No vas a traerla? —le preguntaban.

—¡Ay! Ensillen al burro y me suben para que vaya, si tanto quieren que vaya por leña. Ahorita voy a buscarla.

—¿Lo dices de veras? ¿De verdad?

—Sí, de veras, por eso lo digo, pues. Voy a ir por leña.

—Está bien.

Le ensillaron el burro, y él les dijo:

—Súbanme para que lo monte y péguenle para que camine. Por donde me lleve, iré. Voy a traer la leña.

—Bueno, ¿y por dónde hay leña para ir a traer? —se preguntaban.

Lo agarraron y lo subieron al lomo del burro. Le pegaron al animal y salió; se fueron entonces. Allí iban, se fueron, se fueron hasta que el burro se detuvo.

“Hmm, ¿y por qué he de bajar a buscar la leña? ¡Cuánto trabajo! Mejor me iré hasta donde la encuentre tirada, así nada más la cortaré. ¡Qué fastidio andar buscando leña! Iré hasta donde esté tirada; allí la hago pedazos y luego me regreso”, pensaba el flojo.

Otra vez caminó su burro, otra vez se fue. Despacito, despacito iba. Llegó muy lejos el pobre.

Allí había un árbol grande, tirado. Dicen que estaba bien bueno ese árbol. “Tenía razón. ¿Para qué andar busca y busca leña? Cortaré ésta y me regresaré.”

Estuvo cortando leña, rajando leña. Cuando completó la carga del burro, pensó: “¡Ay! Antes de irme voy a jugar un poco.”

Salió, faldeó aquel cerro y llegó al pie de un árbol muy grande que estaba allí. Al pie encontró un aradito de juguete —tal vez de los niños que andaban de vaqueros—; barbechó un poco. Jaló y jaló, cortó la tierra. Andaba haciendo así: jalaba tantito y así andaba jugando. De repente vio una caja llena de dinero.

“Ah, ¿para qué lo quiero? Que aquí se esté. Si fuera para mí, ya lo hubieran ido a dejar a mi casa. Aquí está, aquí que se quede.” Y la tapó.

Estuvo jugando otro poco, y luego dejó los arados donde los había encontrado, donde estaba ese dinero. Cargó la leña y volvió a subirse en el burro. Se regresó ese hombre: venía, venía, venía.

Llegó. Ya se acercaba a su casa cuando se topó con unos animales. Eran bastantes

y los vaqueros no se fijaron por dónde venía el flojo. Tampoco él, y por eso no espantó al burro. Los animales empujaron a su burro y el pobre flojo cayó. Allí se quedó tirado.

“Hmm, a lo mejor ya me morí. ¿Para qué me levanto, para qué me voy? Creo que ya me morí, porque caí del burro.” Y allí estaba tirado. Mientras, su burro llegó hasta la casa; se dieron cuenta.

—¡Ay Dios! Dios quiera y ese pobre venga ya.

Salieron a recibir al burro, lo descargaron, guardaron bien la leña, amarraron al animal y salieron nuevamente. Se preguntaban:

—¿Y a dónde se fue ese hombre? No llega. ¿Qué le pasaría? ¿A dónde iría? ¿Cómo es que llegó el animal solo?

—Vamos a buscarlo. Ya hace rato que se fue; ya debía haber regresado y no lo hemos visto, y el burro ya regresó.

Salieron a buscarlo. Llegaron a donde estaba tirado. Le preguntaron:

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás allí, tirado?

—No me toquen, soy hombre que se murió.

—Levántate, ¡vámonos!

—¿Para qué voy a levantarme si soy hombre muerto? El burro me tiró y aquí tumbado me quedo; soy hombre que ya murió. ¿Cómo quieren que me levante, o que me vaya con ustedes?

—Levántate, pues; vámonos. ¿Cómo vas a estar muerto si estás hablando?

—Morí, caí desde muy alto.

Fueron a levantarlo, lo recogieron y se lo llevaron a su casa. Llegó. Le dieron de comer. Cuando se acabó su comida, volvió a acostarse. Ni platicó con ellos del dinero que se había encontrado. En la noche despertó y dijo:

—¡De veras!, ahora que me acuerdo, allá arriba, donde fui a traer leña, vi mucho dinero. Anduve barbechando un poco y vi mucho dinero. Por último lo tapé, cargué la leña y me vine; pero allá quedó ese dinero. ¡De veras, y no lo recogí!

—¿Y por qué hiciste eso? ¿No hubiera sido bueno que lo recogieras?

—Ah, pues si ustedes no tienen flojera, ustedes vayan a recogerlo. Yo no lo recogí. Si quieren que sea mío, que me lo vengán a traer a mi casa. Hasta allá está. ¿Qué nada más porque llegué a ese lugar iba yo a recoger el dinero, a cargarlo, a venirme con él? Ese dinero está solo. Pensé, lo tapé y me regresé; si ustedes quieren ir a traerlo, si no tienen flojera de recogerlo, vayan. A mí me dio pereza traérmelo. Si está destinado para mí, que me lo vengán a traer a mi casa.

—¿Y por qué hiciste eso, hijo? ¿Por qué hiciste así? Tan siquiera hubieras sacado un costal del avío del burro; poquito a poquito hubieras cargado al animal y te hu-

bieras venido. Mejor hubieras dejado la leña.

—Nja. ¿Y cómo iba a hacer? ¿Y la leña que ya había cortado? Además, ese dinero estaba abandonado; ¿por qué habría yo de agarrarlo? Si ha de ser mío, que me lo vengan a traer a mi casa.

—Dios quiera y amanezca pronto, para que vayamos hasta allá. Ojalá. ¿No vienes con nosotros?

—No voy. Ya les dije a dónde fui; ya saben en qué lugar está. Me fui por el camino real y no me bajé en ningún lugar a recoger leña; llegué hasta donde está tirado un árbol; lo corté. Cuando terminé de rajar la leña fui por donde está un árbol muy grande. Al pie del árbol está un arado de los niños que pastorean, que andan con los animales que se ven allá. Anduve barbechando un poco. Al jalar el arado, vi la tapa de un cajón y miré dentro: está lleno de dinero. Vayan a traerlo, si quieren; yo no iré —les decía.

Allí cerca nomás, en la pared colindante, estaba acostado el vecino y escuchó todo lo que dijo el flojo. Cuando el pobre acabó de platicarles se volvió a acostar, se quedó acostado. Todos se durmieron.

El vecino se levantó y salió. Rajó ocotes para alumbrarse y se fue al lugar donde había estado el otro, el flojo. Se fue, se fue.

“Está bien; qué bueno que habló así. Dijo que había un árbol grande y que lo cortó; dijo que más arriba estaba un árbol grandísimo y que allí quedó el arado con el que barbechó. De por sí llegaré hasta allá ahorita para recoger el dinero, antes de que vayan los otros. Yo mero lo voy a recoger, primero que los otros.”

Salió y se fue, se fue, se fue. Llegó hasta allá y vio la leña que había cortado el flojo. Se fue hacia arriba, mirando, y vio que de veras allí estaba el arado. Escarbó y se encontró un botellón grande lleno de excrementos, ¡todo apestoso! Feo estaba, dentro de ese botellón.

“¿Qué pensaría ese canijo? ¡Engañó a su madre, engañó a su hermana! ¡Qué va a ser dinero, es pura suciedad! Está bien; voy a llevar este botellón y voy a llenarle la boca con esta suciedad ahorita mismo. ¿Y qué dirá cuando se levante?”, pensaba ese vecino.

Cargó el botellón y se regresó. Aprisa venía con aquella suciedad, para que el otro no tuviera tiempo de levantarse. Así venía, así venía. Cuando llegó, el flojo todavía estaba durmiendo. Despacito, despacito, entró hasta donde estaba acostado y le echó esos excrementos en la cara y en la barriga. Lo llenó de mierda.

Estaba listo, pendiente de qué cosa iba a decir el pobre cuando se despertara todo embarrado. Allí estaba. Y que se despierta de veras el hombre.

—¡Mamá! —gritó.

—¿Qué?

—Levántense, ¿qué es todo esto que tengo en la barriga? ¿Qué es todo esto que tengo en la cara?

—¿Qué cosa es?

—Levántense. Ustedes vean; ¿qué cosa tengo?

Y el vecino esperaba, para reírse, pues sabía que estaba lleno de suciedad. Él mismo se la había echado.

—¡Jesús! ¿Qué cosa es esto, pues? —decían los de la casa.

—No sé qué tengo encima; pronto, alumbren.

Se levantaron y alumbraron.

—Ah, sí, es lo que había allá, donde estuve ayer. Y así había dicho yo, que si debía ser para mí, me lo tenían que traer. De por sí esto es lo que vi, lo que había en aquel lugar —dijo el pobre cuando vio el dinero.

—¡Ah diantre! ¿Por qué? Sí es dinero —dijo el vecino. Y vino hasta la casa del pobre a reclamar.

—Entréguenmelo, yo soy quien lo fue a traer.

—¿Por qué? ¿Qué te encargamos que fueras a traerlo? Nosotros íbamos a ir por él.

—Voy a ir yo, pensé al oírlo contar, y por eso me fui. Ahora, entréguenme tantito.

—No. No te pedimos que fueras hasta allá; nosotros íbamos a salir cuando amaneciera. Tú te adelantaste y fuiste por él, pero nadie te encomendó que lo hicieras.

Le dio vergüenza y se regresó a su casa. Dicen que se fue.

Así termina el cuento de este pobre flojo. (*mixteco*)⁷⁷

¿QUÉ YA TE SABES ese cuento de “cuando Dios me quiera dar, a la casa me lo va a llevar”? Pues, te lo cuento, entonces.

Son dos compadres. Uno es muy trabajador. Todos los días va al campo. Trabaja su pedazo, trae su leña. Nunca está sentado nomás. El flojo no quiere trabajar nunca. Ése no va al campo, no siembra su milpa, no trae leña. Puro está acostado en su hamaca.

Todos los días su mujer está diciendo:

—¡Anda, flojo, levántate! Vete al campo como tu compadre. ¡Roza tu pedazo y siembra tu milpa! ¡Trae algo de leña! ¡No seas tan flojo! ¡Levántate!

Pero el flojo siempre contestaba: —¡Cállate, mujer! Aquí me quedo. Cuando Dios me quiera dar, a la casa me lo va a llevar.

Pero la pobre mujer se enfadaba de ver ese flojo nomás acostado, porque ella tenía que traer toda la leña, toda el agua. Ella trabajaba de la gente para mantener a ese flojo. Por fin, un día dijo:

—Ahora sí. Ya no te aguanto más. ¡Anda! ¡Levántate! Ahora sí, te vas con tu compadre a trabajar. Él se va por aquel lado a rozar. Agarra tu machete. Ten tu taco. Ahora, ¡anda y vete!

Y lo echó de la casa.

—Aah, que vieja —le decía él—. ¿Qué no te he dicho, “Cuando Dios me quiera dar, a la casa me lo va a llevar”? En balde voy al monte a rozar. No me cae bien el trabajo. Pero de todos modos, tuvo que ir porque la mujer estaba bastante enojada. Por eso se fue con su compadre. Pero una vez que ya llegaron a donde iba rozar el que era trabajador, el flojo hizo una casita —un techito, nomás, para sombra— y tendió su hamaca. Allí se acostaba todo el día. Al otro día, llevó una olla vieja. Ahí al rincón la puso. Eso va hacer su excusado. Era de una vez flojo, aquel.

Todos los días estaba trabajando el compadre. Pero este flojo no rozó ni un pedacito. Su compadre le decía:

—Anda, compadre, levántate a trabajar. ¿No ves que ya está pasando el tiempo? Ya mero es tiempo de sembrar. Si no vas a rozar pronto y no vas a quemar la roza, entonces no vas a poder sembrar tu milpa. Pero él nomás contestaba:

—Deja de eso, compadre. Yo no voy a rozar. Cuando Dios me quiere dar, a la casa me lo va a llevar.

Y nomás quedaba sentado bajo su techito. Algunos días después, cuando el compadre había sembrado su milpa, el flojo ya no fue. Entonces el compadre trabajador vino a decirle:

—Allí donde fui a rezar, vi una olla de dinero. ¿Qué no vas a traerla?

—Cuando Dios me quiera dar, a la casa me lo va a llevar —contestaba el flojo.

Se enojó mucho el trabajador, por la flojera de su compadre. Él estaba pensando en la olla que le había visto usar al flojo como excusado. Entonces fue a traerla con mucho cuidado. Ya estaban durmiendo sus compadres, cuando fue a ponerla mero en la puerta de la casa, de manera que cuando alguien abriera la puerta, se iba a caer la olla dentro de la casa y tirar toda esa suciedad adentro. “Ahora, a ver si va a decir, cuando Dios me quiera dar, a la casa me lo va a llevar”, pensó él. Al otro día tempranito le agarró la necesidad al flojo y corriendo salió afuera. Al jalar la puerta, se cayó la olla para adentro y se rompió.

Todo lo que estaba dentro de la olla se regó sobre el piso de la casa. Cuando regresó el flojo, luego agarró su ocote a ver qué cosa es lo que cayó cuando él salió. Pues allí estaba montón de monedas de oro. Luego despertó a su mujer.

—¡Mira, tú! ¿Qué no te he dicho mil veces? Y tú me estás regañando diario. ¿Ya ves? Tal como te dije, así está. Cuando Dios me quiera dar, a la casa me lo va a llevar. Ésta ha de ser la olla que dijo mi compadre. Ha de ser que él me la trajo. Anda lleva

una jícara grande de ese oro a mi compadre y le das las gracias.

Luego se fue la mujer. Pues, apenas estaba amaneciendo cuando habló al compadre: —Compadre, compadre. Aquí te manda esta jícara tu compadre. Muchas gracias que nos trajiste la olla de oro.

“¡Qué oro, ni qué oro!”, pensaba el compadre. Se levantó y abrió la puerta. Ahí está su comadre con una jicarota de monedas de oro. Luego se fue a ver donde está la casa de su compadre. Ahí está la olla vieja. Tal como pensó él, se había caído adentro y se rompió por completo. Pero en lugar de suciedad que hubiera regado, era puro oro.

—¿Ya ves, compadre? Tú también siempre me estas regañando y molestando para que yo vaya a trabajar. ¿Qué no te he dicho que cuando Dios me quiera dar, a la casa me lo va a llevar? (*mixe*)⁷⁸

Juan loco es un personaje que de ninguna manera podría ser emulado ni ensalzado: su historia es un puro recuento de estropicios —incluidos los equívocos lingüísticos. El que su nombre sea Tonto José, en español, el que se de una confusión entre la *puerca* y la *puerta* o el hecho de que el engañado sea un cura y los robados sean ladrones coloca la conducta transgresora fuera de la comunidad, lo cual la transforma en una especie de revancha cultural: lo externo es incivilizado, bárbaro y disparatado: por lo tanto, puede transgredirse.

EN UN PUEBLO vivían dos hermanos: el más grande se llamaba Pedro y el más chico se llamaba Juan. Un día Pedro le dijo a su hermano:

—Juan, vete a limpiar la milpa. ¡Pero la limpias bien!

Al día siguiente Juan se fue a la milpa. Llegando comenzó a trabajar; también cortó todo el maíz; no dejó nada. En la tarde regresó a su casa; al llegar, su hermano le preguntó:

—¿Trabajaste como te dije?

—Sí.

—Bueno, mañana iré a ver tu trabajo.

Al otro día, Pedro le dijo a su hermano:

—Yo me voy a trabajar hoy. Tú, bañas a la abuelita, matas una gallina y comes con la abuelita.

—Sí —contestó Juan.

Cuando salió su hermano, Juan puso una olla con agua en la lumbre, sentó a su abuelita en un banco y cuando hirvió el agua se la echó encima. La vieja murió. Juan ya no mató a la gallina.

Entonces ensilló un burro, montó a la abuelita en el burro y se fue a la milpa de

una persona. Al entrar en la milpa el dueño empezó a gritar, agarró unas piedras y se las aventó. Pero no le tocaron al burro sino a la abuelita. Una le dio en la cabeza. —¡Ya mataste a mi abuelita! —gritó Juan.

El dueño de la milpa tuvo mucho miedo; le dijo a Juan:

—No me vayas a demandar, ahorita te doy dinero.

Y le dio mucho dinero.

Cuando Pedro regresó y vio que no estaba su abuelita, preguntó por ella.

—Ya murió —le dijo Juan—, la gente la mató a pedradas, pero nos dieron mucho dinero; es que la abuelita tenía mucho frío y la había llevado a calentarse.

Así fue como Juan el loco terminó con su abuelita. (*mixe*)⁷⁹

EL TONTO JOSÉ vivía con su hermano y con su madre, ya vieja. Su padre había muerto. El hermano mayor de José era comerciante y salía mucho. La madre estaba enferma y el mayor era el único que trabajaba para mantener a la familia.

Bueno. El hermano de José lo llamó:

—¡José!

—Sí, hermano.

—Mira, voy a buscar a ver qué trabajo consigo, cuando menos para comprar la medicina de mi madre que está enferma.

—Sí, hermano.

—Tú te quedas acá, la cuidas, le das de comer.

—Sí, hermano. No te apures, aquí voy a estar.

Y así llegó el día en que se iba a ir. Llamó a su hermano.

—José, ven acá.

—Sí, hermano.

—Bueno, ya me voy. Te quedas aquí y bañas a nuestra madre. Pero fíjate bien que el agua esté caliente.

—Sí, hermano. No te preocupes, la voy a bañar.

—¡Pero, acuérdate!

—Sí, sí, hermano. No te apures por nada. Voy a estar pendiente.

—Bueno... y también nuestra milpa, que está creciendo muy bien. Cuando llueva, desyerbas. No te distraigas, no se te vaya a olvidar.

—Sí, hermano, voy a desyerbar. Vete sin preocupación.

Así fue. El hermano se fue y el tonto José quedó. La mamá empeoraba y José contaba los días para que regresara su hermano.

Mientras, José bañó a su mamá. Calentó el agua, pero estaba muy caliente: estaba hirviendo. Como tenía que sentar a la mujer para bañarla, la metió al agua. La vieja

hizo muecas y peló los dientes. Murió y quedó con ese gesto. Al verle la cara, el tonto José pensó que estaba contenta y que le gustaba el baño. Pero ¡la había matado! Después del baño, la sentó en la casa. Como parecía que iba a llover, José se acordó de que su hermano le había dicho que desyerbara. Pensó: “Mejor meto el maíz antes de que llueva”. Arrancó todas las matas y las guardó en la casa; como no cabía todo, lo apiló en el techo.

Al otro día llegó el hermano mayor y lo primero que hizo fue preguntar por su madre.

—José.

—Sí, hermano.

—¿Bañaste a nuestra madre? ¿Cómo está?

—Está bien, hermano —dijo José—. Allí está dentro, riéndose: le gustó el baño.

—Bueno, bueno —dijo el hermano mayor, y entró a verla.

Allí estaba, muerta, con los dientes pelones.

—Ah, ¡pendejo! —dijo el hermano mayor—. ¡Mira lo que hiciste! ¿Qué fue lo que te recomendé? Ya mataste a nuestra madrecita.

—¿Cómo que la maté si se está riendo? —dijo José.

—¿Riéndose? ¡Hijo de la chingada!, está pelando los dientes por la quemada. ¿Qué te recomendé?

—No te apures, a ver qué puedo hacer.

—Lárgate, quítate. Ve a ver cómo haces para enterrarla.

—No te apures, yo me ocuparé de todo —dijo José—. La vamos a enterrar y hasta le vamos a hacer su misa.

José acomodó a su mamá y se la llevó cargando hasta donde estaba el cura. Llegó a la iglesia y dijo:

—Padre.

—Sí, hijo.

—Le traje a mi madre. Está muy grave y quiero que la confiese.

—Sí, hijo. Un momentito, nada más termino con esto.

José esperó y el cura le dijo: —Siéntala allí para que la confiese.

El tonto José la sentó en una silla, obedeciendo, y tuvo buen cuidado de acomodarla para que no cayera, porque estaba muerta.

Al rato llegó el cura y le preguntó si ya la había sentado.

—Sí, padre, ya está lista.

—Bueno —dijo el cura, metiéndose al confesionario.

—Dime tus pecados, hija.

No le contestaba. Sólo le sonreía, enseñándole los dientes.

—Dime tus pecados, hija. Dime tus pecados, viejita.

Como no le contestaba, el cura se enojó y le dio una cachetada que la tumbó al piso con gran estruendo.

Apenas lo vio, a José se le ocurrió culpar al cura por la muerte de su madre. Corrió y le dijo:

—¡Ya mató usted a mi madrecita querida! ¡Ya la mató, señor cura! —gritaba—. Voy a denunciarlo con la autoridad, voy a juzgarlo por su muerte.

—No, hijo, no —dijo el cura, de veras asustado, tratando de calmar a José—. No hijo, no digas nada, yo la entierro. Tú no te apures por nada. Yo la entierro, yo me encargo de los gastos. Vamos a cantarle su misa.

Al final, el cura convenció al tonto José de no decir nada y le dio dinero para el entierro. Lo acompañó por la caja.

—Ya verás que vamos a hacerle un buen entierro.

Eso fue lo que hicieron, y José estuvo conforme pues era él quien la había matado, no el cura. Fueron por su caja y el cura le hizo una misa nomás para ella. José enterró bien a su madre y estaba contento.

Regresó a su casa y le dijo a su hermano:

—Te lo dije, hermano: nuestra madrecita tuvo un buen entierro y su misa.

—¿Y crees que hiciste bien, pendejo?

—Pues sí.

—¡Quítateme de enfrente, cabrón! No quiero ni verte. ¿Y qué pasó con el maíz? ¿Desyerbaste?

Ni caso había hecho del maíz antes, porque estaba muy afligido con lo de su madrecita. —¿Desyerbaste?

—Sí, lo guardé todo. Lo que no cabía aquí lo puse en el techo.

—Aah, ¡pendejo!, no te dije que lo arrancarás —le gritó—. Te dije que desyerbaras, no que arrancarás. ¿Qué vamos a comer ahora? Eso era lo que íbamos a comer. ¿Qué vamos a comer sin milpa? Mierda es lo que vas a comer. No te quiero ni ver por aquí.

—Pero tú me dijiste que desyerbara...

—No, te dije que arrimarás la tierra y que arrancarás la yerba. Ahora, lárgate con todas tus pendejadas, no quiero ni verte.

Pero el tonto José no quería irse, andaba detrás de su hermano. Al verlo, su hermano le dijo:

—Tras tanta pendejada, ¿qué vamos a comer ahora? Vamos a buscar trabajo, y ahora tú te vas a mantener solo, ya no voy a pagar tus cuentas. Cierra bien la casa y vámonos.

—Sí, hermano, voy a amarrarla bien —encontró un buen mecate, le dio varias vueltas a la casa y trató de cargarla. Cuando el hermano vio que estaba amarrando la

casa le preguntó: —¿Qué haces, pendejo? No te dije que amarraras la casa: ¡la puerta!, amarra sólo la puerta, no la casa.

Entonces José arrancó la puerta, la amarró y se la echó en la espalda.

Cuando el hermano volteó y lo vio, ya mejor ni le dijo nada, lo dejó por la paz, pensando: “Ese pendejo, a ver a dónde llega con su carga”.

Salieron al camino. El hermano mayor iba delante con su ayate y el tonto José lo seguía con la puerta. No dijeron nada. En la noche llegaron al bosque, que es peligroso porque hay muchos animales.

—Aquí nos vamos a quedar, José, porque ya es de noche y es peligroso seguir, por los animales feroces. Vamos a subirnos al árbol para estar seguros. No hay otro lugar donde guarecerse.

Subió y José trepó tras él con su puerta. A media noche llegaron unos ladrones y pusieron una mesa enorme. Echaron allí todo el dinero que habían robado, para repartirlo. El tonto José y su hermano estaban arriba, viendo. Pero José se estaba cansando de cargar la puerta.

—Hermano.

—¡Cállate!

—Hermano, ya no aguanto. Voy a soltarla.

—Te dije que te callaras. Si los ladrones nos oyen nos van a matar. ¡Cállate!

—Ay, voy a soltarla, no aguanto.

Al final no pudo más y la soltó. Cayó en medio de la mesa, con gran fuerza y ruido.

—Eeee —corrieron los bandidos asustados, dejaron todo el dinero, no regresaron.

Tras un rato aclaró y los hermanos bajaron con cautela. Vieron la mesa.

—Mira todo el dinero que hay allí. Hermano, hay mucho. Y eso que apenas es el pago por la puertita, ¿te imaginas si nos hubiéramos traído toda la casa? (*otomi*)⁸⁰

Aquí, ambos hermanos son o locos o tontos, ya que suben la puerta al árbol entre los dos.

DOS HERMANOS VIUDOS que no tenían ya a nadie en casa, decidieron un día irse de su pueblo. Se fueron cargando la puerta de su casa y caminaron así muy lejos. Ya de noche, vieron que no habían llegado a ningún lado y tuvieron que pasar la noche en el camino. Pensaron: “¿Qué tal si viene gente mala? Mejor subimos a un árbol”. Había allí una higuera y subieron al árbol con la puerta. Estaban subiendo por las ramas, el uno cargando la puerta mientras el otro la sostenía desde arriba. De repente llegaron muchos hombres que pusieron allí en el monte luces y mesas, estuvieron de fiesta debajo del árbol. Los hermanos estaban arriba con la puerta y el

que la estaba cargando se cansó, ya no pudo aguantar. El que estaba sosteniendo la puerta desde arriba le dijo:

—No dejes caer la puerta, nos van a matar estos hombres. Haz una suciedad.

Hizo lo así y cayeron los excrementos en la mesa de la fiesta. Dijeron los hombres:

—Ya cayó el pan del cielo.

El hombre que estaba cargando la puerta decidió orinar y la gente de abajo dijo: — Ya cayó el agua del cielo — y comieron y bebieron esos regalos del cielo. Ya no pudo cargar la puerta el hombre y la soltó. Se espantaron todos los que estaban debajo del árbol y huyeron dejando la comida y su dinero sobre la mesa. Los dos hermanos bajaron del árbol y tomaron todo el dinero que estaba en la mesa y así se hicieron ricos. Eran pobres antes. (*teenek*)⁸¹

Juan loco se mezcla también con cuentos de los adivinos, otros tramposos comunes, también llamados *saurinos*.

JUAN VIVÍA con su madre anciana, pero la señora estaba muy enferma. Entonces Juan fue a preguntarle a otra señora muy vieja cómo podría curar a su madre. La vieja le dijo que debía bañar a su madre con agua bien caliente. Juan fue a su casa y puso agua a calentar hasta que el agua hirvió. Entonces bañó a su madre con el agua hirviendo y se murió; abrió la boca y se le veían los dientes. Pero Juan decía: —Ya está mejor mi mamá, está acostada y se está riendo.

La gente pasaba y le preguntaba cómo estaba su mamá; Juan les respondía que ya estaba mejor. Entonces la gente le dijo que ya estaba muerta, que mejor la enterrara. Cuando escuchó esto Juan preguntó cuál animal era el que le tocaba de herencia. Se lo dijeron, cogió su animal y se fue a venderlo. Pero cuando salía del pueblo, le dijeron que no se quedara a dormir en un llano que había allí. Juan se fue, llegó al llano y se preguntó: “¿Por qué no dormir aquí?”, y se acostó a dormir.

Cuando amaneció, Juan estaba solo, porque su animal estaba muerto. Allí se quedó sentado cuidando su animal muerto, hasta que llegaron los zopilotes a asomarse para ver a su animal muerto. Cuando los zopilotes bajaron, Juan agarró a uno y se preguntó: “¿ahora qué haré con éste?”

Pero igual cogió al zopilote, lo amarró de una pata y se lo llevó. La gente le preguntaba qué animal era el que llevaba allí y Juan contestaba:

—Éste es el pájaro *ni t'ia*: animal adivinador.

La gente le preguntaba cómo adivinaba el pájaro, y Juan les decía que si alguien había perdido algo, el pájaro adivinaba quién lo había robado.

Entonces un señor le dijo que se lo vendiera y Juan le dijo que podía vendérselo,

pero que costaba quinientos pesos. El señor dijo que estaba bien, que le iba a dar los quinientos, pero que antes tenía que averiguar si el animal servía para adivinar. Juntos se fueron caminando hasta llegar a un lugar donde estaban unos señores que llevaban mucha carga, llevaban cargas sobre unas bestias. Entonces Juan se puso a revisar las cargas, sin que lo viera nadie, y vio que había dinero dentro de los cargas. En ese momento el señor que lo acompañaba dijo:

—Ay, perdí mi dinero, ¿dónde estará?

Entonces Juan hizo que el zopilote señalara el lugar donde estaba el dinero, y el zopilote señaló el lugar. Así adivinó el zopilote y el señor se decidió a comprarlo. (*chatino*)⁸²

LES SUCEDIÓ a dos hombres que se les extraviaron sus reses. No las localizaban.

En cierta ocasión, uno de ellos se encontró con el zopilote José que estaba sacándole el ojo a su vaca.

Comía el zopilote. El hombre exclamó: —Ay, pe..., si el zopilote se come mi vacada. El zopilote no pudo emprender el vuelo; tomándolo, lo amarró a un árbol. Al amarrar el zopilote quería irse, intentaba elevarse, casi lo lograba.

El hombre lo amenazó:

—No te marcharás hasta que confieses por qué le sacaste un ojo a mi res.

—Como vi que ya estaba echada, ¡se lo saqué! Hubiera sido una lástima que cargara inútilmente con el sufrimiento. Por eso se lo saqué.

—Bueno, si fue por eso... Se me perdió mi ganado y tienes que decirme dónde se encuentra. Tú habrás visto en dónde se encuentra. Tú habrás visto dónde está. Al ir en busca de tu comida, seguramente viste en qué sitio se hallan nuestras reses.

—¡Caramba, pues es verdad! De acuerdo, pero tienes que dejarme ir.

—Te soltaré, pero voy a quedarme con dos plumas de tus alas, y con dos de tu cola. Te las devolveré a tu regreso. El zopilote se fue.

Se elevó.

Voló.

Sin entretenerse se dirigió a donde estaba más espeso el monte. A su regreso, le comunicó que allí estaban las vacas, unas cinco o seis, y que habían parido bastantes hijos.

—Todas tienen buenas crías. También tienen un buen semental. Hay una laguna donde beben agua. Vete directo por ese lado. Vas a ir en esa dirección —le indicó el zopilote.

—Bueno. Ven por tu cola; ven por tus alas.

¡Cómo es posible!, cuando se acercó por ellas lo agarró y lo amarró a un tronco. Le dijo:

—No te soltaré hasta que lleguemos al lugar donde está el ganado.

—¡Ah, no!, convinimos en que sólo te lo señalaría, y me devolverías mis plumas. Ya me voy. Tengo mucha hambre.

—No. Me prepararon mi comida; ahora mismo te daré.

Fue inútil, no bajaba de donde estaba amarrado. Entonces le ofreció un pedazo de carne de gallina, y bajó. Se quedó allí amarrado.

Mientras el hombre fue a buscar su ganado. Lo encontró. Había bastantes crías de vacas y un buen macho. Los hijos de la vacada eran sementales finos.

—Gracias, muchas gracias, José. Salió muy cierto lo que me dijiste. Muchas gracias. Ahora que ya he recuperado mi ganado, ¿cuánto te debo?

—No te pido ninguna paga, sólo que me dejes en libertad.

—No te soltaré. Por aquí vive un patrón al que hace mucho se le fue su vacada, irás a encontrarla.

—Bueno.

Se lo avisó al patrón. El hombre le dijo :

—Verás, acá traigo a este animal que se ha alimentado mucho con nuestros animales. Él fue a buscar mi ganado y también irá a buscar el tuyo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Sea.

Se fue como le habían dicho al patrón que se iría; rápido encontró el ganado del patrón. Después de eso hicieron un trato: el hombre le cambió el zopilote al patrón por una finca cafetalera y no pagó ni un centavo.

Tras entregar el cafetal, el patrón amarró al zopilote. Éste le suplicó:

—¡Suéltame, no me iré! No tengas miedo de que me vaya. Suéltame.

—Humm... De acuerdo.

Lo dejó en libertad el patrón que ahora era su dueño, porque pagó por él una finca cafetalera a quien antes lo había apresado. ¡Malhaya!, en el momento en que lo dejó en libertad, se marchó, José huyó rápido. El patrón fue a avisar de la huida.

El hombre le replicó:

—A mí no me importa. Cerramos un trato. ¿Qué le vamos a hacer? Ni perderé yo ni tú. Si no quieres dejarme la finca, entrégamelo... Ese animal no quiere vivir en tu casa, ya se acostumbró conmigo. Tú dijiste que te lo ibas a llevar. Pues entrégamelo, o no te devuelvo tu café.

—¡Ah, no!, de quitártelo, no te lo voy a quitar; pero al menos quedemos contentos: dame algo de dinero.

—Eso estaría bien, pero no tengo. Si aceptas, te entregaré dos vacas.

—Pues... ¡con todo gusto! ¡Qué remedio!, ya ni modo.

Sin ningún esfuerzo ganó el hombre; por haber atrapado a José se quedó con una

finca cafetalera. Muy rico quedó. (*tojolabal*)⁸³

Juan adivinador y los cuentos de hechiceros tramposos son frecuentes también en la tradición oral mestiza, muy abundantes en español.

UN HOMBRE, cuando se casó, no trabajaba. Su mujer le mantenía. El nomás compró un libro, decía que estaba estudiando. Pero no aprendió nada, porque no conocía el papel, no conocía la letra. Entonces su mujer le decía:

—¿Por qué no trabajas?

Contestaba él:

—Ya mero voy a poder trabajar.

Tenían un compadre ahí donde su esposa iba a trabajar. Tenía un guajolote macho. El hombre fue a robar el guajolote y lo fue a amarrar; en una casa vacía lo fue a dejar. Entonces le dijo a su mujer:

—Vete, dile a tu compadre que aquí estoy. Yo le diré dónde está su guajolote, pero nomás que me pague diez pesos.

Y su mujer fue a avisar a su compadre. Entonces su compadre dijo:

—Vete a llamar a mi compadre, que venga.

Y fue el hombre a donde estaba su compadre. Cuando llegó allí, avisó a su compadre dónde estaba su guajolote. ¡Si él mismo lo fue a amarrar allá!

Y así ganó su primer dinero: diez pesos.

La segunda vez, echando mentiras, escondió las bestias del rey sacándolas de donde estaban durmiendo los mozos del rey. Cuando amaneció, no estaban los animales por ninguna parte: ni uno. Y comenzaron a buscar pero no los encontraban. Entonces se decían, uno a otro: —¿Cómo vamos a hacer?

—La gente dice que hay un hombre allí que es adivinador. ¿Vamos a verlo?

Y se fueron todos. Cuando llegaron donde está el hombre, allí estaba en su corredor. Y saludaron y le preguntaron:

—¿Que no puedes saber a dónde se han ido nuestros animales?

Entonces contesta el hombre:

—Si me pagan quinientos pesos, vamos mañana; los llevo a enseñarles dónde están sus animales.

Cuando amaneció, salió con ellos y fue a mostrarles donde él mismo había puesto a los animales. Entonces le pagaron. Estaba engañando mucho, por todos lados.

Y también sucedió que el rey perdió su anillo. Las criadas lo escondieron. Entonces vinieron varios adivinadores, pero ninguno lo encontró. El rey supo que allí por otro pueblo había un adivinador. Y le llegó la palabra al hombre de que el rey le

quería ver. Cuando iba salir, le dijo a su mujer:

—Aquí nos encontramos si regreso; si me mata la gente del rey, ya no nos veremos. Entonces su mujer le dijo:

—Vete, adivinador de la mierda, ¡la mierda vas a adivinar!

Salió el señor con miedo. Cuando llegó donde está el rey, lo encerraron en la cárcel, porque el rey iba a matar a los tres días a todos los que decían que eran adivinadores, porque todavía no podían hallar su anillo.

Entonces una de las criadas que había escondido el anillo le llevó su almuerzo. Cuando la vio, el hombre dijo:

—Ya llegó el primero, faltan dos más.

Cuando la mujer oyó que dijo así, entonces avisó a sus compañeras, a las otras dos:

—¡Ahora sí vino un adivinador! Así dijo: “otros dos faltan”.

Y fue la segunda mujer con la comida. Cuando la vio, entonces dijo:

—¡Ay Dios! Ya está el segundo, falta otro.

Cuando regresó ella, entonces avisó a su compañera:

—Cuando vayas, luego le avisas que nosotros lo tenemos para que no nos vaya a acusar con el rey.

Y cuando fue la tercera, entonces le dijo:

—Nosotros tenemos el anillo. No le avises al rey.

Entonces el hombre contestó:

—Si no me hubieran avisado, iba yo a acusarlas con al rey. Pero si no le digo, ¿cuánto me pagarán?

Entonces la mujer contestó: —Le damos trescientos pesos porque somos tres.

Y el hombre dijo: —Vete a dárselo en masa al pavo real y le quiebras su ala.

Y la mujer fue a hacerlo así. Entonces, cuando el rey lo sacó de la cárcel, le preguntó:

—¿Qué, puedes adivinar dónde está mi anillo?

Y contestó el hombre: —Si me da dos mil pesos, ahorita mismo te lo digo.

Entonces el rey dice: —Ahora te los doy.

Entonces el hombre dijo: —Vete a agarrar el pavo real más grande, el que tiene un ala lastimada y mátalos para que veas en su buche. Allí lo tiene.

Y el rey agarró el animal y lo abrió y encontraron el anillo: en el buche del animal estaba. Entonces dijo el rey: —¡De veras, ése sí es adivinador!

Y le pagó. Entonces le dijo:

—Ahora comeremos todos, hasta los presos.

Entonces fue el rey y cagó en una olla y la amarró muy bonito: con un buen trapo, y la puso en medio de la mesa. Cuando llegó la comida, entonces llamó a todas las gentes y se sentaron a la mesa. Cuando se acabaron de sentarse todos, el rey dijo:

—¿Quién me adivinará qué cosa está dentro de la olla?
Y toda la gente pasó pero ninguna adivinó. Nomás quedaba aquel que había dicho dónde estaba el anillo. Entonces decía aquél:
—Señor rey, cuando salí de mi casa, mi mujer me dijo, “adivinator de la mierda, ¡la mierda vas a adivinar!”
Entonces dice el rey:
—Tú de veras eres adivinator, porque es mierda lo que hay allí dentro de la olla.
Así es que el hombre salió bien y ahí termina el cuento. (*mixe*)⁸⁴

Los cuentos absurdos, las pruebas y faenas disparatadas se cuentan cuando los oyentes deben desvelarse: en entierros, faenas, travesías, pues es bien sabido que la risa despierta.

HACE TIEMPO había tres hermanos. El mayor le dijo a su abuela:
—Abuela, voy a buscar trabajo.
—Pero, hijo, ¿a dónde vas a ir? Podemos vivir del hilo de henequén que torcemos
—le dijo la vieja tratando de desanimarlo. De todos modos se le preparó pozole para el viaje.
Al día siguiente se puso en marcha. Tiempo después sintió hambre y se detuvo en un lugar donde el camino se dividía en dos. En eso oyó el llanto de un niño. Guardó rápidamente el pozole que iba a prepararse y vio asomarse a una señora con un niño. Cuando ésta llegó junto al muchacho le pidió:
—¿Tienes algo para que coma el niño?
—¿Cómo voy a tener? Ni para mí tengo, ¿crees que voy a tener para regalarte?
—Está bien —dijo la señora. Y siguió su camino.
El muchacho se levantó y continuó su viaje. Después de un tiempo llegó a un pueblo donde vivía una viejita a la que llamaban mamá-abuela. Cuando llegó a casa de ésta, la llamó. La vieja le dijo:
—Entra, nieto, entra. ¿Qué haces?—. El muchacho entró.
—Ando buscando trabajo.
—¡Ah! Allí con el rey hay trabajo; si quieres voy a preguntar.
—Bueno —dijo el muchacho.
La viejita fue a casa del rey a preguntar si había trabajo y le dijeron que sí había.
—Hay de todo: *chapear* el jardín y el huerto, de todo... hasta cuidar a un chiquito.
El muchacho fue a casa del rey. Cuando llegó le preguntaron:
—¿Qué quieres?
—Pues ando buscando trabajo.

—Aquí hay trabajo —le dijo el rey—; el que quieras: desde chapear el jardín o el huerto, hasta cuidar al chiquito.

—Está bien, voy a cuidar al chiquito—. Y le dijeron las condiciones: el que se enoja pierde.

—Está bien.

Al otro día ya estaba trabajando. A la hora de la comida el chiquito dijo que tenía ganas de ir al patio. Mandaron al muchacho al patio con el niño. Cuando regresó, ya habían terminado de comer.

A los dos días, el rey le preguntó: —¿Estás enojado?

—Pues, rey, ¿cómo no voy a estar enojado, si hace dos días que no como?

—Entonces ya perdiste —le dijo el rey.

Le cortaron una nalga y lo encerraron en un calabozo.

Ya para entonces, el segundo hermano quería seguir al mayor:

—Abuela, tengo que ir también; mi hermano ya ha de estar trabajando.

—Pero, muchacho, ¿a dónde vas a ir? Tenemos para comer con el trabajito que hacemos.

—Aunque así sea, me tengo que ir.

—Está bien, ni modo.

Le preparó su pequeño bastimento y se fue. Tiempo después llegó al lugar donde el camino se dividía en dos. Descansó para comer. En eso oyó el llanto de un niño. Cuando se asomó la señora pidiéndole, le dijo:

—¿Cómo voy a tener señora? Si no tengo para comer, menos para regalar.

—Está bien —dijo la señora y siguió su camino.

El muchacho se fue por el mismo camino que su hermano. Cuando llegó a casa de la mamá-abuela, ésta le preguntó qué andaba haciendo; él le contestó que andaba buscando trabajo.

—¿No sabes dónde hay trabajo?

—Sólo con el rey, ¿dónde más? Si quieres voy a preguntar.

—Está bien.

La abuela fue a casa del rey. Cuando llegó, le preguntó el portero:

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Qué quieres?

—Pues vine a decir que llegó a mi casa un joven que anda buscando trabajo.

—Aquí hay trabajo, dile que venga. Hay de todo: chapear el jardín... bueno, de todo: hasta cuidar a un chiquito.

—Está bien —contestó la abuela y se regresó.

Llegó a su casa y le contó al muchacho lo que se le había dicho.

—Trabajo hay, muchacho —le dijo.

—Está bien, voy a ir a verlo.

El muchacho fue a casa del rey. Al llegar, le abrieron las puertas y preguntó por él.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le dijo el rey.

—Vengo a ver si hay trabajo.

—Hay de todo, hasta cuidar a un chiquito.

—Pues cuido al chiquito —dijo el muchacho, pensando que sería lo más fácil.

—Está bien —dijo el rey—. Pero eso sí, el que se enoja pierde.

—Está bien.

Al día siguiente, a la hora del desayuno le entregaron al chiquito. Cuando ya estaba la mesa servida, el niño dijo que quería ir al patio. Mandaron al muchacho con el chiquito al patio. Cuando regresó, los demás ya habían acabado de comer: no le habían dejado nada.

Lo mismo sucedió a la hora del almuerzo, e igual a la hora de la cena. A los dos días de no comer, lo vieron enojado.

—¿Estás enojado, joven? —le preguntó el rey.

—Pues, señor rey, ¿cómo no voy a estar enojado si hace dos días que no como?

—Entonces ya perdiste —dijo el rey. Mandó que le cortaran una nalga y que lo encerraran en la celda donde estaba su hermano.

Cuando lo metieron en la celda le preguntó asombrado:

—¿Aquí estás tú también?

—Pues ya somos dos.

Para entonces el tercer hermano también se preparaba.

—Pues, ma', tengo que ir también. Mis hermanos ya han de estar ganando dinero ahorita —le dijo a su abuelita.

—Pero, muchacho, ¿a dónde vas? ¿Vas a dejarme sola?

—Pues no sé, pero tengo que ir.

Le preparó su bastimento y al otro día emprendió el viaje siguiendo el mismo rumbo que sus hermanos. Cuando llegó al punto donde el camino se dividía en dos, sintió hambre y se sentó a comer. En eso, oyó el llanto del niño, se acercó la señora con el niño en brazos y le dijo:

—Oye, joven, ¿tienes algo que regalarme para el niño?

—¡Cómo no! Hace rato me preparé. Cuando oí el llanto pensé que tendría hambre y le preparé un atolito.

Cuando el niño acabó de comer, la mujer dijo:

—Sigue el camino por donde vas, joven, tienes suerte.

El muchacho fue por el camino que tomaron sus hermanos. Llegó a la entrada del pueblo y fue a casa de la viejita. La abuela le preguntó qué andaba haciendo y él le dijo que buscaba trabajo.

—¡Aaah! —dijo la abuelita— fíjate que vinieron dos muchachos parecidos a ti. Creo son tus hermanos. El rey tiene trabajo, hay de todo.

—¿Quieres ver si tienen algo para mí?

—Claro que sí.

La viejita fue a casa del rey, y cuando llegó, dijo:

—Vine porque llegó a mi casa un muchacho que anda buscando trabajo.

—Mándalo, aquí hay trabajo.

La abuelita le dijo al muchacho que sí había trabajo y éste fue a casa del rey. Al llegar preguntó y le respondieron que sí había trabajo.

—Hay tres clases de trabajo: chapear el jardín, chapear el huerto o cuidar al chiquito —le dijo el rey.

—Me quedo a cuidar al chiquito.

—Sólo una cosa te digo, el que se enoja, pierde —le advirtió el rey.

—Está bien, rey, está bien.

Le entregaron al chiquito para que lo cuidara.

—Verás el modo de darle todo lo que quiera, de llevarlo a donde él quiera.

Al amanecer del día siguiente, el chiquito dijo que quería ir al patio cuando sirvieron el desayuno.

—Pues, joven, lleva al chiquito al patio.

El muchacho cargó la mesa con todo y comida, tomó al chiquito de la mano y lo llevó arrastrando al patio. Cuando llegó al patio, tiró al niño en un rincón y se sentó a desayunar. Cuando terminó su desayuno, tiró los trastes y la mesa y se regresó jalando al niño de las orejas.

Cuando llegó la hora del almuerzo y la mesa estaba servida, el chiquito dijo que quería ir al patio.

—¡Vamos, joven, vamos, lleva al chiquito al patio!

El muchacho volvió a cargar la mesa y, arrastrando al chiquillo de los cabellos, salió al patio. Al llegar al fondo del terreno, aventó al niño y se sentó a comer. Cuando terminó, agarró al niño de las orejas y lo trajo arrastrando. La reina le dijo al rey:

—Vas a ver, nos va a pesar. Creo que este muchacho nos va a matar al chiquillo.

—No le hace, nosotros le tenemos dadas las condiciones —dijo el rey.

—Lo que has de hacer es pasarlo al rancho; si no, nos va a matar al chiquito.

Al otro día el rey mandó llamar al muchacho y le dijo:

—Pues, joven, el chiquito ya creció; ahora vas a tener que ir a trabajar a mi ha-

cienda, donde hay muchos esclavos.

—¿Estás molesto? —le preguntó el muchacho.

—No, no, sólo que ya creció el chiquito y te vas a pasar a la hacienda.

Al día siguiente lo llevaron a la hacienda. Vio que había de todo: fruta, miel, animales.

—¿Y les dan miel para que coman? —les preguntó a los esclavos.

—No.

—Pues mañana traigan sus hachas para que corten los árboles donde está la miel para que coman un poco —les dijo el muchacho.

Cuando amaneció, los esclavos fueron y cortaron los árboles donde estaba la miel y se amontonaron para comerla. En un día se acabaron toda la miel del rey. Cuando terminaron, el muchacho les dijo:

—Bueno, muchachos, como ustedes no pueden ver desde lejos cuando viene al rey, aunque suban muy alto, mañana vamos a tumbar los árboles para que los puedan ver el rey y la reina cuando vengan, y ustedes a ellos.

—Está bien —dijeron los esclavos.

Al día siguiente los esclavos tiraron los árboles frutales del rey. El muchacho les preguntó:

—¿Les dan de comer carne?

—No —contestaron todos.

—Pues desde ahora todos los días comeremos res —y añadió: —mañana le enviaré un mensaje al rey para que venga.

Cuando el rey fue a la hacienda vio que desde el rancho podía verse su palacio.

—¡Ave María! —dijo la reina—. ¿Ya viste lo que hizo? Te va a hacer enojar.

—No.

El muchacho le destruyó la hacienda para que se enojara y perdiera, pero el rey no se enojó.

—¿Sabes qué? —le dijo la reina—. ¿Te acuerdas del cenote aquel? Vamos a llevarlo a pasear allí y cuando se duerma lo tiramos al agua.

—¿Será? —dudaba el rey.

—Sí —contestó la reina.

El rey llamó al muchacho y le dijo:

—Mañana temprano ensillas tres caballos: uno para la reina, otro para mí y un tercero para ti.

Al otro día muy temprano ya tenía listos los caballos, pero hizo lo contrario de lo que le habían ordenado: el caballo más bonito, que era para el rey, lo tomó para él. Se quedó también con la silla más bonita. A la reina y el rey les dio caballo flacos. Cuando les entregó los caballos, el rey dijo:

—Éste no es el mío.

—Sí, ya lo sé, pero éste es el que voy a montar.

—Pero ése es el mío —dijo el rey.

—Pues es que yo lo voy a montar, ya te dije: y si estás molesto, dímelo.

—No, eso no —dijo el rey.

—Pues vámonos —ordenó el muchacho.

Los caballos del rey y la reina iban adelante. Para que caminaran más rápido el muchacho les iba pegando y a veces les pegaba a los reyes.

—Muchacho, no me pegues —dijo el rey.

—¿Te estás enojando?

—No, eso no.

—Entonces sigan.

Ya casi se había ocultado el sol cuando llegaron hasta el cenote. Descansaron, comieron y, como estaba cansada, la reina se acostó a dormir. Cuando el muchacho oyó que roncaba, se levantó, cambió su ropa con la de la reina y también la hamaca. Al rato, hizo como que despertaba y le dijo al rey:

—Gran diablo, despierta, ya se durmió el muchacho.

—¿Ya?

—Ya —dijo el muchacho fingiendo la voz todo el tiempo.

Descolgaron la hamaca.

—Mécelo bien para que tome impulso —dijo el rey.

¡Pram! La echaron al cenote. Al rato de estar parados en la orilla, el muchacho le dice al rey:

—Señor rey, ya tiraste a tu esposa al agua.

—¡Pero muchacho!, ¿era mi esposa?

—Pues sí, mírala. ¿Estás enojado, rey?

—Pero, muchacho, cómo no voy a estar enojado. Mira cuántas cosas me has hecho: casi matas a mi hijo, te comiste mis reses, destruiste mi huerto y mis abejas, hiciste que echara a mi esposa al cenote. ¿Cómo no voy a estar enojado?

—¡Ah, pues ya perdiste, rey!

El rey le entregó sus propiedades al muchacho, dejó de ser rey. Cuando el muchacho llegó al palacio, comenzó a recorrerlo y llegó a la celda donde estaban sus hermanos.

—Pues, hombre, ¿están aquí?

—Aquí estamos, hermanito.

—¡Hum! No supieron hacerlo, salgan de ahí. De ahora en adelante esto es mío y de ustedes. (*maya*)⁸⁵

UN MUCHACHO vivía con su tío y en la casa tenían un guajolote. Llegó la fiesta y el muchacho dijo:

—Voy a ir a vender el guajolote para gastar el dinero en la fiesta.

—¿Para qué lo vendes, no lo vas a ocupar cuando te cases?

No caso hizo, agarró al animal, lo envolvió en un ayate y tomó el camino que llevaba a la fiesta. Iba por el cerro y allí nada más adelante le salieron unos hombres:

—¿A dónde llevas ese guajolote?

—Voy a la fiesta, a tal pueblo.

—Ah, entonces debes llevar dinero. Entrégalo, somos asaltantes. Si no lo das, te pegamos.

—No llevo dinero, llevo a vender este guajolote, es todo lo que traigo.

—¡Qué venderlo, trae para acá! Al jefe le va a gustar, le va a alcanzar para comer tres días.

Les rogó mucho para que no se lo quitaran, pero los ladrones se lo arrebataron y regresaron a la sierra.

El muchacho regresó muy preocupado, llegó a su casa. Le preguntó su tío:

—¿Por qué volviste? Dijiste que tardarías. Y el guajolote, ¿lo vendiste?

—Ya no me dieron ganas de ir, aquí cerca lo vendí; me dijeron que luego me daban el dinero.

Y se quedó en su casa, pensando con coraje: “Me quitaron el guajolote pero no saben que me la van a pagar cara. Me van a dar tanto dinero como plumas tiene ese pobre animal”. Le dijo a su tío:

—Quiero que me consigas un vestuario completo de mujer; mañana quiero ir a ver los toros, vestido así.

La esposa del tío anduvo toda la tarde consiguiendo la ropa y en la noche le llevó todo lo que había pedido.

Salió al día siguiente hacia la montaña, con el bulto de ropa bajo el brazo. Cuando faltaba poco para llegar al lugar donde le habían robado el guajolote, se vistió de mujer y siguió adelante. Salieron los ladrones.

—Mujer, tú, ¿adónde vas? ¿Dónde están tus papás?

El muchacho disfrazado contestó fingiendo la voz:

—Voy al otro pueblo, a la fiesta. Venía con mis papás pero ya no supe por dónde se fueron. ¿No los han visto por aquí?

—No, no ha pasado nadie en todo el día. Tampoco pasarás tú, te robaremos. Queremos que le hagas la comida al jefe, no hay quien lo atienda y tú vas a servir para eso. El que iba disfrazado de mujer pensó: “Eso era lo que quería, eso mero quería, que me llevaran con el jefe.”

Empezaron a caminar y caminaron mucho. Llegaron, llevaron al muchacho ante el jefe y le dijeron:

—Mira, jefe, te traemos una mujer, para que te haga la comida: para lo que se te ofrezca.

—¿De dónde agarraron a esa mujer? No vayan a venir a buscarla y se den cuenta de que somos asaltantes: nos llevarían a la cárcel.

—No, no, no se apure. Nadie nos vio llevárnosla.

—Está bien. Allí déjenla, que se esté haciendo la comida y la lumbre.

—Bueno, nosotros nos regresamos para allá, a estas horas la gente regresa y tenemos que robarles lo que traen.

Eso era lo que estaba queriendo el que se disfrazó, quedarse solo con el jefe de los asaltantes.

El jefe estaba recostado, haciéndose el dormido, con su carabina allí junto. La mujer empezó a arrimarse poco a poco, con un leño rajado en la mano. Con ese palo le dio en la cabeza y ahora sí, de verdad se quedó dormido.

El muchacho comenzó a echar dinero en un morral que traía escondido. Todo el dinero de los asaltantes acarreó; se subió a un caballo y rápido se regresó a su casa.

—Tú, muchacho, ¿de dónde agarraste tanto dinero?

—Pues fíjate que me pagaron el guajolote, por eso traje dinero. Me dijeron que vaya otro día por más, pero para eso quiero que me consigas un traje de doctor, con todo lo que llevan cuando van a visitar a algún enfermo. Me dijeron que tenía que ir vestido de esa forma.

Y de nuevo anduvo el tío buscándole la ropa. La consiguió y se la dio.

A los tres días, el muchacho volvió al cerro vestido de doctor. Le salieron de pronto los asaltantes, por allí por donde rondaban.

—Tú, ¿adónde vas?

—Voy al pueblo, fíjense que hay mucha enfermedad en este tiempo, voy a llevarles medicina.

—¿Qué eres?

—Soy doctor.

—A ti es a quien necesitamos, tenemos un enfermo. Vamos, para que lo cures y luego te sigues hasta el pueblo.

Lo llevaron a ver al enfermo, estaba golpeado. El doctor dijo:

—Quiero que me traigan tal y tal clase de yerba que se da muy lejos, sólo con esa planta podré curarlo. Vayan a buscarla todos y no se tarden; de repente puede morir.

Se fueron todos a ver quién podía traer la yerba. Cuando vio que ya todos estaban lejos, el muchacho amarró al jefe de los asaltantes y les volvió a robar mucho dinero.

Cuando los asaltantes regresaron con el encargo, el jefe estaba amarrado.

—Mira, está amarrado el jefe. ¡Ése fue el que andaba vestido de doctor!

—Sí, lo reconocí, se parece al joven a quien le robamos el guajolote.

—¿Por qué mejor no nos vamos a otro lugar? Va a regresar y a quitarnos todo nuestro dinero.

Todos estuvieron de acuerdo y se fueron rápidamente a otra parte.

El muchacho les vendió bien caro el guajolote. Por eso, no es bueno andar robando cosas. (*purépecha*)⁸⁶

HABÍA UNA VEZ tres hermanos. El mayor y el segundo estaban bien, el tercero era tonto. Tenían un pollo, pero siempre que hablaban de matar al pollo decían que no le iban a dar ningún pedazo al tonto, por tonto.

Llegó el día que mataron al pollo y los hermanos que estaban bien ya tenían un plan para no darle nada al tonto.

Lo prepararon y lo dejaron listo para meterlo al horno y llamaron al tonto y ya reunidos los tres le dijeron al tonto:

—El que sueña un sueño bonito se come el pollo.

—Bueno —dijo el tonto.

Metieron el pollo dentro del horno y se fueron a dormir. Pasó un buen rato y cuando los dos hermanos ya estaban bien dormidos el tonto se levantó, se fue a la cocina y se comió el pollo. Terminó y se fue a dormir.

Al otro día temprano se levantaron y el mayor dijo:

—Vamos a hablar del sueño que tuvimos anoche. Yo voy a empezar. Yo anoche fui a la gloria y vi al Señor.

—Sí —dijo el otro hermano—, yo vi cuando te ibas volando, me agarré de la manga de tu camisa y nos fuimos los dos.

—Sí —contestó el tonto—, yo vi cuando se iban y como pensé que ya no regresarían fui a la cocina y me comí el pollo. Sólo quedaron dos huesitos para ustedes. (*zapoteco*)⁸⁷

HUBO UNA VEZ un hombre llamado Juanito Catorce. Se llamaba Juanito Catorce porque comía catorce veces al día. Y en cada sentada comía lo que comen catorce hombres. Como nunca estaba satisfecho, salió de su casa. Viajó por donde había de viajar. Si encontraba animales grandes los atrapaba, y si no le servían para nada, los mataba. Se supo que había un tal Juancito Catorce.

—Ven a hacerme un trabajo —le decía el patrón—. No te pago sueldo, nomás te doy las comidas.

—Está bueno.

—Tienes que rodar estas sesenta piedras. Si las mueves, puedes comer.

—Está bueno —dijo Juanito. Las piedras eran del tamaño de una casa.

—¿Cómo va tu trabajo? —preguntó luego el patrón.

—Ya terminé.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues esta noche cuidarás el platanar —pero lo estaban engañando, porque de seguro que llegarían en la noche los animales salvajes a comérselo.

—Bueno —dijo Juanito. Agarró su machete y se quedó toda la noche al pie del cerro, cuidando el platanar. No se durmió. Salieron culebras y jaguares de sus madrigueras y a todos los mató con su machete. Regresó al amanecer.

—¿Qué no te pasó nada?

—No, nada.

—¿De veras?

—De veras.

—Ahora vas a ir a dejar un recado. Tienes que entrar y hablarle al ladino de la puerta.

—Vine a traer este recado —dijo Juanito.

—Entra a hablar con el dueño.

Juan cruzó sesenta puertas y el que estaba hasta adentro leyó el recado.

—Aah, bueno. El recado dice que te vas a quedar aquí, aquí vamos a estar juntos.

—¿Quién dijo?

—Yo digo.

—¿Tú eres el que manda?

—Yo soy, ya te lo dije. ¡Sal si puedes! ¿Cómo vas a salirte?

—Me salgo cuando quiera salir. Voy a pensarlo, a ver si acaso *hallo* —dijo Juanito.

Bueno, pues cuando se fastidió, Juanito salió abriendo a patadas las sesenta puertas.

—Ya volví —le avisó al patrón.

—¿Pero cómo saliste?

—Abrí las puertas.

—Bueno —dijo el patrón—. Ahora vas a ir al panteón. No debes hacer nada, solamente pasar allí la noche.

—Bueno.

Allí estuvo, pero no podía dormir. Andaba caminando de arriba a abajo.

A medianoche salieron todos los fantasmas. —¿Qué cosa andas buscando?

—No busco nada, ando nomás paseando.

—Entonces, ven a nuestra casa.

—¿Quién manda aquí?

—Se hace lo que nosotros decimos.

Lo llevaron por sesenta capas de tierra hasta que llegaron al fondo del mundo.

—Dios mío, ¿y cómo voy a salir ahora?

En un minuto salió, dando de patadas. Así escapó Juancito Catorce.

—Ya volví.

—Está bien, come —le dijo el patrón.

Comió y comió. Doce comidas se zampó.

—Ahora, vas a regresar al camposanto.

—Está bien.

Allí estaba un pelotón de soldados para atacarlo, porque habían escuchado que no se le podía matar, porque tenía la fuerza de catorce hombres.

Le dispararon, pero Juanito estaba como si nada. Solamente se agachaba cuando pasaban los balazos. Hasta que se les acabaron los tiros a los soldados.

Entonces Juanito se lanzó sobre ellos blandiendo su machete, luchó y terminó con ellos. Regresó a avisarle al patrón.

—¿Ya volviste? ¿Qué clase de hombre eres?

—La verdad, soy un hombre común y corriente.

—¿No te pasó nada?

—Nada.

—Bueno, entonces ya no comerás aquí, cabrón. A puro come y come: vete. Vete lejos, muy lejos. Vete a la guerra, a alguna parte. Acá ya no hay comida para ti.

Juanito se fue. Desapareció y allí termina la historia. (*tzotzil*)⁸⁸

Muchos dudan del retorno de las ánimas el día de Todos los Santos. Los testimonios en diversas lenguas de quienes encuentran a las apesadumbrados almas cuando regresan sin haber recibido ninguna ofrenda, recomiendan la permanencia de la tradición y su exacto cumplimiento. Nunca se cuenta esta historia como cuento, siempre se trata de experiencias vividas o escuchadas por testigos de primera mano.

UN HOMBRE VIVÍA SOLITO, ya no tenía mujer; pero un día se casó con una viuda. Aquel hombre tenía algo de bienes, no era muy pobre aquel difunto; por lo tanto la mujer tenía bastantes marranos, guajolotes y gallinas. Al llegar el Todos Santos le dijo a la mujer:

—No vas a matar nada, ni siquiera un pollo. Así nomás la vamos a pasar en Todos Santos, no vamos a comprar nada, no hay con qué. Si hay lo que hay, ahí que se esté; no es cierto que vienen los que ya murieron en Todos Santos. ¿Quién ha visto

que sea cierto que vienen? Nomás dicen. No es cierto que vengan. ¿Cuándo van a volver, si ya están podridos.

Le dijo a su mujer: —Vas a ir a cortar malanga, y eso vas a guisar si quieres poner ofrenda.

El hombre se fue a su milpa y la mujer fue a cortar malanga; empezó a guisar y al terminar puso su ofrenda en el altar. Cuando ya estaba terminando el Todos Santos, venía solito el hombre en el camino de regreso de su milpa, y ahí por donde pasaba había otro camino que era el del camposanto. Al momento oyó que hablaban, preguntándose unos a otros lo que llevaban. Uno dijo: —Yo encontré mi casa muy bonita, traje mi ropa, mi pañuelo ¿y tú?

—¿Yo?, me fue bien, me dieron todo lo que ellos tienen.

Y preguntaron al otro. —A mí no me dieron nada, nomás esto me habían puesto; pero a ver si *tardan* vivos —hablaba y esa voz se oía con tristeza: bien se oía que lloraba aquella persona. Aquel hombre que había ido a la milpa escuchaba todas las palabras y oyó que era la voz de aquel hombre que había sido marido de su mujer. Lo que llevaba aquel difunto se oía bien que todavía estaba hirviendo y alguno de sus compañeros le decían que lo aventara, que ellos le convidaban un poco de lo que llevaban.

El hombre, al escuchar y reconocer aquella voz, marchó para su casa y al llegar le dijo a su mujer: —Pon a calentar el agua, vamos a matar el marrano.

Empezó a arreglar y adornar su altar, y al terminar mató su marrano y la mujer empezó a moler; hizo tamales y luego luego pusieron la ofrenda al anochecer. Al siguiente día, al amanecer, aquel hombre no se levantaba y cuando lo fueron a ver ya estaba muerto. Es porque no quiso que pusieran ofrendas y aunque la puso después ya no le valió, porque ya se habían ido aquellos difuntos.

Y por eso todos, por muy humildes que sean, siempre ponen ofrendas en el altar. (*tepehua*)⁸⁹

HABÍA UN HOMBRE que no creía que las ánimas regresaban. Aquel hombre tenía dinero, tenía todo: maíz y trigo. Aquél iba a trabajar al campo, trabajaba con bueyes. Ya llegaban las ánimas, venían de regreso. Y aquellas ánimas iban hablando, iban divirtiéndose, iban riéndose, iban cantando mucho. Y una mujer lloraba mucho. El hombre pensaba solamente en trabajar. Estaba arando la milpa. Los oía pero no veía a nadie. No veía de donde venían las palabras. Se arrimó a la cerca. Oyó una mujer que iba llorando mucho.

—¿Por qué llora esta mujer?

Solamente ella iba triste. ¿Quién era aquella mujer?

Aquella mujer dijo: —Comadre, tú traes todo para un año, traen pan y velas; yo no traigo nada.

La mujer empezó a llorar de nuevo. Aquel yuntero oía. Era su madre quien lloraba: “Ella sabe que tengo dinero pero no le traigo nada”. Su madre siguió llorando y dijo: —Todo un año me voy a quemar la mano porque no tengo ni una vela, porque no tengo luz para alumbrarme.

Las comadres y los compadres dijeron:

—Nosotros te regalaremos una vela.

Los otros llevaban velas, llevaban comida para comer todo el año. El hombre dejó los bueyes, y corrió a su casa. Llegó y dijo a su esposa:

—Allá en la calle estaba oyendo a las ánimas, todas iban cantando y riéndose mucho y una solamente iba llorando; era mi madre, y decía que aunque yo tenía dinero no le traía nada. Y decía que se quemaría una mano para alumbrarse un año.

Y este hombre pensó y dijo:

—Rápido, manda moler este trigo, vete a hacer pan, todo lo que tú quieras.

Y su esposa le decía que por qué no esperaba a su madre. Cada año se lo decía, y él contestaba que su madre no comía.

La esposa se fue al molino a hacer nixtamal. Su esposo hizo atole. Compró todo lo que se necesitaba, pero, ya se habían ido las ánimas. Puso todo en la mesa, y lo comieron todo.

—Pero el próximo año yo seré el primero, y mi madre no llorará más. Yo le llevaré todo, comida y velas.

Las ánimas no se llevan nada, ni las velas, ni el pan: lo que se llevan es lo que huele. El olor es lo que se llevan las ánimas. Puso un plato con flores alrededor, y esperó con su esposa. Su esposa hizo bonitos panes, y compró queso. Y oyeron ruido, iban hablando, iban riéndose e iban cantando mucho.

La esposa y el esposo vieron a su madre. Aquélla estaba cantando, llevaba todo, llevaba comida para comer un año. Su hijo estaba bien contento. Aquél dijo:

—Cada año, esperaré a las ánimas. Cada año, pensaré en nuestra madre, llevaré todo, comida, flores, velas, todo. (*purépecha*)⁹⁰

LE VOY A CONTAR A USTED, del difunto que rodaba una piedra maestra.

Hubo una vez un pobre muerto, ahora ya es difunto. Fue a traer agua temprano. Llegó al camino grande, allá vio personas que iban en fila.

Van cargando chiquihuites, canastas. Van llevando plátanos, naranjas, tamales.

Vio un difunto que iba rodando una piedra. Es lo que le pusieron en la mesa; su ofrenda fue una piedra.

Es lo que le platico a usted, maestra. El que le puso la piedra, tal vez lo odia. (*otomí*)⁹¹

La imposibilidad de revivir a los muertos está explicada en los mitos, y es culpa de las lagartijas, reptiles, o mensajeros que equivocan las señales o de los hombres que no cumplen los rituales y tabúes que se imponen a los muertos.

En algunos lugares se cree que las almas vuelven en forma de animales: mosca, culebra; entre los huicholes se dice que un trozo de cristal de cuarzo es un alma de ancestro. En cambio, el retorno de las ánimas en su día al altar, para estar con sus deudos, es una creencia generalizada en todo el país.

HABÍA UNA VEZ un hombre que continuamente viajaba, estaba casado y tenía un guajolote y una olla de dinero. En una ocasión cuando regresó de su viaje no encontró a su mujer ni la olla. Salió a buscarla y le preguntó al sol, quien le dijo que veía por todas partes pero que no había visto a su mujer; preguntó luego al viento quien tampoco supo, hasta que le preguntó al zopilote quien le dijo que lo llevaría sobre sus alas con la condición de que cerrara los ojos.

De esta manera viajó mucho tiempo, y cuando llegaron y abrió los ojos, se encontró frente a una iglesia. El zopilote le dijo que esperara a que se terminara la misa, que su mujer saldría hasta el final, y que sería la que llevara la falda manchada de tizne, que la siguiera sin hablarle hasta su casa.

Así lo hizo, y cuando la mujer llegó a su casa, el hombre le preguntó por qué se había ido y dónde tenía el dinero.

Ella contestó que tenía que estar ahí, que el dinero estaba debajo de donde ella molía.

Él le pidió que regresara y ella dijo que iría en Todos Santos, que matara al guajolote y que iría a comerlo con él.

Estaban en esta plática, cuando la mujer vio que se acercaba el zorro y escondió a su esposo en unos petates para que no lo viera el zorro, porque era muy enojón. Llegó el zorro y olfateó, después dijo:

—Me huele a mundo.

La mujer le dijo:

—Te huele a mundo porque siempre andas gritando en el mundo —y lo mandó afuera.

Salió el hombre de su escondite y la mujer le dijo que se verían en Todos Santos y que ella llegaría por la Loma del Pie.

El día de Todos Santos, él sacó el dinero y mató al guajolote; hizo un mole y lo puso en el altarcito de la ofrenda. Se sentó en la puerta de su casa a esperar a su mujer,

pero no llegó.

Cansado de aguardar entró a su casa, entonces vio a una gran serpiente que tenía la cabeza en la olla de mole; asustado buscó su machete para matarla, pero cuando lo encontró, la serpiente se había ido.

De nuevo llamó al zopilote para que lo llevara a ver a su mujer. Cuando se encontró con ella le dijo que por qué no había ido el día de Todos Santos, y ella dijo:

—Sí fui pero tú me querías matar con el machete y por eso ya nunca más regresaré.

(*cuicateco*)⁹²

Los hombres viajan al inframundo —nunca hemos encontrado el caso de mujeres— a reunirse con sus consortes y los relatos se fusionan con cuentos europeos que narran viajes o estancias en el infierno —y los correspondientes amoríos con la hija del diablo. Solamente los relatos permiten la entrada de los vivos al inframundo, y es así desde los principios de la literatura —Gilgamesh es el primero que viaja al lugar donde moran los difuntos en busca de su amigo.

Aquí ya no se trata del viaje iniciático, ni del encanto que abre sus entrañas para brindar riquezas a algún afortunado, ni de las lamentaciones de los amorosos que no se resignan a su pérdida. No son tampoco los viajes llenos de pruebas, ayudantes mágicos y peripecias de los cuentos maravillosos; ni del amor eterno más allá de la muerte de la poesía que encontramos en otros cuentos con más influencia europea: aquí los vivos deben tratar con los muertos asuntos muy puntuales que quedaron pendientes. Las difuntas pueden volver a esta vida en la forma de una mosca, culebra, zorra. El viudo busca a su esposa para que le muestre dónde está escondido el dinero. Como en la historia anterior, aquí también la difunta aparece como culebra.

CUANDO LA CULEBRA VINO [...] el hombre la siguió y la culebra entró en la casa y señaló tres veces con la nariz en la tierra donde el dinero estaba enterrado. Después la culebra entró en el temascal dos veces y se fue. Por esto dicen que las culebras y las zorras son almas de los muertos. (*triqui*)⁹³

El hombre chatino que fue por su mujer al país de los muertos también buscaba desesperadamente el dinero que su esposa había escondido. En el más allá, la esposa tenía otro marido, animal; le enseñó dónde estaba el dinero. Un compadre envidioso también fue, le pegó a su difunta y la pobre se deshizo, pues a los muertos no pueden tocárseles.

UN HOMBRE Y UNA MUJER estaban casados y, para ahorrar su dinero, el esposo le en-

tregaba a su esposa todo lo que ganaba. Un día la mujer murió sin decir a su marido dónde guardaba el dinero. Cansado de buscar, el hombre decidió viajar al mundo de los muertos para preguntarle a su esposa dónde estaba el escondite. Se fue con su compadre y después de mucho caminar llegaron hasta la entrada, donde estaban los nueve ancianos que dirigen el mundo de los muertos.

Llegaron y les pidieron permiso para entrar. Entonces los ancianos acostaron al esposo frente a un altar, tapándole la cara con un lienzo. Al rato el hombre comenzó a ver; vio un pueblo con sus casas, con su iglesia, con sus milpas. El hombre caminó y al poco rato encontró la casa de su esposa. Entró y se puso a mirar todo lo que había, observando que la mujer vivía bien, que nada le faltaba. Se escondió y al rato vio que llegaba la mujer con su nuevo esposo, que era un jiquemilla. Ellos se sentaron a comer besándose y abrazándose. Entonces el hombre salió de su escondite, echó al animal y le reclamó a su mujer. Mucho le reprochó su deslealtad, pero la mujer le dijo que no se enojara por eso, ya que ella también le había sido infiel en vida. Por eso estaba ella ahora con el jiquemilla, porque en el mundo de los muertos pasan las mismas cosas que en el mundo de los vivos. Para convencer al hombre de sus palabras, la mujer cogió un poco de cenizas y tiznó la blusa de una mujer que pasaba por allí. Cuando el hombre regresó a su pueblo buscó a esa mujer y vio que llevaba tizne en su blusa. Pero antes de retirarse el hombre preguntó a su mujer por el dinero, y ella le dijo que al día siguiente llegaría en forma de culebra y le enseñaría el lugar del escondite. Y así pasó, al día siguiente una culebra entró a la casa y se enrolló sobre un lugar del piso bajo el cual estaba el dinero.

Al otro día el esposo contó a su compadre cómo había sido su viaje, y que su mujer le era infiel. Entonces el compadre quiso saber acerca de su propia esposa, la que también había muerto hacía algunos años. Repitió el viaje de su compadre y también encontró a su esposa con un jiquemilla.

Su compadre le había advertido que no tocara a los muertos, porque eran sólo *imagen* y si los tocaba se desbaratarían, se disolverían. Pero el hombre estaba tan furioso que golpeó a su mujer y quedó convertida en un montoncito de huesos. Se puso triste el señor y fue a preguntarle a su compadre que podía hacer para componerla. Su compadre le dijo que invocara el auxilio de las moscas encendiéndoles una vela. Así lo hizo el hombre y las moscas llegaron, dieron tres vueltas en torno a los huesos y el cuerpo se restauró; la mujer volvió a levantarse. El hombre estaba aún enojado; estaba tan enojado que le prendió fuego a la casa antes de irse. Pero no recordó que en los dos mundos todo era igual, y cuando llegó a su propia casa la encontró convertida en cenizas. El fuego que había encendido abajo también quemó su casa. (*chatino*)⁹⁴

La descripción del inframundo es bastante uniforme: el lugar suele ser bastante parecido a nuestro mundo, pero invertido. La comida es repugnante, hedionda. Las riquezas, al ser sacadas del lugar, se convierten en cenizas, hojarasca, leña podrida o carbón. El tiempo también se trastoca: el que entra al inframundo cree haber estado dentro apenas unas horas y, al regresar a la superficie, resulta que estuvo ausente durante largos años. Es frecuente que quien entra allá sólo viva para contar su historia y muera al reinsertarse en el tiempo mundano. Lo mismo sucede cuando se entra a un encanto o a un cerro.

DIJERON nuestros antepasados:

Había un hombre que amaba mucho a su mujer. Eran muy pobres. Al regresar el hombre de su trabajo hallaba siempre preparada su comida, su bebida. Así iban pasando sus días. Pero un día, al volver el hombre de su trabajo, encontró muerta a su esposa. Fue a ver: sobre la mesa habían quedado la comida y la bebida ya preparadas, se veían muy sabrosas.

Así pues, enterró a su mujer, y se salió al monte. Allí lloró y lloró, día y noche: a cada rato lloraba. Muchísimo amaba a su esposa y también fue muy amado por ella. Cuando estaba sentado sobre una piedra en el pastizal, llegó un hombre en su caballo, tintineando sus espuelas. Era un ladino, y al ver al hombre le preguntó:

—¿Qué haces, muchacho?

—¡Nada, señor!

—Pero, entonces, ¿por qué estás llorando así? —le preguntó.

—Porque se murió mi mujer y yo la amaba muchísimo, porque ella me quería con todo su corazón.

—¿Hace ya varios días que falleció? —preguntó el ladino.

—No; hace más o menos una semana —respondió el hombre.

Como el caballero ladino vio que el hombre tenía muy hinchados los ojos de tanto llorar, se compadeció:

—¿De veras amas a tu mujer?

—¡Sí, señor!

—¿Y en verdad quisieras volver a verla?

—¡Nunca podré hallar a otra como ella!

—Mira mi caballo —ordenó el jinete.

Levantó los ojos el hombre y miró: el ladino era alto, y su caballo, muy hermoso y de un negro azabache.

—Dime francamente si deseas ver a tu esposa

—¡Sí, señor!

—Está bien. Harás lo que yo te mande si quieres verla.

—Sí, te obedeceré, señor.

—Está bien. Cierra los ojos. ¡Así!, muy fuerte. ¡No los vayas a abrir!

El hombre le obedeció y cerró los ojos. El otro le dijo: —Cabalga aquí, a mi espalda, en ancas.

Se subió el hombre y partieron, el caballo empezó a correr. Iba tan aprisa que al hombre le parecía como si tuviera alas. Después de unos instantes le dijo el ladino:

—Abre los ojos, muchacho.

—Está bien, señor.

¡Habían llegado a otro mundo! Entonces, dizque aquél con quien viajaba era su amo, le dijo:

—Bueno, puesto que estás ya aquí, obedecerás mis mandatos si es que quieres ver a tu mujer.

—Está bien, señor.

—Ve y trae leña. Llévate la mula. Ve, tráete la leña cargando.

—Está bien, señor.

Entonces se llevó jalando la mula para traer la leña. Pero regresó y dijo al ladino:

—Señor, pero no hay la leña.

—¿Cómo que no? ¿Dónde miraste, pues?

—Sólo había huesos amontonados; nada más eso vi.

—Pues precisamente esa es la leña, muchacho. Ve, trae la leña, llévate la mula.

Entonces le dio al hombre un trinche de metal:

—Si la mula no quiere caminar —le fue dicho— dale de golpes en la cadera, ¡pícala! Si se echa, ¡dale más golpes!

—Está bien, señor.

Así pues, partió, hizo un atado de leña para el ladino con los huesos. Pero la mula no quería caminar; no quiere caminar, y él, entonces se lanzó contra ella. Pero la cabalgadura empezó a hablar:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué viniste ahora?

Entonces él reconoció en el habla a su esposa, quien le dijo:

—Y tú, precisamente, nunca me preguntaste de dónde sacaba la comida y la bebida que tomábamos allá en nuestra casa, cuando nos hallábamos en el mundo. Nunca me dijiste: “¿De dónde recibiste esto que traes?” Ya ves, pues, y te das cuenta de lo que hacíamos cuando estábamos en el mundo.

Entonces, empezó a llorar el hombre.

—Pues, ¡ni modo! —dijo la mujer. Aquí estás y de nuevo nos acompañaremos uno al otro.

Y el hombre se fue, llevando a la mula y llorando, pues sabía que era su mujer la que le habían dado para que cargara la leña. Cuando llegó allí a donde estaba ese, que le dijo: —¿Hablaste con tu mujer?

—Sí hablé, señor.

—Bueno, ¡así como así! Ven.

Y él lo siguió, pero no dejó atada a la mula, sino que la soltó.

—Ven, ya llegaste aquí, muchacho.

El ladino le dio entonces unos huaraches para que se los pusiera, pero eran de metal.

—No saldrás libre hasta que se gasten los huaraches. Bueno, ¡tómalos! Ve a ver a tu mujer y váyanse a comer.

Se fue a ver a su esposa, fue invitado por ella a comer. Pero el alimento eran gusanos que se retorcían. Y empezaron a comer. ¡Pobre del hombre!, pues la mujer, ella ya estaba acostumbrada. Y ella empezó a llorar de nuevo y le dijo:

—¡Pobre de ti, hijo de Dios! ¡Pobre de ti, que viniste! Me amabas, pero ojalá me hubieras olvidado para siempre. Quizá estarías bien. Pero aquí viniste y aquí estás. Se supone, y es verdad, que nuestra culpa es igual: ¡Yo pequé, tú pecaste! ¿Por qué nunca preguntabas? Ahora te dieron esos huaraches que en verdad duran. Pero, mira, harás lo que yo te diga. Ya ves cómo dizque he sido convertida en caballo: allí donde yo orino frotarás tus huaraches, y así poco a poco, se desgastarán como te exigen. Ya escuchamos que hasta que no se acaben no saldrás de aquí para irte al otro mundo.

Así lo hizo el hombre y sí, se gastaron los huaraches; él salió para regresar, pero su esposa le dijo:

—¡Vete pues!, pero cuando llegues diles cómo no está bien hacer lo que hacíamos nosotros en el mundo, sino que debemos corregirnos.

Así pues, el hombre volvió a montarse en el caballo para regresar y, cuando despertó, estaba ya aquí en el mundo donde nos encontramos nosotros. Pero no pasaron muchos días, aunque no sabemos cuántos, o si un mes, o si un año y no hay nadie que nos diga a los cuantos días falleció el hombre, y si llegó a encontrarse con su mujer, o si se fue a otra parte.

Lo que yo sé es adónde fue el hombre: a calentarse con huesos o sea, al infierno, como dicen nuestros ancestros. (*tzeltal*)⁹⁵

La difunta tojolabal también fue adúltera, y gracias a eso su esposo comía y bebía a sus anchas. Desconsolado, un extraño lo lleva a donde ella estaba. También debe leñar para el patrón y no debe sentarse en las sillas que le ofrece. Le dan de comer: los frijoles, son garrapatas cocidas; el posol es pus de animales, la carnita es la vulva tasajada de su mujer. Cuando gastó con orines sus huaraches de metal, el dueño del lugar

ordenó:

QUE SE REGRESE porque todavía no es hora de que venga acá: por eso mismo se acabaron sus caites. Acá no es posible cambiar de caites a cada rato, acá únicamente tenemos un par para toda la eternidad; y a éste se le han acabado. Aún no ha llegado la hora de que se quede acá. Mejor ve a dejarlo donde lo hallaste, le ordenó a ese Sombrerón que lo había traído. [...]

Aquel individuo y su hijito habían desaparecido durante ocho días. Durante ocho días se habían ausentado. En llegando a su pueblo, el hombrecito no duró mucho. Duró poco en esta Tierra. Se murió luego luego; también fue a pagar los delitos de su mujer. Cayeron en el *Yib' Lu'um* porque él permitió que ella tuviera seis amantes. Juntos permanecen. (*tojolabal*)⁹⁶

El viaje al inframundo es iniciático y transformador: franquear las fronteras de la muerte y atisbar en sus abismos son la experiencia formativa por excelencia de los héroes, hombres de conocimiento y algunos personajes de los cuentos. En los mitos, el Sol es el primero que desciende a las profundidades del inframundo; antes de remontarse al cielo, lucha contra los seres oscuros y renace con la aurora. Cristo hace exactamente lo mismo en Semana Santa —en sus versiones nativas o evangélicas.

La siguiente generación de hombres-dioses, héroes culturales o ancestros viaja al inframundo para realizar actos paradigmáticos y fundacionales.

El siguiente eslabón de esta cadena son los cuentos, donde un simple mortal viaja al infierno en busca de un difunto, y a veces logra salir de las profundidades para contar sus peripecias; los testimonios de enfermos cuyas almas o espíritus han viajado a la Gloria o al país de los muertos para enterarse de que aún no ha llegado su hora y son regresados por curanderos o chamanes que logran encaminar el alma perdida hasta el cuerpo enfermo —y viajan tras ella a los lugares donde está cautiva o perdida. También están en esta categoría quienes por accidente o voluntariamente penetran a los encantos y cerros —puertas hacia las honduras— que se abren sólo en circunstancias especiales.

En semejantes viajes se reciben recompensas o castigos por igual: quienes traspasan dichas fronteras serán inmensamente ricos o castigados con dureza —mueren o se les impide sacar algo o a alguien de aquel lugar.

En el inframundo habitan dueños o seres fríos, húmedos, oscuros; también están allí las almas o espíritus de los difuntos; los animales, almas u objetos mágicos que protegen al que penetra a él en vida y las enormes riquezas que se regalan a los afortunados.

Nuxi' ATRAPABA TOPOS. Atrapaba muchísimos topos. Un día, casi al anochecer, se dio cuenta de que estaba perdido. Subió a un árbol de nanche y comió. Vio acercarse abajo a una mujer hermosísima. Le tiró una semilla de nanche a la cabeza. Le dolió mucho. Se sentó, se quitó su cuero cabelludo y rebuscaba, para ver si había sido un piojo.

Nuxi' se dio cuenta de que no era una mujer mortal, sino la hija de *Kisin*, el Temblor. Le tiró otra semilla al cráneo pelón. Le dolió; ella creyendo que había sido una cotorra, la regañó.

La hija de *Kisin* se fue, descubriendo la tapa de una cueva donde se metió. Nuxi' la siguió. Estaba muy oscuro, pero pronto aclaró: allá apenas estaba amaneciendo.

Nuxi' llegó primero a la casa de *Sukunkyum*, Hermano Mayor de Nuestro Señor. *Sukunkyum* no estaba, pues se había ido a recibir al sol. La esposa de Nuestro Señor recibió a Nuxi' y le dio a beber pozole —como es costumbre. Luego lo escondió debajo de una caldera y lo roció con chile molido.

—Para que no te vaya a devorar *Kisin*, Nuxi' trampa de topos.

Kisin llegó de visita a casa de *Sukunkyum* y percibió un olor sabroso.

—No es nada —le dijo la señora.

Kisin se acercó la caldera husmeando, pero ya no olía a hombre, sino a chile molido. Estornudaba.

—Ya me voy.

Kisin volvió otra vez, pero la señora se enojó con él y lo corrió.

Sukunkyum regresó, cargando el sol sobre la espalda. Su señora le dio su comida, el sol comía frijoles, tortillas, sardinas y semillas de calabaza.

La señora de *Sukunkyum* le informó que había llegado un hombre que aún no había muerto. Pidió que se lo mostraran, y al ver a Nuxi', *Sukunkyum* encomendó a su esposa cuidarlo de *Kisin* hasta que él regresara, porque iba a poner al sol de nuevo en el cielo.

Al regresar *Sukunkyum*, le dio a Nuxi' ropa vieja y le mostró un lugar donde podía bañarse, alejado del paso de *Kisin*. Le dio además chile, cenizas y cal, para que lavara con eso tres veces su ropa, para quitarse el olor a mundo y evitar que *Kisin* lo devorara.

Luego lo mandó a cortar leña. Al ver pasar a la hija de *Kisin*, *Sukunkyum* le preguntó a Nuxi' si era ella quien lo había traído. —Sí, fue ella.

Sukunkyum le ordenó entrar a la casa para hacerle comida a Nuxi' pero ella no quiso. Se lo dijo de nuevo y tuvo que aceptar.

—Te pertenece, ella te trajo aquí —le dijo *Sukunkyum*.

Se hizo así mujer de Nuxi', pero regresó a dormir a casa de su padre, el Temblor.

Nuxi' resolvió ir a verla hasta allá y, para protegerlo de Kisin, Sukunkyum lo convirtió en colibrí.

Kisin trató de flechar a Nuxi' y logró aturdirlo con su flecha. La hija de Kisin recogió rápidamente al colibrí, para amansarlo.

Su padre le ordenó: —Mátalo, para que me lo coma.

—No, ¿por qué?, es mío.

—Eres mala, no quieres matarlo.

La muchacha lo escondió en el algodón que hilaba y decidió quedárselo. —Es manso este colibrí, es mi mascota este colibrí.

Dormían juntos, el padre no lo sabía, a la medianoche se convertía en hombre.

Ella le dijo que sus padres tendrían que enterarse, se levantaron a decírselo. Kisin, al saberlo, hizo como que se moría: vomitó, gritó. También la madre se encolerizó.

Kisin ordenó que le encendieran lumbre, que le enseñaran a su yerno. Vio que Nuxi' era de color azul índigo.

—Tomaste a mi hija.

—Sí, la tomé.

—Te pertenece, entonces. Mañana cortarás mi leña.

—Está bien.

Al otro día, la hija de Kisin le enseñaba a Nuxi' la *leña* de su padre.

—Eso no es leña, ¡son huesos!

Nuxi' cortó madera de árbol, conocido por su dureza y las brasas que forma. Kisin se contentó al tener fuego verdadero para calmar el frío.

Nuxi' y su esposa comían en la casa de Sukunkyum, que ya le había advertido que en casa de Kisin la comida no era lo que parecía.

—¡Puro hongo de árbol son sus tortillas! No come frijoles, sus frijoles son larvas de mosca verde; su pozol es carroña de mortales, apesta. (*lacandón*)⁹⁷

* * *

SUKUNKYUM le informó a Nuxi' que como castigo por haber exterminado a todos los topos de la tierra, sus primeros hijos serían ocho topos —luego ya serían normales. Nacerían a la vez. Nuxi' debía dejar dos en cada punto cardinal, para que la tierra se volviera a poblar de topos.

Sukunkyum le dijo que para salir a la tierra junto con su esposa, Nuxi' debía hacer *balché* para emborrachar a su suegro.

Debía emborracharlo y luego barrer su casa, sin dejar polvo.

—No dejes nada. Terminando de barrer, vete a tu casa. Si Kisin llega a juntar aun-

que sea un poquito de polvo, su hija tendrá que regresar a la casa de su padre. Cumplió todo: hizo el balché. Cuando Kisin estaba borracho, barrió y salió. Al volver en sí, Kisin logró juntar un poquito de polvo del suelo, y con eso obligó a su hija a regresar. Nuxi' salió solo a la tierra. Si la hija de Kisin hubiera salido con Nuxi', todos sus descendientes hubieran sido inmortales, pues Kisin no hubiera podido matar a su propia parentela, los descendientes de su hija. Pero no fue así, y Kisin tiene derecho de quemar sus almas. (*lacandón*)⁹⁸

Antes, en el extenso relato previo, se narró cómo Kisin fue creado de tierra y madera podrida, nació al anochecer y se vistió de modo occidental. Es enemigo de las creaturas de *Hachäyum*, Nuestro Verdadero Señor. Nuxi', tras viajar al inframundo donde todo está alrevesado, indica el camino que deben recorrer los muertos —con explicaciones cristianizadas por el recopilador.

SUKUNKYUM enseñó a Nuxi' el bajo mundo, y le ordenó contarle todo a sus semejantes al regresar.

Vieron muchos animales en el bosque del bajo mundo, y cuando el ancestro quiso flecharlos, no se morían, pues eran las almas de los animales que habían muerto en la tierra y sólo pueden morir una vez.

Entonces Sukunyum le mostró el camino de los muertos, para que lo platicara a sus semejantes. Había cuatro pruebas en el camino: perros, gallinas, piojos y un río lleno de lagartos.

Vieron pasar el alma de un hombre muerto por el camino. Cuando los perros quisieron devorar al alma, ésta les tiró un hueso, y pasó corriendo. Cuando las gallinas y los piojos quisieron devorarla les tiró maíz y pelo. Cuando llegó al río lleno de lagartos, vino el alma de su perro, le dijo a su amo que subiera en su espalda y que se agarrara de sus orejas. Así el perro lo pasó al otro lado del río.

Llegando otra alma, todo sucedió en la misma forma, excepto cuando llegó el alma de su perro, lo regañó por haberlo tratado cruelmente en la vida. Su amo le había cortado las orejas y la cola, por lo cual y no tenía de donde sujetarse. Así que el perro le dijo que no podía llevarlo a través del río, y su única ayuda fue decirle que podía pasar solo, pues en realidad no existían los lagartos.

Sukunyum le explicó a Nuxi' que en el camino de los muertos no hay ningún peligro realmente, ya que los perros, gallinas y piojos no le harían nada al alma, sólo están allí para asustarlos, para que no vuelvan a la tierra. El río tampoco existe, sino que es el llanto de las esposas y de los amigos de quienes han muerto. Otra vez

le ordenó platicarlo todo a sus semejantes. (*lacandón*)⁹⁹

En los relatos más fieles a la versión europea, la aventura, los prodigios y la épica predominan sobre los símbolos del mito. Se penetra al infierno con ayuda de un auxiliar fantástico: caballo, pez, ave, carta, palabras mágicas. Con frecuencia, la salida es la huida de una figura amenazante que, a pesar de ser poderosísima, puede ser burlada con obstáculos mágicos.

HUBO UNA VEZ UN HOMBRE; era muchacho, apenas mayor. No podía casarse. Aunque fue a muchas partes buscando con quien casarse, no encontró a nadie. Por lejos que fuera, no encontraba ninguna.

Por ahí vivía una vieja con sus hijas. Muchas veces el hombre fue a este sitio. Bajó y se puso a observar el lugar donde mujeres iban por agua. Y luego se enfadó porque no sabía qué hacer. Llegó un señor y le dijo cómo. Le explicó:

—Así debes hacerle: en la madrugada, antes de amanecer, ve adonde ellas van por agua. Siéntate un poco lejos y obsérvalas cuando llegan al agua. A la que viene primero, no la toques. Va a sacar agua y a regresar. Tampoco toques a la que llega después. Si quiere bañarse, que se bañe y se regrese. Van a llegar más.

El hombre fue allí. Mucho tiempo se quedó sentado ahí. De lejos estuvo observando. Llegó la primera, sacó agua, se desvistió y se bañó. Después de bañarse se vistió, cogió su cántaro y se fue.

También llegó la segunda y sacó agua. Después de sacarla, dejó el cántaro en el suelo, se desvistió también y se bañó. Después de bañarse se vistió y se fue.

En seguida apareció la tercera. El hombre se sintió muy apurado. “Hombre, a ver si puedo conquistar a esta mujer”, pensó.

Llegó la tercera, tomó agua y puso su cántaro en el suelo. También ella se desvistió y se bañó. Entonces el hombre se levantó rápidamente de donde estaba y le agarró su vestido. No quiso devolvérselo hasta que le diera su palabra. Le preguntó si tenía ganas de casarse con él. La mujer se defendió y no contestó. Al rato, dijo ella:

—Dame mi vestido, allí viene mi mamá, me va a pegar.

—Pues no te lo voy a dar antes de que me hayas dado tu palabra.

Luego dijo ella:

—Pues sí, está bien.

Entonces le devolvió el vestido. Volvió a vestirse. Luego lo abandonó y se fue a su casa.

—Vuelve mañana —gritó él.

El hombre pensaba en la mujer ya con la intención de raptarla. Al día siguiente volvió y dijo: —Aquí estoy. Ahora, vámonos.

Se pusieron en camino. El hombre se fue con su mujer.

Cuanto más caminaba la mujer, tanto más se enojaba.

—Ya no te voy a seguir más adelante —dijo ella, porque estaba enojada—. Más adelante ya no voy.

—¿Por qué no quieres seguir adelante?

—Pues estoy enojada —dijo ella—, vamos cada vez más lejos. A lo mejor ni casa tienes.

—Entonces, voy a hacer una —dijo él.

—Yo te voy a decir cómo debes hacerla.

Luego durmieron bajo un árbol. Al día siguiente, cuando ya iban a irse, dijo ella:

—Yo todavía no me voy. Primero corta todas las hojas del árbol, sólo debe quedar una.

El hombre se subió al árbol y cortó todas las hojas. No quedó nada sino una hojita. Su mujer se había acostado. Luego los dos durmieron.

Al otro día al amanecer, de repente ya había allí un pueblo grande. Estaba la mujer y estaban también algunos hombres, que se interesaron por la mujer. Al hombre, al marido de la muchacha, lo mandaron lejos, a ver si le pasaba algo. Él se fue lejos, no le pasaba nada y volvía.

La mujer preocupada, entretanto, pensaba bastante en su marido. Esos hombres lo habían mandado lejos porque sabían dónde había muchos animales bravos. Y lo habían mandado a ese lugar donde había fieras. Él fue, no le pasó nada y regresó. Estaban pensando:

—¿Qué hacemos con este hombre? No le pasa nada. Lo vamos a mandar otra vez a otra parte. Que pase un año antes de que pueda regresar.

Lo mandaron a otra parte y él fue. Los hombres se quedaron y hablaron entre ellos:

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer con la mujer?

Uno de los hombres dijo:

—Yo me la voy a llevar.

Los otros estaban de acuerdo, se fueron. Sólo quedó en el lugar el árbol. El hombre volvió. Cuando regresó estaba sólo el árbol, habían raptado a la mujer. Pero ya había pasado un año entero cuando llegó. Fuera del árbol no había nada. Este árbol era la señal. A su mujer ya no la encontró, estaba solo.

Preguntó a ver si en alguna parte le podían decir algo de su mujer, pero nadie sabía de ella. Caminó y caminó. Ya iba a perder toda la esperanza de volver a encontrar a su mujer. Nadie le dio razón de ella. Entonces dijo un señor:

—¿Por qué no vas a ver a esa señora? Es posible que sepa algo. Si no sabe nada... pero sí, ella va a saber algo.

En seguida se puso en camino, porque le importaba saber de su mujer. Cuando llegó, saludó y preguntó si habían visto a su mujer.

—Yo no la he visto, pero tal vez mis hijos sabrán algo, pues van a muchas partes. Espera nomás, van a venir luego.

Entonces ya llegó uno, y en seguida apareció el otro. Ella les habló y les preguntó por la esposa del hombre, que estaba esperando en la casa. No pudieron darle ninguna razón.

—Lo único que podemos hacer —dijeron— es llevarte a tal y tal parte. Tal vez está allí. Y lo acompañaron.

—Entonces fíjate bien —dijeron ellos—, es el lugar donde todos vamos a vivir algún día.

Se fueron juntos y llegaron allí atrás. Dijeron:

—Sólo hasta aquí te acompañamos. Ahora tienes que pedir licencia para entrar al hombre que está allí sentado.

Fue, saludó y le preguntó si acaso había visto a su esposa.

—Pues no la conozco, sigue adelante.

Quiso ir de todas maneras a ver si estaba su mujer.

—Aquel hombre —le dijo— te va a conducir al lugar adonde llega gente buena.

Fue donde estaba el hombre, el otro hombre saludó y le preguntó si tenía ganas de ir con él como su acompañante.

—Claro que sí —dijo él—, vamos. Pero primero pide licencia al hombre para que nos deje pasar, porque él es el guardia. En seguida regresó y pidió licencia.

—Pues claro —dijo él— atiende tu negocio.

Caminaron un trecho por la ladera. Entonces dijo el hombre:

—Ahora siéntate en mis hombros, para que podamos volar hacia abajo. Enseguida vamos a llegar.

Se sentó en sus hombros y se fueron volando. En la entrada él lo dejó en el suelo.

—Ahora —dijo—, entra por allí. Allí hay muchas mujeres, vas a volver a ver a tu mujer. Vas a ver que allí está.

Entonces entró. Muy cerca descubrió a su mujer. La llamó y la saludó. Le suplicó que viniera con él. Dijo que el hombre que lo bajó los estaría esperando, hasta que llegaran.

—Entonces vamos —dijo la mujer.

Llegaron adonde estaba esperando el otro hombre, su acompañante.

—Aquí estoy —dijo él—, ¿cómo te ha ido?

—Pues hombre, muy bien; tuve éxito, vengo con ella.

—Entonces vámonos. Primero voy a subirla a ella, voy a regresar y te subo a ti.

Subió a la mujer, y se la entregó al hombre en la orilla. Allá se quedó ella. Fue por el otro.

—Aquí estoy de nuevo, vamos.

Se pusieron en camino y llegaron arriba, donde estaba el guardia. De los hombres presentes, uno era un águila, el otro un zopilote. Y dijeron:

—Ahora vete. Vas a llegar pronto a la casa, pues al cabo no vamos a permitirle al hombre que pase. Porque si no, te podría alcanzar. Pero no va a venir.

Se fueron y reposaron. La mujer no podía dormirse, se quedó despierta toda la noche. No durmió, porque tenía miedo ¿de qué? ¡Quién sabe!, a lo mejor llegaría el hombre que la había raptado, pensaba.

Cuando amaneció, nada había sucedido. Siguieron más adelante. Aquel hombre quiso pasar, pero no se lo permitieron y el guardia estaba bien armado. Naturalmente tenía miedo y regresó, porque no lo dejaron seguir adelante.

Hombre y mujer llegaron a su casa. Entretanto habían brotado nuevas ramas al árbol junto al cual habían vivido antes. Allí, se quedaron. Pero no había nada más que una pequeña enramada. Allí iban a vivir cinco años. Luego pensó la mujer y le dijo a su marido:

—Quisiera visitar a mi mamá.

—Bueno —dijo él—, vamos mañana, prepara el bastimento.

Ella preparó el bastimento. Al día siguiente se pusieron en camino, a los tres días llegaron. Saludó a su mamá y se echó a llorar, porque su mamá no quiso acogerla porque no había ido a verla y por haberse ido al más allá y haber estado tan lejos.

—¿Qué has hecho?

—Me han raptado —le contó—, pero ahora estoy aquí y te saludo.

—¿Por qué has andado vagando? ¿Te fuiste a pasear?

—Es que me llevaron a un lugar donde vive un señor. Pero ahora estoy de nuevo aquí.

Pasaron la noche allá. Después de tres días volvieron a su casa. Cuando la mujer llegó, ya estaba enferma. Murió. El hombre enviudó.

Se fue llorando. Le hubiera gustado casarse de nuevo, pero no encontró una nueva novia. Se quedó viudo.

“¿Qué voy a hacer?”, pensó. Pero no se decidió por algo.

Mucho tiempo fue de un lugar a otro, pero ya no volvió a casarse, sino se quedó viudo. Ya no encontró a ninguna mujer. Le hubiera gustado encontrar a otra, pero ya no encontró ninguna. Al fin fue a ver a Dios nuestro Señor y le preguntó qué debía hacer para poder volver a casarse. Le contestó que ya no podía casarse, con eso traicionaría a su primera mujer.

Este fue el consuelo que le dio por no poder casarse de nuevo.
Se quedó un viudo triste. Y siguió llorando porque ya no encontró ninguna mujer.
Todo el tiempo se quedó viudo. Es cierto que pensaba volver a casarse, pero no volvió a casarse nunca.

Preuss explica lo que sucede en este relato:

Había dos hombres que vigilaron el camino: uno de ellos era un águila, el otro un aura. [...] La mujer era una paloma, así como sus hermanas. La primera [mujer] a la que encontró el hombre era María Santísima. Ella manda al vigilante para acompañarlo. Éste se llama Anselmo. Lo acompañaron los cuatro pájaros que vigilan allí: águila, aura, *kuíx*, aguililla. El que raptó a la mujer es el gavilán. (*mexicanero*)¹⁰⁰

Este viaje al inframundo se acerca tanto al cuento maravilloso como al mito. Los límites entre un género y otro nunca son exactos. En los primeros, los habitantes del inframundo no son necesariamente muertos ni criaturas infernales: se trata de seres y acontecimientos de un tiempo y lugar indefinido, obviamente ficticios y mágicos

Y aunque muchos cuentos comiencen con el ambiguo *había una vez*, o *en un lugar lejano* para indicar que no es posible traspasar esa distancia material, las emociones, acciones y personajes nos tocan, siempre, muy de cerca.

- ¹ Gabriel López Chiñas, Andrés Henestrosa, Antonio Mediz Bolio, Ermilo Abreu Gómez, entre otros.
- ² Consultar mexicanismos y localismos en el glosario.
- ³ Joel Chandler Harris, *The complete Tales of Uncle Remus*, de 1895.
- ⁴ Allí finaliza este cuento según el *Índice de motivos de los cuentos folklóricos* de Aarne y Thompson, motivo 175: “Tar Baby and Rabbit” publicado en 1955-58. El índice puede consultarse en red.
- ⁵ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 33-42. Narrado por Maurilio García Solano en Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero. Muchos de los cuentos se han fragmentando, para mostrar la variedad de motivos y coincidencia con otras lenguas. Pueden reconstruirse atendiendo a las fuentes e informantes.
- ⁶ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 57-58. Recopilado en Juquila, Oaxaca.
- ⁷ Fernando Hernández López, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 310-311.
- ⁸ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 21-31. Narrado por Antonio García Maldonado en Tototepec, Tlapa, Guerrero.
- ⁹ Ramiro Hernández Rodríguez, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 303-305.
- ¹⁰ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1983. Narrado por Marcelino Ortega en San Pedro Jicayán, Oaxaca.
- ¹¹ José Sántiz Hernández, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 306-307.
- ¹² Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 33-42.
- ¹³ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 56-57. Recopilado en Panixtlahuaca, Oaxaca.
- ¹⁴ Paul Radin, *Cuentos de Mitla*, pp. 28-32.
- ¹⁵ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 21-31.
- ¹⁶ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1983.
- ¹⁷ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 33-42.
- ¹⁸ *Ibidem.*
- ¹⁹ *Ibidem.*
- ²⁰ Paul Radin, *Cuentos de Mitla*, pp. 28-32.

- ²¹ Yolanda Lastra, en *Tlalocan*, vol. VI, núm. 2., pp. 115-118. Narrado por Marcelina Molina en Misión de Chichimecas, San Luis de la Paz, Guanajuato. Traducción de Jesús Molina.
- ²² Juan Vázquez Aguilar, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 313-314.
- ²³ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 56-57. Recopilado en Panixtlahuaca, Oaxaca.
- ²⁴ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 21-31. Narrado por Antonio García Maldonado, Tototepec, Tlapa, Guerrero.
- ²⁵ Juan Vázquez Aguilar, en *Palabras de Nuestro Corazón*, pp. 316-317.
- ²⁶ Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, pp. 522-523. Narrado por Francisco Molina en Jesús María, Nayarit.
- ²⁷ Paulette Levy, en *Tlalocan*, vol. XII, pp. 291-312. Narrado por Natalio Eligio García en Papantla, Veracruz.
- ²⁸ María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, pp. 75-76. Narrado por Amadeo Calleja en Nueva Patria, Oaxaca.
- ²⁹ Teodoro Canul y Elisa Ramírez, *Cuentos mayas*, pp. 44-48. Narrado por Secundino Chen en Nojbec, Tzucacab, Yucatán.
- ³⁰ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, p. 501. Recopilado en Jesús María, Nayarit.
- ³¹ Agustín García Alcaraz, *Tinujei*, pp. 458- 459. Recopilado en Copala, Oaxaca.
- ³² Ramiro Hernández y Victoriano Cruz, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 292-293, 323-324.
- ³³ Robert Laughlin, *The People of the Bat*, p. 143. Narrado por Lol Zárate en Zinacantán, Chiapas.
- ³⁴ Teodoro Canul y Elisa Ramírez, *Cuentos mayas*, pp. 64-72.
- ³⁵ Franz Boas, en *Journal of American Folklore*, vol. XXV, pp. 204- 260.
- ³⁶ Incháustegui recrea literariamente los relatos mazatecos escuchados —atendiendo más a su legibilidad en español coloquial que a la fidelidad antropológica, ambas presentes.
- ³⁷ Carlos Incháustegui, *Relatos del mundo mágico mazateco*, pp. 53 y ss. Narrado por Eliseo Narváes en Huautla de Jiménez, Oaxaca.
- ³⁸ Ver Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache*.
- ³⁹ Félix Ramírez Cantú y Peter L. van der Loo, en *Tlalocan*, vol. XVII, pp. 75- 79. Narrado por Ramírez en Malinaltepec, Guerrero.
- ⁴⁰ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. I, pp. 299-300.
- ⁴¹ Miguel Ángel Tepole y Elisa Ramírez, *Cuentos nahuas*, pp. 28-32. Narrado por Máximo Maldonado Tlehuatlé en Ixpaluca, Zongolica, Veracruz.
- ⁴² Robert Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, pp. 71-74. Narrado por Marcelino Mendoza en Usila, Oaxaca.
- ⁴³ Elisa Ramírez Castañeda *et al.*, *Cuentos mixes*, pp. 49-51. Recopilación de Laureano Reyes, transcripción y traducción de Daniel Martínez.
- ⁴⁴ Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 165-168.

- ⁴⁵ Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, pp. 519-520. Narrado por Francisco Molina en Jesús María, Nayarit.
- ⁴⁶ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1983. Narrado por Marcelino Ortega en San Pedro Jicayán, Oaxaca.
- ⁴⁷ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 51-52. Recopilado en Juquila, Oaxaca.
- ⁴⁸ Agustín García Alcaraz, *Tinujei*, pp. 458-459. Recopilado en Copala, Oaxaca.
- ⁴⁹ Genaro González Cruz, en *Agua, mundo, montaña*, pp. 60-65. Narrado por Genaro González Cruz en Mecayapan, Veracruz.
- ⁵⁰ Estela Martínez Martínez, en *Gigantes, duendes y salvajes*, pp. 24-25. Escrito por esta niña de 12 años, originaria de Viejo Volcán Chichonal, San José Chapultenango, Chiapas.
- ⁵¹ Comunicación personal de Florencia Toledo, de Ixtaltepec, Oaxaca.
- ⁵² Margaret Park Redfield, en *Metamorfosis de lo sagrado y lo profano*, pp. 89-90. Recopilado en Dzitas, Yucatán.
- ⁵³ Francisco Pascual Arias, en *Agua, mundo, montaña*, pp. 123-128. Narrado en Soteapan, Veracruz.
- ⁵⁴ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, p. 212. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁵⁵ *Ibidem*, pp. 216-218.
- ⁵⁶ Elisa Ramírez Castañeda *et al.*, *Cuentos mixes*, pp. 26-33. Recopilación, transcripción y traducción de Adolfo Juárez Bailón.
- ⁵⁷ Knowles-Berry, Susan M. y José Hernández Feria, *Tlalocan*, vol. XI, pp. 227-235. Narrado por Hernández Feria en San Carlos, Tabasco.
- ⁵⁸ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 216-217. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁵⁹ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 54-55. Recopilado en Panixtlahuaca, Oaxaca.
- ⁶⁰ Teodoro Canul y Elisa Ramírez, *Cuentos mayas*, pp. 57-59.
- ⁶¹ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 5-6. Narrado por Sofía Solano González en Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.
- ⁶² Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, pp. 516-519. Narrado por Haciano Felipe en Jesús María, Nayarit.
- ⁶³ Rafael Hernández López, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 297-298, 327-329.
- ⁶⁴ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. I, p. 296-297.
- ⁶⁵ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 177-178. Narrado por Januaria Cocijoeza en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁶⁶ Elisa Ramírez, Guadalupe Valdés *et al.*, *Canciones, mitos y fiestas huicholes*, pp. 32-42. Recopi-

lado por René Núñez, narrado por Antonio López Rentería en Santa Catarina, Jalisco.

- ⁶⁷ Ángel Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 77-78. Recopilado en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.
- ⁶⁸ Raúl Guerrero, *Los otomíes del Valle del Mezquital*, pp. 269-270. Narrado por José Martínez Pérez, de Itzmiquilpan, Hidalgo.
- ⁶⁹ Ángel Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 78-80. Recopilado en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.
- ⁷⁰ Zeferino Urbina, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.
- ⁷¹ Robert M. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 158-160. Narrado por Tonik Nibak de Zinacantán, Chiapas.
- ⁷² Konrad Preuss, *Mitos y cuentos nahuas*, pp. 493-503. Narrado por Rito Villa en San Pedro Jícora, Durango.
- ⁷³ Roberto Zavala, en *Tlalocan*, vol. XIII, pp. 388-411. Recopilado en Olutla, Veracruz.
- ⁷⁴ Gloria Secundino Martínez, en *Historias de espantos*. Escrito por esta niña de ocho años de edad en Casa Grande, Asunción Cacalotepec, Oaxaca.
- ⁷⁵ Elisa Ramírez Castañeda *et al.*, *Cuentos mixes*, pp. 57-69. Recopilado por Laureano Reyes; transcripción y traducción de Daniel Martínez.
- ⁷⁶ Teodoro Canul y Elisa Ramírez, *Cuentos mayas*, pp. 49-52. Narrado por Paula Cimé en Peto, Yucatán.
- ⁷⁷ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 108-118. Narrado por Virginia Solano Aguirre en Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.
- ⁷⁸ Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 188-190. Narrado por Pedro Molino en San Lucas Camotlán, Oaxaca.
- ⁷⁹ Elisa Ramírez Castañeda *et al.*, *Cuentos mixes*, pp. 19-21. Recopilado por Adolfo Juárez Bailón.
- ⁸⁰ H. Russell Bernard y Jesús Salinas Pedraza, *Otomí Parables, Folktales and Jokes*, pp. 65-75. En el texto en otomí el personaje se llama *doondo hose*, en español deformado. Recopilado y escrito por Salinas en Orizabita, Hidalgo.
- ⁸¹ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 416-417. Recopilado en Chicontepec, Veracruz.
- ⁸² Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 38-39. Recopilado en Yolotepec, Oaxaca.
- ⁸³ Pedro Sántiz Gómez, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 349-356. Escuchado en Las Margaritas, Chiapas.
- ⁸⁴ Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 173-175. Narrado por Apolinar Robles en San Lucas Ocotlán, Oaxaca.
- ⁸⁵ Teodoro Canul y Elisa Ramírez, *Cuentos mayas*, pp. 88-100. Narrado por Marcos Yaj Ek, en Chuchub, Tixméhuac, Yucatán.

- ⁸⁶ Zeferino Urbina, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.
- ⁸⁷ Joaquín Martínez Mendoza, en *Cuentos de engaños, para hacer reír y fantásticos*, pp. 24-25. Escrito por este niño de 11 años en Juchitán, Oaxaca.
- ⁸⁸ Robert M. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 177-179. Narrado por Romin Teratol en Zinacantán, Chiapas.
- ⁸⁹ Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, pp. 96-98.
- ⁹⁰ Claudine Chameraux, en *Tlalocan*, vol. XII, pp. 271-290. Narrado por Celia Tapia en Jarácuaro, Michoacán. La autora escribe como *phurhépecha* el nombre de la etnia y lengua.
- ⁹¹ Yolanda Lastra, *Unidad y diversidad de la lengua*, pp. 137-138. Narrado por David Alonso en San Juan Ixtenco, Tlaxcala.
- ⁹² Robert J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 227-228. Narrado en San Juan Teponaxtla, Oaxaca.
- ⁹³ Elena E. Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 456-457. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁹⁴ Miguel Alberto Bartolomé, *Tierra de Palabras*, pp. 232-234. Recopilado en Yolotepec, Oaxaca.
- ⁹⁵ Eugenio Maurer Ávalos, *Tlalocan*, vol. X, pp. 257-272. Narrado por Avelino Guzmán en Bachajón, Chiapas.
- ⁹⁶ Ramiro Hernández Rodríguez, en *Palabras de nuestro corazón*, pp. 195-214.
- ⁹⁷ Roberto D. Bruce, *El libro de Chan K'in*, pp. 225-247. Recopilado en Najá, Chiapas.
- ⁹⁸ Bruce, Robert D. et al., *Los lacandones. Cosmovisión maya*, p. 26. Narrado por Chan Kin en Najá, Chiapas.
- ⁹⁹ *Ibidem*, pp. 24-26.
- ¹⁰⁰ Konrad Preuss, *Mitos y cuentos nahuas de la Sierra Madre Occidental*, pp. 465-481. Narrado por Cruz Reyes en San Pedro Jícora, Durango.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIEL DE VIDAS, Anath, *El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana)*, México, CIESAS/ Colegio de San Luis/CFEMCA/IID, 2003.
- ÁVALOS, Eugenio Maurer y Avelino Guzmán, “Una leyenda tseltal: El infierno o K’atimbak (calentar los huesos)”, *Tlalocan*, vol. X, pp. 257-272, México, IIA/IIF/UNAM, 1980. (*Tlalocan* completo se puede consultar en el portal de revistas de la UNAM gracias al Seminario de Lenguas Indígenas del Instituto de Investigaciones Filológicas www.iifilologicas.unam.mx/tlalocan).
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, México, INAH/SEP, 1979. (Cuadernos de los Centros Regionales).
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto y Alicia M. Barabas, *Tierra de palabras: historia y etnografía de los chatinos de Oaxaca*, México, IOC/FECAIOC/FONCAO/INAH, 1996.
- BERNARD, H. Russell y Jesús Salinas Pedraza, *Otomí Parables, Folktales and Jokes*, The University of Chicago Press, International Journal of American Folklore, 1976, (Native American Texts Series, vol. I, num. 2).
- BOAS, Franz, “Notes of Mexican Folklore”, *Journal of American Folklore*, vol. XXV, julio-septiembre de 1912, pp. 204-260, American Folklore Society.
- BRUCE, Robert D., Carlos Robles y Enriqueta Ramos, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, México, INAH, 1971.
- BRUCE, Robert, *El libro de Chan Kin*, México, INAH, 1974.
- CANUL, Teodoro y Elisa Ramírez Castañeda, *Cuentos mayas. Tsikbalo’ob*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- CHAMERAUX, Claudine, “La leyenda de las Ánimas”, en *Tlalocan*, vol. XII, pp. 271-290, México, IIA/IIF/UNAM, 1997.
- CONAFE, *Cuentos de engaños, para hacer reír y fantásticos*, edición y versiones en español de Elisa Ramírez Castañeda, México, Tipografía Blanca/SEP, 2001. (Hacedores de Palabras, PAEPI).
- CONAFE, *Gigantes, duendes y salvajes*, edición y versiones en español de Elisa Ramírez Castañeda, México, Tipografía Blanca/SEP, 2001. (Hacedores de Palabras, PAEPI).

- CONAFE, *Historias de espantos, seres que se transforman, tesoros escondidos y matrimonios engañosos*, edición y versiones en español de Elisa Ramírez Castañeda, México, Tipografía Blanca/SEP, 2001. (Hacedores de Palabras, PAEPI).
- GARCÍA ALCARAZ, Agustín, *Tinujei. Los triques de Copala*, México, Comisión del río Balsas, 1973.
- GÓMEZ HERNÁNDEZ, Antonio, María Rosa Palazón y Mario Humberto Ruz (coords.), *Palabras de nuestro corazón. Mitos, fábulas y cuentos maravillosos de la narrativa tojolabal*, México, IIA/IIF/UNAM, 1999.
- GUERRERO GUERRERO, Raúl, *Los otomíes del Valle del Mezquital. (Modos de vida, etnografía, folklore)*, Pachuca, INAH, 1983.
- HARRIS, Joel Chandler, *The Complete Tales of Uncle Remus* (1895), Boston, Houghton Mifflin Co., 1983.
- HOLLENBACH, Elena E., “El mundo animal en el folklore de los triques de Copala”, *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 437-490, IIA/IIF/UNAM, 1980.
- INCHÁUSTEGUI, Carlos, *Relatos del mundo mágico mazateco*, México, INAH, 1977.
- KNOWLES-BERRY, Susan M. y José Hernández Fera, “The Rabbit and the Alligator: a Chontal Mayan text”. *Tlalocan*, vol. XI, pp. 227-235, IIA/IIF/UNAM, 1969.
- LASTRA, Yolanda, “El conejo y el coyote. Cuento chichimeco”, *Tlalocan*, vol. VI, núm. 2, pp. 115-118, México, 1952.
- LASTRA, Yolanda, *Unidad y diversidad de la lengua. Relatos otomíes*, México, UNAM, 2001.
- LAUGHLIN, Robert M., *The People of the Bat. Mayan Tales and Dreams from Zinacantán*, Washington D.C., Smithsonian Institution Press, 1988.
- LEVY, Paulette, “El conejo que quería ser grande. Cuento totonaco”, *Tlalocan*, vol. XII, pp. 291-312, IIA/IIF/UNAM, 1997.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Los mitos del tlacuache*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.
- LUMHOLTZ, Carl, *El México desconocido* (1904), trad. Balbino Dávalos, México, INI, 1981.
- MILLER, Walter S., *Cuentos mixes*, México, INI, 1956.
- OCHOA ZAZUETA, Jesús Ángel, *Los kiliwa. Y el mundo se hizo así*, México, INI, 1978.
- PORTAL, María Ana, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, México, INAH, 1986.
- PREUSS, Konrad T., *La expedición a Nayarit*, mecanuscrito inédito traducido del alemán por Ingrid Geist, México, 1994.
- PREUSS, Konrad T., *Mitos y cuentos nahuas de la Sierra Madre Occidental*, trad. Mariana Frenk Westheim, México, INI, 1982.
- RADIN, Paul, *The Trickster: A Study of the American Indian Myth*, int. y comentarios

- de Karl Kerenyi y C.J. Jung, Nueva York, Schoken Books, 1956.
- RADIN, Paul, *Cuentos de Mitla*. Reimpresión de los aparecidos en *Tlalocan*, vol. I, núms. 1, 2, 3 de 1943, 44, 45, Sacramento, House of Tlaloc, 1945.
- RAMÍREZ CANTÚ, Félix y Peter L. van der Loo, “Dos mitos tlapanecos de Malinaltepec, *Tlalocan*, vol. XVII, pp. 61-82. México, IIA/IIIF/UNAM, 2011.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, Adolfo Juárez Bailón *et al.*, *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, *El fin de los montiocos. Tradición oral de los huaves de San Mateo*, México, INAH, 1987.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, Guadalupe Valdés *et al.*, *Canciones, mitos y fiestas huicholes. Wirrarika Irratsikayari*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- REDFIELD, Margaret Park, “The Folk Literature of a Yucatecan Town”, *Contributions to American Archeology*, núm. 13, 1935, en Enzo Segre, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano. Narrativa náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, INAH, 1990.
- SALINAS, Jesús y Elisa Ramírez. *Cuentos otomíes. Ya ‘mede ñhahñu*, México, DGBP/DEI, 1982. (Tradición Oral Indígena)
- SEGRE, Enzo y Taller de Tradición Oral de CEPEC, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano. Narrativa náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, INAH, 1990.
- SOLANO, Alonso y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero. Tu’un savi, ña ndatno’on xa’a ña kuu xina’an*, México, SEP/DGPB/DEI, 1986.
- TÉCNICOS BILINGÜES DE LA UNIDAD REGIONAL DE ACAYUCAN, *Agua, mundo, montaña. Narrativa nahua, mixe, popoloca del Sur de Veracruz*, México, PREMIA/DGCP, 1985.
- TEPOLE, Miguel Ángel y Elisa Ramírez, *Cuentos nahuas. Uejkauitl nauauajtlatjoli*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- WEITLANER, Roberto J., *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, México, INI, 1977.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto, *Mitos tepehuas*, México, SEP, 1972. (SepSetentas).
- ZAVALA, Roberto, “Entre conejos, diablos y vendedores de caca: rasgos gramaticales del oluteco en tres de sus cuentos”, *Tlalocan*, vol. XIII, pp. 335-414, IIA/IIIF/UNAM, 2001.

GLOSARIO

- ACAHUAL: zacatal; hierba alta y de tallo algo grueso que suelen cubrir los barbechos.
- ACAMAYA O CAMAYA: langostino, langosta o camarón de río.
- ACOCOTE: calabazo seco y alargado con orificios en ambos extremos que sirve para extraer el aguamiel de los magueyes por succión.
- ACUYO: hierbasanta, planta aromática comestible y medicinal.
- AGUAMIEL: jugo del maguey que se fermenta para hacer el pulque.
- AGUZADO, ABUSADO: en realidad, puntiagudo. Se usa para calificar a alguien de listo, agudo, perspicaz.
- AHUATE, AGUATE, AHUATOSO: espina finísimas de cactáceas, maíz, caña y carrizos.
- ALMUD: medida antigua de capacidad, que puede ser desde cuatro hasta veinte litros; caja o cilindro para medir semillas.
- AMATE: árbol de la familia de las moráceas o *ficus*; puede ser blanco o negro. Se usa la corteza para hacer papel.
- AMUINARSE: hacer muina; de mohín: enojarse, causar mohín.
- ANTEBURRO: danta, tapir.
- APERSONAR: aparecer, presentarse, comparecer.
- ARQUILLA: horquilla, huacal.
- ASQUEL, ESQUEL, ESQUELÍN: hormigas muy pequeñas, negras o rojas.
- AURA: zopilote, buitre con plumas blancas en el cuello.
- AXOCOPA, AXOCOPAQUE: arbusto con flores aromática y medicinal; se usa para perfumar el chocolate en Oaxaca y Veracruz.
- AYATE: tela de ixtle, o fibra de palma o henequén usada para costales o para acarrear.
- BAJIAL: tierra baja y anegable, bajada súbita de agua.
- BANKIL: mozo, ayudante.
- BARBACOA: carne aderezada cocinada en un pozo precalentado con piedras.
- BATEA: recipiente plano, circular, grande y con orilla; generalmente de madera, usado para lavar, amasar, contener frutas o granos.
- BORDÓN: bastón.
- BULE: pequeño calabazo o jícara entera, usada para contener y acarrear líquidos; tecomate.
- CACALOTE: zanate, cuervo.
- CACHO: cuerno.
- CACLES O CAITES: huaraches cerrados, con talón ;zapatos toscos.
- CALDERETA: cacerola poco honda con asas.

CALIHUEI: casa sagrada donde hacen sus ceremonias los huicholes.

CAMA DE PENCA: varas de otates unidos y montados sobre una base, para dormir.

CATRÍN: petimetre, elegante.

CAYUCO: embarcación de una pieza, más chica que la canoa, de fondo plano.

CENOTE: pequeña laguna formada cuando un río subterráneo asoma a la superficie, en una caverna o a gran profundidad.

CH'IB: palma o bejuco para tejer canastos.

CHACA: pájaro carpintero.

CHACHALACA: pájaro comestible, vocinglera.

CHACHAPAL: vasija de barro, tamales.

CHAPARREAR (CHAPARREROS), CHAPEAR, CHACALEAR, CHAPONEAR: rozar, limpiar con machete de maleza un campo para hacer milpa.

CHATANATE: canasto.

CHELÓN, CHELONERA: llorón, lagañoso; conjuntivitis.

CHICAL: ración de comida, vasija a modo de jícara grande.

CHICAYOTA: cucurbitácea, chilacayote.

CHICHARRAS: cigarras, insecto que produce un zumbido agudo y salta.

CHICHINA: pichancha, colador de barro cocido.

CHICHINAL: conjunto de chichis o tetas de un animal.

CHICHIS, CHICHES: pechos de mujer.

CHICOLEAR: golpear muy fuerte con chicol, vara con gancho para tumbar fruta.

CHILICOTE: variedad de colorín, coralina que se emplea en collares, juegos o como veneno.

CHILTOTA, CHILTOTE: ave canora amarilla, chorchá.

CHIMOLERA: vasija de barro para moler con una mano, mortero de barro o de piedra.

CHININI, CHINÍN: fruta de Tabasco, semejante al aguacate aunque más pequeña y de piel suave.

CHINTETE: reptil mal llamado camaleón, lagartija gorda y espinuda.

CHIQUEIHUITE: canasto cilíndrico sin asas.

CHUINA: masa y carne cocinada como atole espeso; venado, para los tarahumaras.

CHUPAMIRTO: chuparrosa, colibrí.

CHUZO: gancho, flecha, instrumento con punta. En el relato, sinónimo de puntas de flecha antiguas.

CINCO ARROBAS: sesenta y dos kilos y medio

COA: instrumento de labranza, palo para sembrar.

COAMIL, COAMILEAR: milpa, sementera, terreno pequeño para la siembra con coa, sin usar arado. Hacer coamil.

COCHIMONTE: cerdo salvaje, jabalí.

COCHITOS: cerditos.

COJOLITO, COJOLITE O COCOLITE: pájaro silvestre grande, faisán de tierras tropicales de patas rojas, ojos desnudos de color azul, pico negro brillante.

COYOL: coquito de aceite, corozo, guayacol; forma vulgar de llamar a los testículos.

CUAJILOTE: palo elefante, árbol grande con tronco espinoso y bayas comestibles.

CUSCOMATE, COSCOMATE, CUEXCOMATE: depósito cerrado de barro para guardar el grano del maíz, parecido a una olla. Tapanco en los relatos mixes.

DILATAR: tardar.

EQUIPAL: sillón de varas tejidas con asiento y respaldo de cuero. Asiento de autoridades huicholas.

ESQUITES: granos de maíz tostados antes de molerse para hacer pinole.

FRIJOL PICHUACA, PICHOCO: semillas como cuentas, zompanctle o colorín.

GARABATO: un machete curvo; palo que sirve para sujetar la yerba que se corta con el machete.

GENO: genio, criatura maligna.

GOBERNADORA: planta desértica; chamizo o creosota.

GUANO: palma usada para techar.

GUÁSIMA: árbol de hasta veinte metros con frutas comestibles, flores fragantes amarillas.

GUAYA: palma muy dura y filosa, fruta de esta palma.

HALLARSE: sentirse a gusto en un lugar, estar cómodo.

HUARUMBO O GUARUMBO: palo de hormiga, árbol con hojas lechosas. Los troncos huecos sirven de nido a hormigas muy agresivas y medicinales.

HUAUTE, GUAUTE, HUAUTLI: amaranto.

HUCUIXTLES, COCUIXTLES O JUCUIXTLES: maguey pequeño, muy espinudo, que da fruto azucarado.

HUILOTA: tórtola.

IXTLE: fibra procedente del agave que se usa para cuerdas y canastos.

JAA, JUELA: onomatopeya de asombro, ¡ah abuela! Tabasco.

JATUMARI: maíz crudo molido y disuelto en agua

JICALPESTLE O JICAPEXTLE: jícara o calabazo; a veces tiene tapa. Es ancho y sirve para guardar comida. Puede ser pintado o liso.

JICOTES: abejorros.

JILOTE: elote tierno.

JIQUEMILLA, JIQUIMILLA: animal carnívoro pequeño.

JUNCIA: agujas de pino que se tienden en el suelo como señal de respeto o en ocasiones solemnes.

JUSTICIA: juez, autoridad.

KANDOHO: hierba mora.

LECHPAT: jacal pobre.

LEGUA: medida definida por lo que se camina más o menos una hora; 5572.7 metros.

LUK: palo o bastón que se usa para doblar la maleza con el fin de cortarla con el machete.

MACUCHE: tabaco cimarrón o silvestre.

MAESTRO DE LA CAPILLA: cargo religioso, el que sabe la liturgia de las fiestas.

MAJAHUA O MAJAGUA: árbol de madera correosa, de sus vástagos se hacen sogas.

MALACATE: huso para hilar algodón, rueda con la cual se hace girar la hebra.

MANGA: impermeable.

MANTONIS O TATAMANDÓN: autoridad, padres que mandan.

MAR VIVA: así llaman los huaves al mar abierto, para distinguirlo de las lagunas costeras, donde pescan.

MARAKAME, MARAKATE (PLURAL): cantador, chaman, sacerdote, hombre sabio huichol.

MATAYAHUALE, MATAYAGUAL: red con aro, nasa.

MAZATE: venado macho.

MECAPAL: tira de mecate para cargar bultos sujetos de la frente.

MECATE: cuerda de ixtle.

MECO, MECA: de color bermejo; pálido y manchado.

MITOTE: fiesta con música, baile y ofrendas celebrada entre coras, tepehuanos y mexicanos.

NANA, TATA, NANABUELA: abuela.

NANCES O NANCHES: fruto del árbol del mismo nombre, parecido al capulín, de color amarillo, al que se le atribuyen cualidades narcóticas o mágicas.

NIGUAS: insecto parecido a la pulga que anida en los pies, causando picazón y úlceras.

NIXCÓN, NISCÓMIL: olla donde se remoja y cuece el nixtamal.

OCOTE: pino aromático muy combustible y madera que proviene de estos árboles.

OTATE: especie de carrizo con caña macizo, no hueca.

PAILA: recipiente circular hondo de boca muy ancha, utilizado para fabricar azúcar.

PALANCA: culebra venenosa de la zona mazateca.

PALOTADAS: palos o ramas y troncos derribados.

PASCOLAS: participantes o danzantes en la fiesta de Pascua,

PASIONES: personajes con cargo de representar la Pasión de Cristo en Semana Santa en los Altos de Chiapas.

PAXTLE, PASTLE: heno gris.

PEPE: ave parecida al cuervo llamada también papán, pájaro ayudante de Huracán.

PEPENCHI O PECHENCHE: consentido, chiquiado, también arrimado.

PEPESCA: pequeños peces de río.

PICHO: zanate, pájaro ayudante de Huracán.

PINOLE: harina de maíz tostado y molido; bebida hecha de esta harina. Dejar hecho pinole (polvo).

PIZCAR, PISCAR, PIXCAR: cosechar la mazorca o elotes, el café, el algodón.

POPAL: humedales de agua dulce; vegetación herbácea que se desarrolla en lugares pantanosos con agua permanente.

POSH: aguardiente de caña destilado en Chiapas.

POZOL, POSOL, POZOLE: bebida refrescante hecha de maíz cocido y molido bastante, disuelto en agua fría.

PRIVADO: desmayado.

PULSAR: sentir el pulso para curar.

PUMPU, PUMPO: calabazo, guaje, bule ancho, sirve para guardar tortillas y otra comida.

QUEBRANTAHUESOS: la mayor de las aves de rapiña que existe en México, come cadáveres o seres vivos y recibe este nombre porque eleva a sus víctimas y las despeña para romperle los huesos antes de comerla.

QUELITES: nombre de varias yerbas comestibles silvestres.

QUIPISCA: ave de cola negra.

RASTROJO: resto de la planta del maíz, tras ser cosechada la mazorca.

RECORDAR: despertar.

RESUELLO: aliento.

ROZA: desmonte o limpia, acción de tumbar árboles y maleza que luego serán quemados. La ceniza sirve para fertilizar la tierra donde se sembrará más tarde.

ROZAR, DESMONTAR: quitar la vegetación de un terreno; la basura se deja secar; limpiar de hierbas y matorrales un terreno, para cultivarlo.

SAHUMAR: echar humo de incienso o copal con un sahumerio para bendecir un lugar.

SALATE O CHALATE: árbol de la familia del *ficus*; laurel o higuera de río.

SANCHO: amante de la esposa.

SARTENEJA: en Yucatán, aguaje; huella que dejan las patas de los animales en el lodo que luego se resquebrajan.

SAURINO; DE ZAHORÍ: nigromántico o hechicero en lengua árabe de España.

SEÑOR ÁNGEL, ÁNJEL, 'ANJEL: personificación del rayo en Chiapas.

SERETE, SEREQUE: roedor, jabalí pequeño o rata grande de cabeza alargada, hocico truncado y pelaje rojizo pinto de negro en el dorso y rabadilla.

SICUAQUES: bufones de Semana Santa entre los coras y huicholes.

SOTOL: bebida obtenida del maguey de este nombre.

SURAL: flor blanca parecida al lirio, aunque más pequeña.

TALSAHUATE, SALSAHUATES: pinollillo, garrapatas.

TAMO: polvo del maíz

TANTEAR: calcular, engañar

TANTZI: tamal entre los tepehuas.

TAREA: medida de tierra.

TARIMA: tronco ahuecado en la forma de una caja, sobre el cual zapatean en un mismo lugar, un hombre y una mujer, que miran al frente. La danza se ejecuta al compás de un violín. En Oaxaca, se llama artesa y solía ser una canoa invertida.

TATOÁN: de tlatoani, principal, autoridad.

TECOMATE: depósito para el maíz, troje. Calabaza o jícara ceñida al centro, que sirve para contener líquidos.

TECONTE: calabazo, jícara.

TEMASCAL, TEMAZCAL, TEMAXCALLI: baño de vapor.

TENAMASTE: tres piedras para poner lumbre en medio, sostienen el recipiente en el que se cocina.

TENANCHE (DE TONANTZIN): cargo de las mujeres en la iglesia, aseando el templo y las imágenes. Cargo en las fiestas religiosas, mayordomía.

TENATE O TANATE: canasto cilíndrico de palma.

TENCUACHE, TENCUA: que tiene hocico o boca hendida, labio leporino.

TEPEJILOTE, TEPEPILOTE: palmera que produce fruto comestible, guayita.

TEPEZCUINTLE, TEPESCUINTLE, TEPECHICHI: roedor del tamaño de un conejo de color amarillo rojizo con pintas y sin rabo.

TEPOCATE: renacuajo.

TEPONAZTLI: tambor de madera de origen prehispánico, que se coloca de forma horizontal.

TERREGAR: aplanar el terreno.

TESGÜINO: bebida fermentada de granos de maíz germinado.

TIMBRE: cáscara del árbol del timbre, que sirve para fermentar al pulque para emborracharse.

TLACHIQUERO: el encargado de extraer con acocotes el aguamiel de los plantíos de maguey.

TLACOLE: extensión de tierra para sembrar.

TOL: tomatillo, calabazo; recipiente para almacenar agua o alimentos; jícara grande.

TONAL, TONALLI: entidad anímica del interior del cuerpo; animal compañero.

TOPIL: oficial de justicia menor, policía, mensajero de la autoridad.

TOPOL: tigrillo, pantera en yaqui.

TOROTE: árbol grande del desierto también llamado copalquín, copal rojo o copal elefante.

TOTOMOSTLE, TOTOMOSTLE: hoja seca del maíz que se usa como forraje o para envolver tamales.

TRES ARROBAS: treinta y siete kilos.

TUKIPA: casa de gobierno huichol.

TULE: planta de tallo largo con la cual se tejen petates, asientos de silla, canastos.

TUNCUL O TUNKUL: tambor de madera, instrumento de percusión prehispánico que se llama así en la zona maya.

TZITZIME, CHICHIMA: ser fantástico del monte, espanta.

WOM: juego yaqui en el que debe patearse una pelota por delante de la carrera.

XURAVÉT O XURAWÉT: mitote entre los mexicanos. Fiesta.

XUT: hijo menor, xocoyote, Benjamín.

ZACALOSÚCHIL, JACALASÚCHIL, CACALASÚCHIL: flor del cuervo; árbol pequeño que da flores muy olorosas. Plumeria, Flor de Mayo.

ZACATAL: lugar donde abunda el pasto o zacate.

ZACUA: ave parda o negruzca que anda en bandadas y perjudica la siembra, infla el cuello y canta con sonido semejante al agua que se derrama, pájaro ayudante de Huracán.

ZAPUPE: nombre genérico de magueyes que producen fibra.

ZENZONTLE O CENZONTLE: calandria, ave canora de las cuatrocientas voces.



cuentos de animales, tramposos, flojos, compadres y otros pícaros

de Elisa Ramírez Castañeda, se imprimió
en los talleres de Leo Impresora y Encuadernadora,
Playa Eréndira N° 8, Col. Santiago Sur, Del. Iztacalco,
C.P. 08800, México, D.F., durante el mes de agosto de
2014. El cuidado de la impresión estuvo a cargo
de Héctor Martínez Rojas. El tiraje
fue de 1,500 ejemplares.